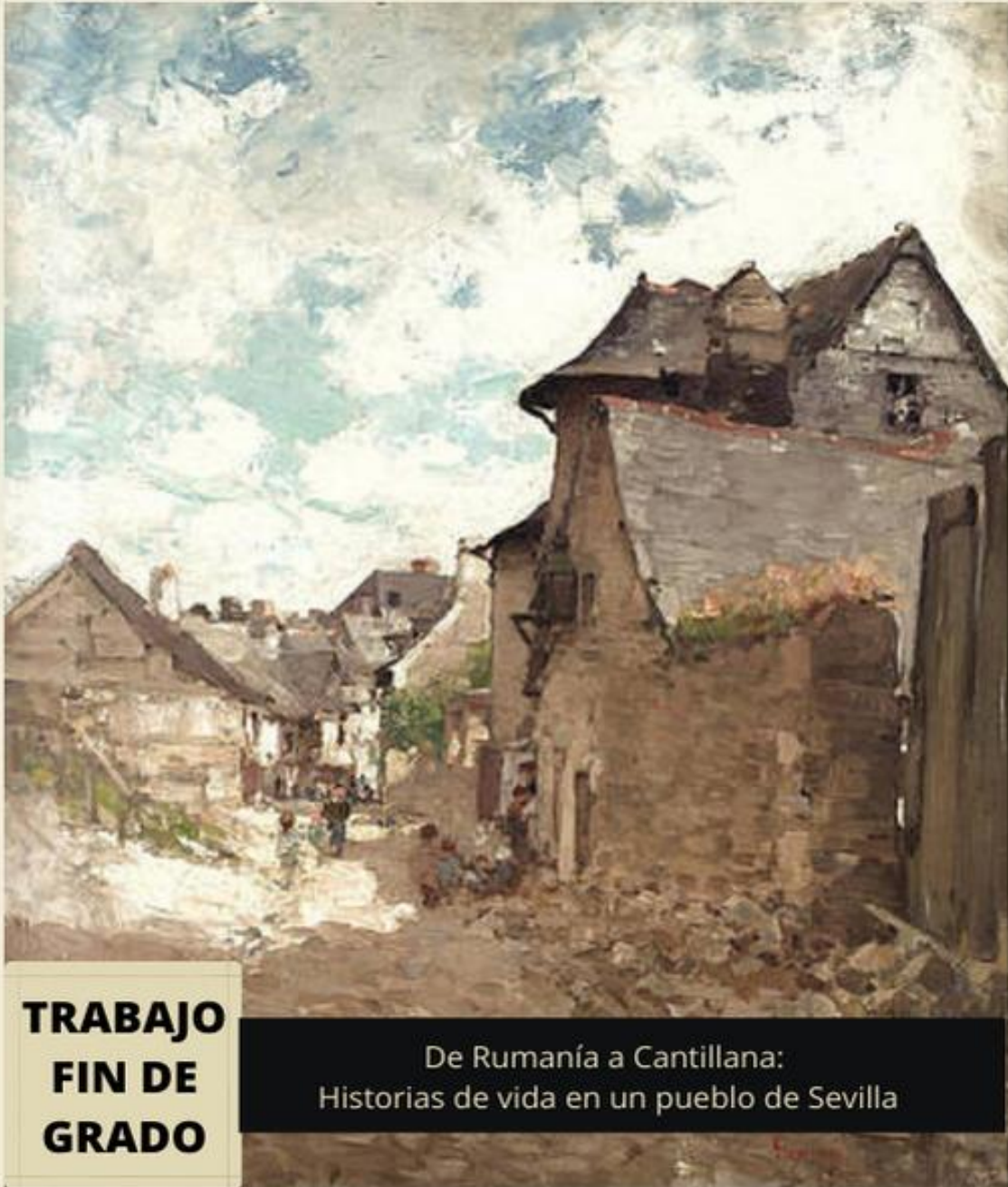




Facultad de Comunicación
Grado en Periodismo



**TRABAJO
FIN DE
GRADO**

De Rumanía a Cantillana:
Historias de vida en un pueblo de Sevilla

Alumna: Gabriela Sardá Núñez

Tutor: Isaac López Redondo
Universidad de Sevilla
Curso 2021/2022

ÍNDICE

I. TRABAJO CREATIVO	2-62
Prólogo	2-5
Pablo	6-11
Alín	12-14
Cosmin	15-20
Cristina	21-24
Mario	25-28
Raluca	29-33
Stefan	34-39
María	40-45
Cristian	46-53
Emilia y Mihail	54-62
II. MEMORIA	63-77
1. Resumen	63
2. Palabras clave	63
3. Introducción	63-64
4. Metodología	64- 67
4.1. En busca de historias	64-66
4.2. Plasmar vidas	66
4.3. Retos y dificultades	66-67
5. Marco Teórico	67- 73
5.1. Comunidad rumana en España	67-70
5.1.1. Breve introducción al contexto histórico-social rumano en las últimas décadas	67-69
5.1.2. Comunidad rumana en España y Andalucía	69
5.1.3. Imaginario español acerca de los inmigrantes rumanos ..	69-70
5.2. Periodismo Narrativo	70-73
5.2.1. Otras formas de ser riguroso	70-71
5.2.2. Influencias: Aleksievich, Kapuscinski y Hersey	71-73
6. Conclusiones	73
7. Referencias.....	74-75

A todos los que se atrevieron a confiarme sus historias de vida.

A Isaac, por enseñarme a combatir la oscuridad con el brillo de los ojos.

I. TRABAJO CREATIVO

PRÓLOGO

Devociones

En la baja Andalucía, hacia la Vega del Guadalquivir, descansa un pueblo de obstinada idiosincrasia. Bajo la atenta mirada del Viar azul, afluyente del río que riega sus fértiles tierras de naranjos, Cantillana da cobijo a poco más de 10.000 vecinos cuya primera dicotomía de nacimiento consiste en elegir hermandad católica.

De fuerte tradición mariana, la polarización de la sociedad cantillanera se debe a dos grupos perfectamente diferenciados: los apasionados fieles de la Divina Pastora y los fervientes devotos de la Asunción Gloriosa¹. Expuesta la peliaguda cuestión radical que cimienta el eterno calendario festivo de la localidad, como diría Andrés Calamaro, pasemos a otro tema. Cantillana, cuna del mantón de Manila y de Curro Jiménez, fundamenta su rutina productiva en la agricultura y, más concretamente, en el extractivismo citrícola. Una comunidad de compleja comprensión, pero de generosa y alegre actitud. Sus calles, testigo de los inicios artísticos y librepensadores del pintor Ocaña, son pobladas, desde los inicios del nuevo siglo, de personas cansadas del heroico acto de sobrevivir.

Cantillana es el lienzo; sus costumbres, el decorado. Esta es la historia de algunos foráneos que habitan en ella.

Totó, ya no estamos en Kansas

Rumanía, tierra de dacios y condes sanguinarios, goza de una historia más allá de la narrada por Bram Stoker. En el señalado año de 1989, mientras las repúblicas soviéticas eran derribadas por ciudadanía que despertaba y la matanza en la pekinesa plaza de Tiananmen conmocionaba al mundo, comenzaba en la ciudad de Timisoara la rebelión rumana, donde 78 personas murieron ametralladas. Bajo el grito de “Libertad, libertad. Abajo Ceaucescu”, el pueblo rumano exigía una transición democratizadora que acabaría con el fusilamiento del dictador y su mujer en el señalado día de Navidad del señalado 1989.

Finalizados los 42 años de dictadura totalitaria y centralizada al estilo soviético, la realidad socio-económica posterior difícilmente mejoró en la práctica. Durante los cinco primeros años, la transición a la liberalización de los medios productivos y a la apertura al libre mercado fue gradual. La inflación iba en aumento hasta la gran privatización en 2002, registrándose una tasa de desempleo histórica del 11'5%. Es por

¹ Hermandades católicas cuyas imágenes escultóricas representan dos advocaciones marianas diferentes.

esto que en los años 90, los primeros rumanos comienzan a tejer las rutas migratorias que sus compatriotas seguirán al estilo de Dorothy y sus baldosas amarillas.

El país eslavo de lengua romance eligió, no por casualidad, Italia y España como alternativas a la tremebunda precariedad de su hogar. A 644.473 personas ascienden los datos demográficos de rumanos en España, de los cuales, 72.416 hacen de la comunidad verdiblanca su hogar. 8.583 respiran el seco calor sevillano, y después, Cantillana. La localidad de la Vega da cobijo a 759 rumanos, o, al menos, eso dice el censo oficial. Margarita Valverde, trabajadora social, encargada de la población inmigrante en el pueblo, asegura que las cifras reales son mayores de las oficiales: “A principios de los 2000, hubo una llegada masiva de rumanos, especialmente por el trabajo en el campo. Es cierto que con el tiempo se han ido dispersando, pero también hay muchos que no están empadronados. Viven en casas de amigos o familiares sin estar censados”.

Facilitadora de los procesos burocráticos para los recién llegados, *Margari* trata de combatir la estigmatización de los rumanos en el pueblo: “Una vez hicimos en el colegio una jornada llamada *Un día en mi país*. Los chiquillos se volvieron locos, pero al principio no querían levantar la mano cuando preguntamos quién era rumano. Tuvimos que convencerlos de que no los estábamos señalando de forma despectiva”. Si a las aulas de los párvulos llega la infección, debe ser que el virus es muy virulento.

Se hace camino al andar

La tarea que les quedaba a los individuos no era otra que encajar, incrustarse en el nicho asignado comportándose como lo hacían sus residentes ya establecidos.

Modernidad Líquida, Bauman.

El ser que habita en el paradigma de la interconexión digital, se mueve. La sociedad más informada de todas que no mejor- ha renunciado a lo armónico de la cómoda predestinación para construir su identidad bajo un amplio paraguas de influencias sin límites geográficos. “Se han perdido los valores...”, que dirían los apocalípticos de Umberto Eco. En esta nueva estructura voluble y líquida, aquellos relegados a la supervivencia en sus hogares buscan conexiones afectivas fuera de él para establecerse en un país en el que, simplemente, vivir. Los rumanos en Cantillana están muy presentes en sus espacios. De fácil identificación, son muchos los que moldean sus costumbres a la característica forma de vivir de la vieja Naeva².

² Nombre del pueblo durante la época romana.

Para el sociólogo polaco de la nueva humanidad fluida, Zygmunt Bauman, la identidad no es más que la búsqueda individual constante, que se va erigiendo sobre las decisiones personales. Dado el ascendente crecimiento de nacionalismos, unido a la fabricación política de la necesidad de tener una identidad patriótica, es posible que los referidos prefieran identificarse con el destino y no con el camino. Si España o Rumanía, para conocer el país que sienten como su hogar, deberán hablar ellos.

Para hablar es imperativo tener voz. Los rumanos no hablan, se habla de ellos. No es su voz la que cuenta su historia ni las condiciones en las que viven su doméstica cotidianeidad. Según un estudio sobre el mensaje mediático de las comunidades inmigrantes en España de la Universidad Complutense de Madrid, “La inmigración, por su condición de fenómeno social completamente novedoso, se convirtió para los medios de comunicación españoles en un tema constante. Los medios generalistas la colocaron como un hecho noticioso en la agenda de la actualidad, aunque no en toda su dimensión, sino centrándose en determinados temas que transmitieron una imagen negativa de la inmigración, ya que la presentaban como un problema para España, y la relacionaban con la delincuencia, la pobreza o la irregularidad, sin tener un conocimiento profundo de la realidad migratoria”.

Es fácil. Teclear “Rumanos en Cantillana” en un buscador de la Red, lleva a textos periodísticos que acompañan el gentilicio “rumano” de “hombre armado”, “colonia extranjera” o “tráfico de armas”. Sin dudar de la veracidad de las informaciones, es cuanto menos sospechoso que esta variopinta comunidad solo sea material noticioso cuando alguno de ellos es culpable. En realidad, les basta con que unos indeterminados “vecinos” los señalen como sospechosos. El problema es que estos mensajes criminalizadores sin contrapeso contaminan de intolerancia el imaginario colectivo, haciendo de “por ahí viene un rumano”, un motivo de peso para estar en guardia. Son muchos los rumanos integrados en la comunidad cantillanera, fieles amigos de autóctonos, pero la respuesta inmediata —especialmente si aparenta ser gitano— suele ser homogénea: “Me cambio de acera”.

Volviendo al sociólogo polaco, Zygmund Bauman, retratista de la sociedad posmoderna: “Desgraciadamente una de las pocas cosas que no escasean en nuestros días, carentes por otra parte de certezas y seguridad, son precisamente ocasiones para estar aterrorizado. Los temores son muchos y variados, reales o imaginarios”.

La voz de los sin voz

Y como los medios los silencian, el periodismo debe amplificarlos. Para que sus historias sean conocidas por aquellos que nunca se han planteado lo cautivadoras de las mismas; y para quienes no han sabido, hasta ser preguntados, que sus historias importan. Pretenden estas historias de vida activar la empatía y el raciocinio de quienes compran a la política la cortina de humo de la reducción y generalización

por nacionalidad; y mostrar a aquellos cuyo argumento en beneficio de los rumanos es su productividad, que tienen vida más allá del trabajo.

Mostrar lo ordinario y cotidiano de la comunidad rumana en Cantillana es un intento de desprenderla de la dicotomía “Rumano malo Vs. Rumano bueno”, siendo el primero, aquel potencialmente delincuente y el segundo, una máquina de trabajo. En ambos casos, la deshumanización está servida. Los elogios más populares de cantillaneros de cuna a rumanos son: “trabajadores” y “fiables”. Como si, al emigrar, sus personas quedasen relegadas únicamente a esforzarse y no delinquir.

Rumanos payos y gitanos; hombres y mujeres; jóvenes y adultos; del Norte, del Sur, del Este y del Oeste. Historias tan similares como opuestas sobre lo doméstico que reside en lo exótico.

PABLO

Pavel Ilie Constandache, 21 años. De Botosani, noreste de Rumanía.

Con una energía impropia del pluriempleado, la sonrisa de Pablo parece estar cincelada. Pide una cerveza, pero sin alcohol, obligado por sus pastillas para el dolor de muelas. Sus precoces 21 años chocan con los diez que lleva trabajando. El reduccionista y cantillanero mito que asocia el rumano “de fiar” con la máquina de trabajar, se materializa en Pablo. Todos confían en el risueño niño cuyo acento andaluz aún deja entrever vetas rumanas.

De extraño a experto local por la gracia infantil

Yo me llamo Pavel Ilie Constandache. Fíjate, mi abuelo tuvo la gracia de tener doce letras en el apellido y doce hijos. Dos de ellos han muerto jóvenes y otros diez están por ahí. Unos en España, otros en Italia, en Rumanía...

A los cinco años me vine para España, de Botosani. Está en el piquito de Rumanía, en la frontera con Ucrania. Yo vivo en un pueblo, pero los pueblos de Rumanía no son como los de aquí. Por ejemplo, la leche la cogen de sus vacas, tienen sus propios cultivos... la mayoría vive así. Las calles no son como éstas. Es todo más rural. Si a alguien se le antoja gallina, la matan directamente. No es como aquí. Hay supermercados, pero no se tiende a eso. Si quiero un litro de leche un día, pues voy a la vaca y la ordeño. Ya está. ¿Quiero un huevo? Pues voy a la granja y cojo un huevo. ¿Quiero una gallina? Le corto el pescuezo y... Aquí le echan de todo a la comida, usan muchos químicos. Allí es todo natural, ecológico. Pero claro, al gobierno no le conviene eso, es más rentable producir mucho en una granja, como hacéis aquí. Aunque también es menos saludable.

En mi pueblo estamos al lado de un bosque, allí la gente vive de la madera que talan de los árboles para las chimeneas de las casas. Todos los días ves gente yendo al bosque a talar, las criaturas... Ganan dinero con eso. La ganadería y la agricultura la usan para consumo propio. Hay algunos que sí venden a los vecinos o a los que vienen, pero la mayoría... Yo, por ejemplo, en mi casa tengo mi vaca, mi cerdo, mis cosas. Y cuando llegan fechas importantes, por ejemplo, la Navidad, matamos un cerdo.

Cuando llegaron mis padres a Cantillana, se metieron en el campo y los estafaron. Hay unos rumanos que contratan a otros rumanos para trabajar en el campo y les pagan la mitad, ellos se quedan con el resto. Son empresarios, contratan a los rumanos, les hacen los papeles, pero es esclavitud. Los trabajadores están seis horas en el campo y, siendo la jornada de 60 euros al día, les dan 20. Ellos dicen: “Yo te doy 20 euros y tú lo aceptas, no tengo la culpa”. Mis padres lo dejaron y se fueron a una cuadrilla española donde les dieron de alta y les hicieron sus papeles. Yo estaba estudiando en primaria, tenía cinco años. Mi hermano empezó a los 17 años a trabajar en una fábrica de lejía y mi hermana trabajaba también, limpiando y haciendo dulces.

Yo empecé a trabajar a los 11 años. A mí no me gustaba estudiar ni aguantar a nadie. Recuerdo que un vecino mío, *el Luis*, un jubilado, me decía siempre: “Pablillo, ¿dónde vas? Vete para el colegio”. El barrio es como una familia para mí. Todos me preguntan cómo estoy, si necesito algo... Todos están dispuestos a ayudarme, y yo a ellos.

Hay un supermercado al lado de mi casa, el de Rubén, y, de pequeño, me fijaba en las viejas... Bueno, las ancianas. Me daba cuenta de que no podían con las bolsas de la compra. Y, ¿tú sabes lo que hacía? Les cogía los mandados de sus propias manos y se los llevaba a sus casas. Desde la mañana hasta que cerrara la tienda. *El Rubén* me daba un paquete y era yo el tío más feliz del mundo. Poco después empecé a trabajar oficialmente. Yo me divierto allí. Hombre, me apetece salir un rato con los amigos y eso, pero prefiero trabajar antes que estar en la calle. Me gusta mucho trabajar, y más de cara al público. Además, sé más o menos cómo tratar a la gente, sé cómo son, si son buenos, si son malos...

Llegué a ir al instituto, repetí en segundo de la ESO y mi madre me dijo que o me ponía las pilas o me mandaba al campo, y era cuando me iba a arrepentir. Llegué al campo, en la naranja, cogiendo brócoli también. Y me arrepentí —*Suelta una carcajada*—. Ahora estoy trabajando en una panadería, este mes hace seis meses. Estoy muy contento. Me han llamado de un montón de empresas, pero claro, me conviene la panadería porque está muy cerca de mi casa. Además, en los sitios hay que estar a gusto. Si uno está todo el día con la cabeza agachada, no se disfruta. Estoy bien, tengo mi tiempo, sé lo que tengo que hacer...

Yo reparto a las casas, por lo menos a 20, y dentro de la panadería estoy envasando picos, limpiando... Y te haces tu jornal. Ahora estoy de 4:30 a 13:00, voy para mi casa, recojo a mis sobrinos y les doy de comer, porque mi madre está muy mala, tiene depresión, Parkinson y otras cosas más. Tiene 53 años, pero ya lleva unos cuantos con esta enfermedad. En fin, que salgo de trabajar, almuerzo, le doy de comer a los niños y se los dejo a mi madre porque necesito dormir, la verdad. Es que por la tarde también trabajo. Antes, en verano, por las tardes me dedicaba a pintar casas, ahora sigo con Rubén, en la tienda.

¡Es que trabajar es lo que más me gusta! Me dice mi madre que me vaya los veranos 15 días a Rumanía para descansar y yo le digo que no... Cuando se iban a Rumanía me quedaba solo, estaba muy a gusto. Pero los echaba de menos, eh. Se echa de menos la comodidad también. Pero, claro, cuando se iban estaba yo a mi ritmo, yo me hacía de comer, cogía la plancha... No sabía ni planchar la primera vez que me quedé solo. Para comer hacía unos experimentos... Por ejemplo, hacía patatas fritas y le echaba de todo. Nosotros los rumanos somos de echarle mucho condimento a las comidas. Nos gustan las cosas fuertes.

La verdad es que trabajo como una mula. Pero es que no puedo estar en mi casa. No puedo estar con el móvil parado. Y cuando no estoy trabajando no puedo parar de

dar vueltas con el coche, de quedar con amigas y amigos... Vamos a Sevilla y a todos lados. No debería, porque estoy ahorrando para tener una casa.

La franqueza de Pablo es tan latente como su espontaneidad. Al hablar de su tierra, no puede evitar mostrar fotografías de los verdes y cultivados campos que rodean su hogar en Rumanía.

Tengo una casa en Rumanía hecha ya. Allí construir es muchísimo más barato. Con 10.000 euros puedes tener una casa apañada. Una casa chica, no va a ser un palacio, pero bien. Después te mando fotos de aquello. De mis gallinas, mis vacas... Pero yo no me quiero ir a vivir allí, estoy ya adaptado a esto. Quiero tener una casa para cuando vaya allí y, más que nada, para mis padres, que sí quieren volver.

Pero mis padres me han dicho que hasta que no me vean situado con una mujer no me dejan solo, porque me voy a echar a perder, dicen *—con sonrisa pícaro—*. La mujer por lo menos me riñe, tú sabes, una pareja siempre te ayuda. No se fían de mí para dejarme solo. Vamos, que tampoco es que yo haya hecho gran cosa, barbaridades ni nada parecido. No tienen motivos, estoy en muchos sitios aquí en el pueblo y nadie nunca me ha tocado ni se ha metido conmigo.

El año pasado fue el último que estuve en Rumanía. Normalmente voy todos los veranos, pero hubo alguna circunstancia por la que no pude. Dije: “¿Yo para qué voy a ir a Rumanía?, ¿para pasear la maleta?”. Hombre, me gusta aquello. Lo más bonito para mí es despertarme, lavarme la cara y tomarme un café tranquilo viendo el campo. Desde mi casa se ve. Es chulísimo aquello.

La familia

Allí sigo teniendo familia, las dos abuelas. Una de ellas es rusa, la de mi padre. Ella se crio en Rusia cuando la primera guerra. No sé mucho más, sólo que era rusa y se vino a Rumanía con los padres, pero los mataron y fue adoptada por una familia rumana. Se crio con esa familia. Luego ya creció y se enamoró de un rumano, mi abuelo. Se murió, el pobre, no lo he conocido. Murió cuando tenía yo cinco años, antes de venir para España. Ya no le pongo ni cara.

Mi abuela por parte de madre vive en Rumanía con una cuidadora. Que, por cierto, dice que ven pasar por allí aviones de guerra. Es que tenemos cerquísima Ucrania... Mis padres están preocupados. Mi madre ve la televisión rumana todos los días, porque está haciendo faena en mi casa, limpieza... Ella no puede trabajar, así que se queda en casa. Entonces, se entera de las noticias, empieza a llorar, dice que nos van a llamar para la guerra, que nos van a matar...

Y, ya ves, mi abuela, la pobre, sigue allí. Queremos que se quede en España, pero... Si te lo cuento, no te lo crees. Aquí en España estaba muy mala, muy mala. Nosotros teníamos pensado llevarla a Rumanía para que muriera en su tierra, la pobre.

Un día se puso muy mala y llamamos al médico. Mi madre, cuando se enteró, se puso a pegar voces y de todo. Y nada, falleció mi abuela aquí. Cuando el médico le dio la noticia a mi madre y a mi tía, empezaron a gritar muy fuerte, la gente aterrorizada por la calle. Y, de repente, se despertó mi abuela. En el avión de camino a Rumanía iba con mi tío y le pasó lo mismo, parecía que estaba muerta. La querían bajar en Italia, por lo visto decían que no podían tener cadáveres en el vuelo. “Aquí la vamos a dejar”, dirían. Y ahí sigue, tiene ya cerca de noventa años. Está muy bien, pero no se puede mover. Es que está muy rellenita.

Mi familia es lo primero. Mi hermano, mi hermana, mis padres, mis sobrinos... Son lo mejor que hay. Sobre todo ellos, también algunos tíos, como uno que tengo aquí, que me salvó la vida. Me cogió un águila de chico. Estábamos en Rumanía, yo no lo recuerdo, pero me lo contaron. Yo tenía un cacho de pan y una gallina estaba al lado mío comiéndose las migas que caían. Yo era un enanillo. Mi tío llegó de una fiesta con una *tajá*... Y vino un águila y me dio aquí. Mira, toca —*señala una cicatriz en su frente*—. Si presionas notarás un bulto y todo. Es del águila, que me dio un picotazo y me arañó con las garras. A mi tío se le quitó la borrachera del tirón. En el pueblo mío no hay urgencias ni ambulancias, como aquí. Está muy mal eso, el día que se muera uno... Entonces, mi tío fue de casa en casa preguntando quién tenía coche para llevarme al hospital. Eran las 8 de la tarde, a esa hora todo el mundo empieza a dormirse en Rumanía. Nosotros empezamos a trabajar a las 5 de la mañana, a las 10 de la noche ya está todo el mundo durmiendo. Total, que me llevaron en coche al centro de salud más cercano, en la ciudad. Cuando llegué al hospital se enteró la prensa y quisieron hacerme entrevistas y sacarme en las noticias, pero dijo mi madre: “¿Mi hijo se está muriendo y vosotros venís aquí a grabarlo?”. Se enteró todo el mundo.

Los pobres no piden

Tengo muchos amigos en Rumanía. Cada vez que voy estamos todo el día de barbacoas y saliendo por ahí. En Rumanía, como hay muchos chalets, hacemos barbacoas y nos hartamos de cerveza a *punta pala*. Y música a toda voz. A los rumanos nos encanta la música a toda voz. Siempre estamos con la música bailando.

Nosotros escuchamos una música típica de allí que se llama Manele. Mi hermano se casó aquí y llamó a un músico de Manele, famoso en Youtube. Bueno, la boda de mi hermano está en Youtube. La celebró en una finca de Cantillana y mira, este es el cantante —*Muestra un video*—. Es el más famoso de Rumanía.

Su trabajo consiste en ir por los países donde hay rumanos para actuar en sus celebraciones. Cobra bien, eh. A los rumanos lo que nos gusta es el saxo, el clarinete y el acordeón. Nos encanta, es lo más típico. Mira, ¿ves los instrumentos? Lo que escuchas de base no es por ordenador, lo hacen ellos en directo. El acordeón es lo más típico, es como aquí la guitarra. Hoy en día se está perdiendo la música tradicional rumana, están cogiendo estilos y ritmos de otros países. Que somos unos

fijones y ya está. Por ejemplo, hay música en Rumanía para la que cogemos la guitarra y cantamos como si fuera flamenco, con los ritmos y todo.

Mira, ahora le van a dar los regalos a los padrinos. Es tradición. Mi hermano, por ejemplo, le regaló una *tele* al suyo. Se regalan *teles*, cafeteras, botellas caras... Por ejemplo, si tú eres mi madrina y me vas a dar 5.000 euros de regalo de boda, yo te voy a comprar cosas de 5.000 euros, o más.

Parece una boda gitana, a ver, es que en mi familia somos de todo un poco. Medio gitanos, medio payos. Pero no me llevo bien con los gitanos, vienen a ensuciarnos la cara. Yo he venido aquí a España para aprovechar lo que me dan. ¿Por qué ellos no lo aprovechan? Te dan facilidades, no vengas aquí a hacer daño. Yo no tengo ninguna culpa, no es justo que nos metan a todos en el mismo saco. Hay mucha gente que te insulta y se mete contigo por ser rumano. A ti no te molesta si yo te digo: “Mira la española ésta”. Tú estás muy orgullosa porque estás en España. Pero si a nosotros nos dice uno: “Ha sido un rumano”, nos molesta, es como un insulto. Yo soy rumano con mucho orgullo, pero sé que a veces lo dicen a malas. Yo he ido a bares y he tenido que aguantar críticas a los rumanos, hasta que alguna vez he saltado diciendo: “Mira, escúchame, que yo soy rumano, ¿pasa algo?”. Yo no tengo que tragarme eso.

Ahora, hay gitanos que... A las gitanas que se ponen a pedir no les faltan brazos ni piernas. Son jóvenes, pueden ir a trabajar perfectamente. Esas cosas me molestan mucho. No te pongas en una iglesia a pedir cuando estás llena de oro. El que es pobre no pide. El que es pobre no pide porque le da vergüenza. A ese sí hay que darle una ayuda. Yo he ayudado a mucha gente, igual que muchos me han ayudado a mí. Hasta los discapacitados son capaces de trabajar, y yo me muero por esa gente. Digo yo: “Me cago en todo, éste no puede y lo está haciendo”.

Otra cosa igual, ¿qué necesidad tienen de buscar en los contenedores? Trabajo siempre hay, si no lo tienes aquí lo buscas en otro lado. Además, tú vas a Rumanía y sus casas son palacios. Palacios. Eso no lo tiene nadie aquí. El que tenga más dinero de Cantillana no lo tiene. Porque vienen aquí, se meten de okupa y se buscan la vida como sea. En vez de comer algo sano comen guarrerías, y luego allí son ricos. Aquí pena y allí riqueza.

Yo, por ejemplo, si quiero quedarme aquí, lo primero es la casa, pero ellos prefieren coches y coches, oro y ser más grande que el de al lado. Esta gente gana 500 euros limpios sin hacer nada, solo con el trapicheo. Yo prefiero ganar algo menos con mi sudor antes que eso. Los gitanos tienen buena ropa, pero yo no me lo puedo permitir, porque yo estoy ganando dinero con mi propio sudor. Yo no me puedo comprar los zapatos que llevan ellos. Si te fijas en los gitanos, están llenos de oro, visten con ropa de marca... Pero, claro, porque no la doblan. Uno que sí trabaja, no se lo permite.

Otra cosa igual, las mujeres. ¿Por qué se tiene que casar una chiquilla de 14 años? Las venden como si fueran cerveza. ¿No te da lástima? ¡Que tú la has criado! Con lo que has sufrido, para que ahora venga otro gitano ofreciéndote 6.000 euros por tu hija. Y siempre recriminando: que si no limpia bien, que si no hace de comer bien, que si no me cuida bien... Encima, por ejemplo, si yo soy gitano y le ofrezco dinero a otro gitano por su hija pero descubro que la niña no es virgen, ya no sirve. Ya esa niña lo ha perdido todo. Y digo yo, ¿por qué se merece eso? No lo entiendo. ¿Por qué no pueden tener ellas la misma libertad que tenemos nosotros? Está mal visto que ellas vayan a los bares, que enseñen escote, que se pongan mallas porque marcan la figura... Tú todavía no has visto a los gitanos de verdad. Vas a Rumanía y ves a las gitanas tapadas con velos, con el pelo lleno de monedas. Las gitanas de verdad van así, con faldas largas, pidiendo. Ellas ven normal que sus maridos se acuesten con otras, está bien visto. Mi hermana lleva cuatro años con su novio, es gitano. Mi madre le ha dicho que si está a gusto con él, perfecto. Hombre, nosotros somos diferentes a ellos. A ti no te gustaría que tu hija fuera una esclava en la casa de un gitano.

El valor de las cosas

En general, los españoles nos tratan muy bien, lo que pasa es que muchos dicen: "Los rumanos vienen y nos quitan el trabajo", pero, ¿por qué? Porque cobramos más barato. Yo he ido al campo y he cobrado igual que un español. Ese comentario me fastidia mucho. Los rumanos, si vienen a España, aprovechan. Aquí no venimos a hacer el vago, eso de "yo trabajo un mes y al otro me doy de baja" es muy típico aquí. Eso lo veo yo a diario porque estoy trabajando con ellos. No puedo dar nombres, pero a algunos nunca los he visto levantar ni una pajita, y tienen para todo. ¿Por qué habláis tanto de los rumanos si vosotros no trabajáis? Nos critican mientras están sentados en un bar.

Y, ¿qué deberían aprender los españoles de los rumanos? Pues no lo sé. El trabajo duro, porque ahora una empresa fuerte española prefiere contratar rumanos antes que españoles. Por ejemplo, ¿por qué en la fresa prácticamente no hay españoles? De 100 trabajadores hay 10 españoles. Yo he ido y de allí te sales con tu jornal, 60 euros. Es muy duro, todo el día agachado. Yo he cogido papas también, me ha dolido el cuerpo una semana, pero luego, cuando te acostumbras, quieres más. También he cogido pimientos, con muchos mosquitos. Teníamos que ir con un bote de vinagre en spray para echárnoslo en el cuerpo y ahuyentar a los mosquitos. Me acuerdo de que para que el coche no oliera a vinagre, antes de irnos nos teníamos que cambiar de ropa.

Yo he trabajado por todos lados. De pintor también, pintando chalets. Yo solo, incluso. En el campo aprendí a no quejarme por el precio de la comida. Tú compras un kilo de patatas y dices: "¡Qué caro!", pero, ¿y el trabajo que tiene eso? Se cree la gente que aquí se regalan las cosas, que no valen nada, pero luego cuando uno está agachado en pleno verano...

ALÍN

Alín, 31 años. De Craiova, al sur de Rumanía.

Hacia el centro de una enorme avenida, congestionada por cláxones y vistosos escaparates, un estrecho rectángulo vertical da forma a la fachada de una tienda de comestibles cuyo cartel hace intuir la procedencia de sus moradores. “Alín” es un pequeño espacio alargado, de un oscuro contraste con respecto a la luz mañanera de la calle. Avanzando por un pasillo repleto de filas de estantes con productos alimenticios a ambos lados, se topa el visitante con un aparentemente estilizado y gótico hombre. Frollo alejado de su Notre-Dame. Al llegar a él, con la inseguridad de lo imponente y desconocido, este hombre dibuja por fin un atisbo de horizontalidad en su vertical rostro, con una sonrisa que invita a ser parte de su rebosante negocio hasta que sus clientes decidan lo contrario.

Un currículum diverso

Hace poco empezaron a poner las calles de cemento, pero hasta entonces mi pueblo era de tierra. Cuando llegué a Cantillana me pareció que era una mini ciudad. Ahora hace 12 años que llegué. El 1 de noviembre de 2008 fue mi primer día. Justo el año de la crisis... Pero no la noté tanto porque venía de algo mucho peor. Rumanía es un país en crisis constante. Bueno, para los pobres siempre hay crisis, para los ricos nunca.

Yo llegué aquí con 19 años, acababa de terminar el bachillerato. No tenía planes, no pensaba en mi futuro, me vine simplemente porque mis padres llevaban aquí cinco años. Vine de vacaciones, para ver cómo era, me quedé dos o tres años y ya decidí establecerme aquí. Los primeros seis años no trabajé casi nada, porque no me gustaba trabajar, si te digo la verdad. Hasta los 25 años no trabajé.

Estuve estudiando, mi padre me daba dinero, hasta que empecé en la naranja. Estuve cuatro o cinco años, y después estuve dos años repartiendo productos de limpieza. Con *el Castaño*, ¿sabes? A los dos años, le dije que me aumentara el sueldo, que con 750 euros al mes no podía mantener al niño que acababa de nacer, y me dijo que no. Así que me fui. Y luego me vine a esta tienda, que era de mi madre. Se llama como yo, ¿lo has visto? Alín, sí. Pero mi madre era la jefa.

Aquí vienen rumanos y españoles también, como el hombre que acaba de llegar a comprar una cerveza. Hombre, ellos —*los españoles*— son parte de mi vida. Me he comprado una casa ya aquí, que antes tenía alquilada. Para estar tirando el dinero en un alquiler, invierto todos los meses en una casa mía. Tenía algo de dinero guardado, la pusieron a buen precio y el banco me hipotecó el 80%, así que la compré. La terminé de pagar dentro de 25 años. Y en Rumanía tengo otra también. Allí aún tengo familia, pero casi todos están aquí.

De tíos a hermanos, de padres a hijos

De mi familia, la primera en llegar a España fue una tía. Llegó aquí con su cuñado, después llamó a otro tío mío, éste llamó a mi padre, mi padre a mi madre y luego yo. Antes de llegar a España, mis padres trabajaban en la construcción. No se ganaba mucho, unos 200 o 250 euros al mes. Teniendo en cuenta que los productos allí están al mismo precio o más caros.

Recuerdo que cuando llegué por primera vez a Cantillana era de noche, después de tres días y tres noches de camino en autobús. Claro, me vine en autobús, como todo el mundo. Es duro pero, ¿qué hacemos? Yo, si te digo la verdad, jamás he montado en avión, me dan miedo las alturas —*su lánguido rostro se ve curvado por una risa inevitable*—. Todos los del autobús venían para trabajar, para tener una vida mejor.

Y ahora, más de 20 años después, me siento un extranjero. No, aquí no. Esta es mi casa. Para mí, ir a Rumanía es como ir de vacaciones a la playa, es para disfrutar un rato. Pero yo cuando pienso en irme a mi casa, pienso en esto. Allí no conozco a nadie ya, soy un extranjero.

Tengo algo de familia: mis abuelas por parte de mis dos padres, primos, tíos, etc. Familia lejana. Pero la mayoría de mis familiares más cercanos están aquí, tengo aquí a mis padres también, tengo a mi hijo ahora... —*Señalando a un sosegado pequeño*— ¿Tú crees que éste se va a ir *pa'* Rumanía?, ¿se va *pa'* Rumanía ahora? Todavía no habla, pero lo entiende todo, y dice algunas palabras en rumano. Pero vamos, cuando empiece a hablar va a ser bilingüe. De hecho, va a hablar más español que rumano. Nosotros le vamos a seguir hablando en rumano, tiene que saber todos los idiomas. Encima, también aprenderá inglés. Yo también sé tres idiomas, lo que pasa es que, desde que estoy en España, he dejado el inglés de lado.

Pienso en rumano y después lo traduzco al español, me es más fácil. Los primeros tres meses en España no entendía nada. Bueno, algo me sonaba, por las novelas. Mi madre, antes de venir a España, veía muchas telenovelas latinas subtituladas y apuntaba palabras en un papel. Como mi padre ya estaba aquí y ella sabía que iba a tener que venir, se ponía a aprender español con las novelas. ¡Pero eso no le ha valido para nada! Una cosa es cómo escuchas el español en las novelas y otra cómo suena en España. Aquí se cortan mucho las palabras, con el acento andaluz, es diferente.

Lo que más me impactó —*de la cultura española*— fue la forma de ser, mucho más tranquila que la nuestra. Nosotros somos más de peleas, hay mucho odio allí. Viviendo aquí hemos ido adaptando nuestra personalidad, también el pensamiento es diferente, es otra forma de vivir.

Aquí sois muy de tradiciones. Nosotros celebramos cada año nuestra Pascua. Celebramos la resurrección de Jesús partiendo huevos de color rojo, porque decimos que cuando partimos un huevo, la clara de color rojo es la sangre de Jesús. Aquí lo celebramos igual que en Rumanía, es la misma tradición. Tenemos pintura de huevos, que nos llega a través de las empresas que importan mercancía rumana a España. Mira —*dice sacando pinturas de una bolsa de plástico*—, aquí tienes rojo, azul, amarillo, de todos los colores.

Este año no lo hemos celebrado, con la tienda no voy a ningún lado. Los domingos trabajamos también, no nos podemos permitir cerrar. Si descanso me muero de hambre. Como está la cosa tan mala, está tan mal la venta... La huelga de los camiones se ha notado, no he podido comprar cerveza, ni agua, ni nada hasta hace unos días. El aceite me lo tengo que traer de Rumanía, porque aquí queda ya muy poco y es muy caro.

Y ahora con la guerra de Ucrania... Es que nos afecta a todos. Entre la Unión Europea y la OTAN estamos todos conectados. Tiran una bomba nuclear en cualquier sitio y puede afectar incluso en Cantillana. Y con respecto a los refugiados... también están llegando a Cantillana.

Mucho dinero y poco que comprar; Poco dinero y mucho que comprar

Yo no lo viví, tenía tres meses cuando murió, pero mis padres me han contado muchas cosas sobre aquello. Con *el Ceausescu* no se vivía mal, en ese tiempo tenías dinero, pero no qué comprar. Ahora mismo, tienes mucho que comprar pero no hay dinero.

Ahora, en Rumanía hay mucha corrupción. Por todos lados. Si no tienes dinero, te mueres en la calle, porque si no pagas, el médico no te atiende. Yo he ido al hospital en Rumanía dos veces en mi vida. Es diferente que aquí. También el colegio es diferente.

Según la forma en la que yo estudié, allí el colegio se empieza con seis años. Estás un año en el colegio y después vas al instituto. Hasta los seis años, en la casa. Te educan los padres. Nosotros lo llamamos “los siete años de la casa”, la buena educación que te dan los padres. Ellos te enseñan la vida como ellos saben, te enseñan a leer ellos y de todo.

¿Lo que significa para mí mi familia? Mi familia son estos dos —*dirige la mirada a una dulce muchachita cuyos blanquecinos brazos sostienen al hijo*—. Cuando mis padres vinieron a España me quedé cinco años viviendo con mi abuela, que pasó a ser como mi madre. Con mi madre la relación se enfrió, yo me quedé solo, ¿qué me podía enseñar a mí mi abuela? En mi adolescencia estuve solo, aprendí en la calle. Ha sido difícil, pero me he acostumbrado.

COSMIN

Cosmin Cindea, 37 años. De Medias, Transilvania, centro de Rumanía.

De esbelta y ligeramente corpulenta complexión, los rasgos eslavos de Cosmin logran camuflarse entre la multitud autóctona por su perfecto andaluz y simpatía sureña. Como viene siendo generalizado entre sus coterráneos, el gesto risueño es inalterable.

Cristiano y andaluz

Yo ya no quiero volver, quiero quedarme aquí. Por ejemplo, las fiestas de la Pastora³ las vivo como uno más. Corro los toros de fuego, soy el primero en la Romería, el ocho de septiembre igual... He ido muchas veces de promesa sin hablar hasta la calle Martín Rey⁴, a San Benito voy muchas veces...

Yo soy ortodoxo, pero da igual. Mi abuelo era católico y, al final, para mí, como también trabajé muchos años en la Catedral de Sevilla, hay un único Dios y una única Virgen. No es que me haya convertido, es que si tú eres cristiano, eres cristiano. Da igual que seas ortodoxo o católico. Lo que no veo bien es que la Semana Santa de los católicos y de los ortodoxos se celebren en fechas diferentes. Cada seis años caen juntas, pero después los otros cinco no. Vamos a ver, si el señor ha resucitado una vez nada más, vamos a ponerlo todo en la misma fecha, ¿no? Después, por ejemplo, el día que nació el señor es el 24, el mismo para todo el mundo.

No sé muy bien la diferencia, pero creo que los ortodoxos van por el Viejo Testamento y los católicos por el Nuevo. Es la única diferencia que hay, lo demás es todo igual. Yo creo que sí, que celebrar está muy bien, pero para ser un buen cristiano, lo tienes que demostrar a diario, no solamente una semana. Tienes que dar lo mejor de ti cada día y ser buena persona.

Pues eso, que quiero quedarme, ya estoy hecho a esto. Cuando vuelvo, me siento un extranjero. Ya no es mi sitio. Incluso hablando me doy cuenta de que ya no es mi sitio, aunque sea tu gente y estés en la casa en la que te has criado. Donde me siento más cómodo es aquí. Cuando conozco a gente de fuera siempre me preguntan: “*Quillo*, ¿tú de dónde eres? Andaluz, ¿no?”. Me dice una vez uno: “¿De Sevilla? Pues yo soy de Dos Hermanas”, y le digo: “Pues yo soy de Cantillana”. “Ah, ¿sí? Yo conozco a uno de Cantillana”, y digo: “Pues dime quién, es a ver si lo conozco”. Total, que puedo estar así un rato y no se dan cuenta de que soy rumano.

Bueno, al principio, cuando empecé a trabajar en la Catedral de Sevilla, me escuchó un compañero hablando rumano por teléfono y me preguntó qué idioma era. Le digo que es rumano y me dice: “¿Rumano?”, así como sorprendido. Y le digo: “Claro, es

³ Fiestas Populares en honor a la Divina Pastora.

⁴ Calle céntrica del pueblo por la que procesiona la virgen.

mi idioma”. “Eso es imposible”, me decía. Tuve que enseñarle el carnet de conducir y el DNI.

Trabajar sin descanso

Yo soy electricista y trabajo en el mantenimiento de las redes de Endesa, en la subcontrata Omison. Yo me levanto todos los días a las 5 y media de la mañana, salvo cuando me toca guardia de tarde o de noche, como esta semana. Yo salí ayer de mi casa a las 10 y media de la noche y he llegado a las 11 de la mañana. Una *pechá*. Y nos jugamos la vida todos nosotros. Es peligroso porque siempre trabajamos en baja y media tensión, hasta 20.000 kilovoltios. Me da mucho coraje porque todos los meses me quitan un 16%, me quitan de la nómina, mientras hay otros, españoles y rumanos, que van a coger toda la ayuda posible y no trabajan. A los verdaderos trabajadores nos duele. Yo no estoy en contra de pagar, lo que me molesta es que les quiten a los pensionistas y a los trabajadores para dárselo a la gente que no trabaja. Eso pasa en Rumanía también.

A mí mis padres me enseñaron que para tener hay que trabajar. Cuando ya tuve cierta edad, en verano, iba a trabajar al campo de mi familia. Yo vivía en una ciudad, pasaba las tardes jugando, igual que cualquier niño, hasta que entré en el Instituto con 14 años. En vacaciones me gustaba ir al pueblo de mi abuela, a 50 km de la ciudad, pero claro, yo iba a trabajar: maíz, remolacha, etcétera. Cuando acababa mis vacaciones, otra vez regresaba a casa de mis padres, a estudiar. El primer año me ponía al lado de ellos y me decían: “Este trabajo lo vas a tener que hacer si no estudias”. Para concienciarme. Pero a mí, como te vuelvo a decir, no me gustaba estudiar, prefería trabajar. Yo le decía a mi padre: “Papá, ¿no hay trabajo en el campo?”. Y me decía él: “No hay, no hay. Tú quédate en casa, que voy yo”.

Ya estando en España, sigo ayudando a mis padres cuando voy de vacaciones. Le decía a mi padre: “No, papá, quédate en casa, que me voy yo a trabajar”. Y me decía: “¿Vienes de trabajar fuera para trabajar aquí en el campo?”. A lo mejor, de un mes que tenía de vacaciones, dos semanas las trabajaba en el campo, descansaba una semana y poco. Ahora lo hago menos, pero si hay trabajo, lo volvería a hacer. No consiento que una persona como mi padre, que tiene 63 años, trabaje y yo me quede viendo la tele o tomándome un refresco.

Dos hogares, dos familias

Yo vengo de una ciudad a 150 kilómetros del castillo de Drácula, más o menos. Está en lo alto de una montaña, antes hacían los castillos ahí para proteger las ciudades. Hay que subir una cuestecita para visitarlo. Allí es donde ha vivido el emperador Vlad Tepes —*pronuncia con una perfectamente exótica “ch” final*—, lo que pasa es que la gente lo llama Drácula. Creo que Rumanía no ha aprovechado al 100% la fama de Drácula.

Soy de Medias, al lado de Sibiu, que ha sido en 2004 “Capital Europea”. Yo me vine con 18 años, en agosto de 2004, y en octubre cumplí los 19. Mi idea era venir aquí, ganar algo de dinero, comprarme un coche bueno y volverme a Rumanía. Claro, no estaba acostumbrado a salir fuera. Siempre he estado con mi familia.

Mucha gente de aquí me dice que soy muy inteligente, pero la verdad es que a mí no me gusta estudiar. Además, en Rumanía, si estudias pero no tienes un padrino que te meta en una empresa buena, no trabajas. Con 14 años lo viví en carne y hueso, cuando me presenté a la Escuela Nacional de Policía.

Entras en un instituto de Policía Nacional que dura cuatro años. Cuando cumples 18, sales como subinspector de la Policía Nacional. Y para ascender a inspector tienes que hacer la academia, que son dos años. ¿Qué pasó? Que había unas cuantas plazas, pero mi nota era mayor que la de los demás, en el deporte me los comía a todos. El único fallo es que mi padre era un trabajador, encargado en una empresa de ollas, y los padres de los demás niños eran alcaldes de ciudades, generales del Ejército...

Mi padre se dio cuenta de que no iba a pasar porque no tenía enchufe. Me pidió que estudiara otra cosa pero yo no quería. Por eso quise irme a trabajar fuera. Tenía familia que trabajaba en Roma, aquí en España... Mi padre habló con su compadre, que trabajaba en una finca al lado de Villaverde ⁵y me vine en su busca para encontrar trabajo.

Me vine en blanco. Yo no sabía más allá de “buenas noches”, “señora” y tres o cuatro palabras más. Cuando llegué, había un chaval rumano que trabajaba en una empresa de sonido, y me contrató su jefe. José Ramón Zapato, ¿sabes? Una amiga de su mujer me presentó a sus amigos, que ahora son mi familia de aquí. Me integré poco a poco. Que si niño “vente pa’ca, niño vamos pa’llá...”. Ahora soy uno más en su casa. Yo era un niño al principio, así que para los padres soy como un hijo y para los niños soy como el hermano pequeño. Luego conocí a otra familia del pueblo que también me “adoptó”.

Cuando algún día no voy a visitarlos me llaman para saber si me pasa algo. Y cuando llego del trabajo siempre mando un mensaje diciendo que he llegado. Como si fueran mis padres. Pero nunca he vivido con ellos, siempre solo, de alquiler. Al principio eché mucho de menos a mi familia, viviendo solo con 19 años... Pero una vez ya integrado, como estoy ahora... Se echa de menos, pero el cariño que me falta, lo tengo de mis familias de aquí. Por eso me he quedado, me gusta esto, me gusta todo, y te vuelvo a decir, por el cariño que me dan ellos, como si fueran mis padres. Por eso he aguantado tanto. Si al principio no tengo el cariño de ellos, me habría vuelto a Rumanía.

⁵ Pueblo a 10 minutos de Cantillana.

Sobre la sinergia de piano y trompeta a un pausado ritmo de jazz, la voz de Cosmin va ganando en confianza y desparpajo. Aquel hombre fotografiado como uno más frente a su virgen cantillanera y con amigos vestido de verdiblanco, se infiere en él.

Mi integración fue poco a poco. En las fiestas de la Subida ⁶ conocí a José Ramón, el de la empresa de sonido. Estaba montando la caseta del hermano y me propuso trabajar con él. Al año siguiente me fui con Fran Bravo, de Canal Sur, de gira. Yo he estado en todos los conciertos que dio en 2005, siendo el encargado del sonido. Montando, desmontando, haciendo de técnico... Yo no había estudiado nada, así que tuve que aprender el oficio sobre la marcha. No hablaba bien, todos mis compañeros me ayudaron muchísimo a mejorar mi español. También la familia me ha corregido mucho. Incluso ahora mi novia. Ya hablo bien, pero sí noto que cuando estoy cansado pienso menos y lo digo todo de cualquier forma. Siempre acabo diciendo: “Tú te has enterao, ¿no? Ea, po´ ya está” —*afirma el rumano-andaluz entre risas*—.

Me he tenido que adaptar a todo. Aquí en España la mente es más abierta. Por ejemplo, con los homosexuales. En Rumanía, personas con 40 o 50 años aún no lo ven bien. Y yo digo, ¿a ti qué más te da?, ¿te afecta? Mientras me respetes puedes hacer lo que te dé la gana con tu vida. Yo siempre he tenido esa idea. Al llegar a España trabajé montando una caseta en la feria, y había un hombre con 40 y tantos años que estaba allí de guarda de seguridad y se enamoró de mí. Pero yo respeté. Me decía: “Vamos a quedar para tomarnos un refresco”, y yo le daba otro número de teléfono. Me salta una vez: “Te he llamado a la una de la mañana y me lo ha cogido una mujer”, y le digo: “Pues claro, era mi madre, ¿tú para qué me llamas a la una de la mañana?”. Él insistía mucho, yo siempre le daba largas, pero no llegó al punto de faltarme al respeto. Se quedó ahí, pero yo seguí trabajando durante toda la semana al lado de él. No lo discriminé, ni mucho menos, por ser gay.

Dictadura o democracia

Cuando mataron a Ceaucescu era muy chico, tenía tres o cuatro años. De lo único que me acuerdo es de que mi padre salió a la revolución. —Venga, todo el mundo a la calle. Se acabó estoll. Recuerdo que yo estaba llorando en la puerta del piso porque no quería que mi padre se fuera, con toda la bulla de la gente, las sirenas de la policía, estaba asustado. Mi padre me tranquilizaba, me decía que él iba solo a manifestarse y regresaría a casa. Cierto que regresó, porque en mi ciudad no se pegaron tiros ni nada. En Bucarest y otras ciudades sí dispararon y murió gente. Era el propio Estado el que mandaba disparar, decían que los manifestantes eran terroristas.

En ese tiempo todo era muy estricto, la televisión tenía una sola cadena, la de Ceaucescu. Decía lo que él quería y cortaban la emisión. Para el tema de las comidas, no podías adquirir más de la que el régimen te permitía. Recuerdo que matábamos algún becerro de mi abuelo y teníamos que llevarlo a escondidas hasta

⁶ Fiesta popular en honor a la Asunción Gloriosa.

nuestra casa en la ciudad en un camión que llenábamos de verduras para disimular. Si te pillaban ibas a la cárcel. Pero, en general, la gente siempre tenía algo para comer, porque había dinero. Cuando acabaron con Ceaucescu, en cambio, había de todo pero no dinero. Es como si me permiten ir a Mercadona pero sólo puedo mirar los precios.

Uno de los problemas más graves de Rumanía hoy en día es la corrupción, sobre todo del sistema sanitario. Esa situación la he vivido yo, porque tengo la enfermedad de Crohn⁷ y me puse malo estando de vacaciones en Rumanía. Mi madre tenía el contacto de un médico y, al decir que íbamos de su parte, nos dejaron pasar sin guardar cola. Me dio mucha lástima porque había un montón de gente en la puerta. Entonces, el médico me mandó a una clínica privada. Tuve que pagarlo todo. Claro, he estado mejor, porque estuve solo. Pero igual que aquí. Es igual que las embarazadas que se van a los privados porque puede entrar toda la familia, pero si tienes una complicación, ¿a dónde vas? A la pública. En Rumanía es igual, solo que con el plus de la corrupción —*con una media sonrisa de desesperanza*—.

Poco a poco va cayendo porque van descubriendo a los corruptos. De hecho, la procuradora anti fraude en Europa es rumana, de mi ciudad. Ella ha sido la mujer número uno de Rumanía. Ha ganado muchos premios de EE.UU y la Comunidad Europea, por la eficiencia para meter en la cárcel a gente corrupta. Hay veces que estamos orgullosos de algunas personas pero no de otras que se lo merecen más.

Por eso me da coraje cuando meten en el mismo saco a todos los rumanos porque algunos hacen cosas malas. No todos los rumanos somos así, es como los españoles, hay españoles buenos y españoles malos, pero no puedes decir “todos los españoles son así”. Aquí nadie lo dice de los españoles, pero a lo mejor en Alemania sí. “A los españoles solo les gusta dormir la siesta”, igual que dicen los de Cataluña. Sí, nos gusta, pero somos los primeros que trabajamos. Yo he trabajado en la electricidad en Barcelona y se lo dije a uno: “A nosotros nos gustará dormir la siesta, pero trabajamos más que vosotros. Mira, han tenido que llamar los de Barcelona a los andaluces para acabar un trabajo y entregarlo en un plazo porque vosotros no sois capaces”. Se calló la boca y agachó la cabeza.

El socio 23.847

Muchas veces la gente dice que todos los rumanos son delincuentes, y yo sé que a mí no se refieren, pero... Ya me he acostumbrado, me da más igual. Alguna vez he vivido situaciones de ese tipo, pero suelo pasar del tema. También me hacen muchos comentarios de broma: “Mira el rumano, solo le gusta robar”, pero sé que es broma. Eso es igual que uno del pueblo, que me dice siempre: “Tú eres el rumano más tonto que ha llegado a Cantillana” —*suelta una sincera carcajada*—. Porque claro, él

⁷ “Enfermedad crónica que causa inflamación e irritación en el tubo digestivo” (National Institute of Diabetes and Digestive and Kidney Disease).

es de la Asunción y palangana⁸. Y yo soy todo lo contrario. Me dice siempre: “Hay que ver, que te has hecho del Betis...”. Y le contesto: “Soy del Betis, el socio 23.847 y tengo acciones en el club”.

Allí también hay bastante afición al fútbol. Hay una liga, pero no es del mismo nivel que la española ni mucho menos. Qué te digo yo... A lo mejor la primera liga rumana sería de nivel de segunda aquí. En mi ciudad hay un equipo que se llama Gaz Metan Medias, que este año ha estado en primera, pero los pobres por el tema económico van a volver a bajar a segunda. No han pagado a algunos jugadores, así que les han quitado puntos.

Total, que allí ya era futbolero, ya jugaba al fútbol y de todo. Ya cuando llegué me hice aficionado del Betis. De hecho, ya soy más aficionado al Betis que al Dinamo. Me da pena a veces que el otro no gane, pero el Betis no me lo pierdo. Cuando estoy de noche y esa misma tarde juega el Betis, me da igual, voy al partido y, sin descansar nada, voy para trabajar después.

Yo sabía del Betis porque fichó a un jugador rumano, así que cuando llegué aquí le tenía simpatía. Un amigo me llevó en 2008 por primera vez a un campo de fútbol en España, al Benito Villamarín. Aún se llamaba Manuel Ruíz de Lopera. Me llevó a un partido de UEFA del Betis contra el Steaua de Bucarest, había un montón de rumanos. Perdió el Betis tres a cero.

¡Yo no me alegré! Me decían: “Niño, si quieres, canta los goles. Es normal, es un club de tu país”. Y resulta que yo siempre quiero que pierda ese equipo, igual que ellos el Sevilla, hasta en los entrenamientos. Porque yo soy del rival de muerte del Steaua, del Dinamo de Bucarest. Entonces, ese día fue cuando me enseñó el campo, me llevó a la calle Tajo... Y al final, en 2014 me saqué el carnet. Lo he tenido hasta en Segunda. He sufrido...

Y la Copa⁹... No te digo *ná*. No pude ir a celebrarlo porque me tocó trabajar y, encima, tuve una comunión. No he podido conseguir entrada, lo he intentado por todos los medios, pero no se ha podido. Te hablo de que tengo mano con ex jugadores de fútbol y lo he intentado con ellos, pero no me pudieron conseguir entrada. Hablé incluso con gente del Ayuntamiento de Sevilla, pero nada. Lo vi con unos amigos en Los Pajares¹⁰. Todos vestidos del Betis. Sufrimos mucho, pero valió la pena. Ya la copa está aquí, gracias a Dios.

⁸ Forma peyorativa de referirse a los aficionados del Sevilla Fútbol Club.

⁹ Copa del Rey. Campeonato de fútbol en España.

¹⁰ Aldea colindante con Cantillana dedicada a la celebración de las fiestas de la Divina Pastora.

CRISTINA

Cristina Adriana Baeram, 39 años. De Bucarest, capital.

La alegría que transmiten sus ojos difiere de la oscuridad de su atuendo. Cristina tiene una expresión tan infantil como la dulzura que desprende su voz. Como suele ocurrir, su marido, aunque cordial en su presentación, se mantiene al margen y prefiere dar la palabra a ella. Difícil averiguar si es por indiferencia o por inseguridad. Han solido ser las esposas mejores oradoras que ellos. Imagino que por los esfuerzos que éstas hacen por integrarse en su nuevo país. Ellos aún parecen más desconfiados.

Sacrificio incesante

Me casé con 17 años, tengo ya 39. Ni siquiera tengo recuerdos de salir con mis amigas de fiesta. En mi país nos casamos muy pronto. El primer novio, el primer marido. Nos llevamos los dos varios años trabajando y ahorrando para poder casarnos. Boda por lo civil. Mi marido y yo nos vinimos a España con tres de sus hermanos en 2008 y dejé a mi familia atrás.

Somos cinco hermanas, la más grande soy yo. Mi madre murió y mi padre se volvió a casar con una mujer muy buena, que nos cuidaba, pero no era nuestra madre, se agobiaba. Ella también tenía un niño, yo estaba ya harta de pelear con ella, chocábamos mucho. En cuanto tuve la oportunidad, me casé, para salir de mi casa. Trabajábamos los dos, él en el ayuntamiento con tractores y yo en una panadería. Teníamos cada uno nuestro sueldo, pero cuando surgió la posibilidad de irnos fuera, lo hicimos. Los sueldos allí son de unos 300 o 400 euros al mes, pero todo es igual de caro que aquí. La comida, el alquiler... Hemos querido volver muchas veces, pero llegas allí y, acostumbrada a ganar 700 u 800 euros al mes, te ofrecen 400, así que no te quedas.

Durante nuestros primeros años en España, mi madrastra nos llamaba mucho pidiendo que volviéramos a Rumanía, nos decía que aquí no teníamos futuro. En ese momento aún no teníamos papeles y eran necesarios para trabajar. Empezamos trabajando en el campo: melocotón, patatas, cebolla... Por temporadas íbamos. Los dos meses que nos quedábamos parados aquí nos íbamos a Barcelona a recoger melocotones, ajo, uva y algunas frutas más. Con eso pagábamos el alquiler de la casa.

Hasta que nos regularon la situación, íbamos al campo a trabajar con cuadrillas organizadas por rumanos. Los rumanos pagaban menos, por cajas. Recuerdo a todo el mundo corriendo para recoger todas las cajas que pudieran y así cobrar los 42 euros, que era lo máximo. De normal cobrábamos 18 o 20 euros, en vez de 60, que era lo que teníamos que cobrar. Decían que no podían pagar más porque no se habían recogido las cajas suficientes. Por eso yo prefiero trabajar con españoles que con rumanos.

A veces llegaba la Guardia Civil en helicóptero para hacer un control mientras trabajábamos y teníamos que salir corriendo, subimos a los árboles y escondernos todos. Rumanos, búlgaros... A mi marido y a mi cuñado los pillaron una vez y los tuvieron encerrados dos días por trabajar sin papeles. Pagamos a un abogado y los

dejaron libres con cargos. Estuvimos trabajando de esa manera al menos dos años, hasta que empezamos con una empresa española que nos hizo los contratos. Nos concedieron los papeles de residencia durante un año y ya después nos dieron la residencia infinita. Con esa empresa estuvimos nueve años, hasta que el dueño dejó la empresa, se divorció de su mujer y la cerraron. Después de eso hemos ido pasando de un manijero a otro.

Llevo desde 2014 de camarera en un bar del pueblo, pero voy y vengo porque tengo dos niños pequeños. Lo he dejado otra vez, ahora voy solo los fines de semana. Es que no tengo quien me cuide los niños. Mi suegra vive en una casa cercana a la nuestra, pero es muy mayor y no puede bregar con ellos. Hay que hacerlo todo: trabajar, llevar a los niños al colegio...

Yo he trabajado de todo. En el campo, en los bares de cocinera, sirviendo copas por las noches, limpiando casas, cuidando a gente mayor... No he parado. Y he trabajado más con españoles que con rumanos. He llegado a estar trabajando de interna cuidando de una señora. La experiencia fue buena, la mujer se portó muy bien, pero tenía neumonía y murió. Es que no paro, creo que cualquier extranjero que llegue a un país nuevo debe trabajar sin parar. Siempre le digo a mi marido que tenemos que buscar algo más estable porque, fíjate, lleva dos semanas lloviendo sin parar y no hemos podido trabajar en el campo. Nosotros no morimos de hambre, ni tampoco llegamos a ahorrar, pero vivimos. Para ir a Rumanía, por ejemplo, no tenemos suficiente. Los vuelos son baratos, pero allí ya no conocemos a nadie. Tenemos algo de familia, pero no es como aquí, que conocemos a todo el pueblo. Mis hijos han nacido aquí.

Lo hermoso de cada casa

Lo que más echo de menos es la Navidad, la Nochevieja y la Pascua. En Rumanía, cuando empieza la Navidad, hay mucha nieve, mucho frío. Todas las calles están blancas por la nieve, huelen a la comida tradicional y a los pasteles típicos —*la inalterable sonrisa de Cristina cobra más brillo, si cabe*—. Los niños hacen muñecos de nieve y se tiran con unos cacharros por las *montañitas* de nieve que forman.

En Pascua, hay mucha gente que sale al campo y hace la matanza del cordero y las barbacoas. Ahora no cazamos nosotros el cordero, lo compramos a pastores. Nos lo venden vivo y los hombres lo matan. Es la tradición, igual que los burros en Ramadán. Pintamos huevos de colores, hacemos pasteles rellenos de nueces y cacao, pasteles de queso dulce, pasteles de carne, hacemos como un *durum* del kebab pero relleno de carne picada y de col...

Y en Nochevieja, la gente se disfraza de cualquier cosa, los hombres van por las casas cantando. La gente saca dulces, bebidas, dinero... Lo que tengan. Sobre todo el vodka, siempre beben un chupito de vodka y siguen hacia el resto de las casas. Los hombres se pintan la cara de negro, igual que cuando aquí os disfrazáis de los reyes magos. Nuestro Papá Noel es San Nicolás, ponemos los regalos el día cinco de enero por la noche y por la mañana se abren. El árbol de navidad se pone siempre el día cinco. Hay muchas tradiciones. Aquí es totalmente diferente. Es muy raro, no nos acostumbramos. Llega la Navidad y hace calor —ríe—.

Sin embargo, a veces lo hablo con mi marido y siempre le digo lo mismo: “¿Qué hago yo en Rumanía?”. Es que son más de 20 años. Mis niños ya saben español, han nacido aquí, tienen su colegio, sus médicos... Si me echan me iré, pero quiero quedarme. En Rumanía aún hay cosas que no están bien.

Allí tenemos el derecho a acceder a la sanidad gratuita, pero como no le des dinero al médico, no te atiende. Vamos, es culpa nuestra, los hemos acostumbrado nosotros. Ellos cobran su sueldo. Si te has operado y todo ha salido bien, con un ramo de flores les basta y le sobra, pero la gente les regala dinero, oro, ovejas... Pasa incluso con la Guardia Civil. Si en Rumanía te pilla un agente haciendo algo malo, le das dinero y como si no hubiera pasado nada. Allí hay mucha corrupción.

En España, al principio me parecía muy raro que eso no pasara. Yo tuve que operarme de quiste de ovario y cuando salí me dije: “Dios mío, en mi país vale mucho dinero una operación como esta...”. También me sorprendió cómo nos trataban los médicos, yo decía que eran ángeles. Aquí te lo explican todo, incluso llaman a un traductor si no hablas español, están constantemente preguntando: “¿Usted me entiende?”. Si mañana fuera al médico en Rumanía, lo primero que me diría sería: “¿Has estado todo este tiempo en España y ahora vienes a que te vea yo?”. Me lo echarían en cara. Y hay que sacar dinero para que no te atiendan. Una vez me desmayé trabajando en el campo, por el azúcar, me llevaron al médico y la misma médica me dio su propio desayuno, me dio su *zumito*. Los médicos en Rumanía no hacen eso.

En el interior de la colorida casa, a lo lejos, recorriendo con la mirada un largo y estrecho pasillo, se intuye la presencia de una señora. Un pañuelo negro y florecido enmarca su rostro arrugado. Ataviada con holgadas telas de estampados dispares, una larga falda termina de ocultar por completo su figura.

Mi suegra sí echa mucho de menos su país. Quiere ver a su marido. Está muerto, pero enterrado en un cementerio rumano, le gustaría llevarle flores. Además, allí tiene otras hermanas, por aquí ni sale. Ni siquiera habla nada de español. En Rumanía, ella vivía en una casa cedida por el ayuntamiento, como las casas de protección oficial de Franco. Le dieron la casa y a los 30 o 40 años salió el dueño reclamándola al ayuntamiento y la echaron sin buscarle otra casa ni darle nada de dinero. Ella estaba sola, solo pudo coger su ropa. Y se vino para España. Le da igual vivir sola o acompañada, solo quiere irse a su país.

Mientras ella habla bajo el sol primaveral que comienza a derretir el asfalto de la calle, sus hijos, dos enérgicos morenos, corren sin parar generando un estrés que borra la sonrisa de la cara de su madre. Su marido aguarda en el coche el fin de la conversación, desesperado al pasar media hora, tras lo que se enfrasca en una batalla

acústica de agudos pitidos automovilísticos ante la serenidad de Cristina, que sigue manteniendo la calma a pesar de los correteos de sus niños y el estrés de su marido: “Tío, me tienes `amargá’”, le reprocha graciosamente.

MARIO

Mario Frunza, 33 años. Botosani, al norte de Rumanía.

Sentado bajo un toldo que comienza a proteger de “las primeras calores” sevillanas, con vistas a la plaza principal del pueblo, cuyas últimas reformas han convertido en una especie de charco sólido y gris, sin forma ni humanidad, se encuentra Mario. Entre morenos andaluces, cualquiera identificaría al rumano en ese hombre de ojos azules y semblante benévolo.

Una travesía complicada

Yo salí de mi casa muy pronto, con 16 años. Primero fui a Grecia, donde vivía un tío mío, y luego me vine para España. Por desgracia, mi situación no me dejó seguir con los estudios, mis padres ya no podían con los gastos, cada día eran más. Mi idea era irme fuera a trabajar una temporada, ganar dinero y volver para seguir con los estudios. Pero, por una cosa o por otra, empezó a gustarme esto.

En Grecia trabajaba en el campo. Fue complicado. En aquella época, sobre 2005, Rumanía aún no estaba en la Unión Europea, así que no era nada fácil trabajar en otro país, por lo que siempre tenía que estar de escondidas. Tenía un permiso de vacaciones, pero no de trabajo. Me fui de Grecia porque me pillaron y me mandaron de vuelta a Rumanía. Aquello fue... Para no recordarlo. Yo lo pasé muy mal. ¡Era un niño! No me pillaron en el campo, ellos no van a cogerte directamente al campo. Te van vigilando, piden una orden de registro, llegan por la noche, te parten la puerta y te mandan para fuera.

Lo pasé mal, porque te cogen y te meten en un calabozo como si fueras un delincuente. Rodeado de todos los que están a la espera de juicios de todo tipo. Asesinos, ladrones... Lo bueno es que tenía a mi tío, que llevaba allí muchos años y lo tenía todo en regla. Mi tiempo en el calabozo fue de una semana y media. Tuve que esperar a que saliera el juicio. Puedes llegar a quedarte allí cuatro o cinco meses. Me mandaron para Rumanía y me prohibieron la entrada en Grecia durante cinco años. Mis padres no supieron de esto hasta que regresé a Rumanía, no quería preocuparlos.

Y nada, creo que eso fue en septiembre y a los cinco meses me vine para España. Cuando volví a Rumanía, a pesar de todo lo de Grecia, sabía que no iba a quedarme. No lo sé... Allí estábamos siempre limitados. Ya en 2007 entramos en la Unión Europea y quitaron todas las restricciones. Vine a España por un amigo. Me vine en autobús, cuatro días de viaje. Fue bonito, creo. No me acuerdo muy bien. Al principio lo pasé mal, claro. Llegas y no sabes hablar, es un mundo nuevo. Ya me había costado acostumbrarme a la vida en Grecia, imagínate tener que adaptarme a otro país diferente.

Nada más llegar trabajé dos o tres meses en el campo y luego empecé a cuidar a una persona mayor. Tuve la suerte de que una de sus hijas era maestra y me ayudó mucho. Me daba clases particulares y me daba libros para leer, así fue como mejor aprendí. Estuve siete años cuidando de él. Tuve mucha suerte con ellos, fueron como una familia para mí. Eso fue lo que me ayudó a superar el trauma. También me ayudó que cuando llegué, había mucha gente aquí de mi pueblo. El efecto llamada hace que se multipliquen. En Cantillana, puedo decir que al menos un 20% son de mi pueblo. Mis planes cambiaron radicalmente cuando conocí a Inma, mi ex pareja. En ese momento supe que no iba a volver. Cuando voy es de vacaciones, porque echo mucho de menos aquello. Al final, siempre me va a faltar algo.

El tiempo que estuve con ella, fuimos todos los años a Rumanía. En verano nos íbamos 15 días. Ella estaba deseando irse siempre, disfrutaba como una niña chica. El primer año, me acuerdo de que me daba hasta miedo ir —*ríe, melancólico*—. Mi suegro... Me decía que como le pasara algo, iba a buscarme.

Pensamiento español, recuerdo rumano

Ahora trabajo en un almacén de golosinas. Golosinas Joselín. Y tengo también una tienda Polvillo, donde trabaja mi hermana. Ella se vino con siete u ocho años. Somos los únicos de la familia en España. Mi hermana estaba estudiando Medicina en Rumanía. Normalmente mis padres venían a verme en verano, pero un año solo vino ella y ya no quiso volver. Y esa sí que no vuelve. No le gusta aquello, todo lo contrario a mí.

Marina se llama. Habla español mejor que yo y lleva menos tiempo. Ella llegó, tuvo la suerte de empezar a trabajar desde el principio cuidando de una señora que falleció al año. Después se fue a Escocia con un novio que se echó del pueblo. Estuvo trabajando de limpiadora en un hotel y volvió a los dos años, cuando yo abrí el Polvillo y empezó a trabajar ahí. Abrimos la tienda hace cinco años. La verdad es que va bien. Por lo menos tengo la seguridad de que mi hermana no va a tener que irse fuera.

Le gusta mucho esto. Con ella hablo en español, fíjate. Igual que con mis amigos. Llega un momento que, de no practicar tu idioma, hay palabras que se te olvidan. No palabras, sino la forma de enlazar una conversación. A veces, intento expresar algo y me quedo pillado. Hablamos a medias también, palabras en rumano y en español.

Pero la verdad es que yo, cuando llego a mi país, siento que llego a mi casa. Desconecto de todo, me relajo. Lo que más extraño es la nieve. Por mucho que te adaptes a una nueva vida, siempre hay cosas que faltan. Allí, cuando llega Navidad, notas que es Navidad. Aquí no es lo mismo. Falta la nieve... Falta aquello. Yo estoy siempre deseando que Sierra Nevada esté nevada para ir dos o tres veces. Es cierto que hay gente allí que te ve como “el de fuera”, porque llegas habiéndote adaptado a otra

forma de vivir, tu acento cambia... Pero yo no me siento así. Digamos que me siento como en casa en los dos países. Cuando estoy allí también echo de menos esto.

Bodas y prejuicios

Al principio es un poco impactante escuchar sólo cosas malas sobre los rumanos. En los periódicos siempre aparece lo malo, nunca lo bueno. Pero al final te acostumbras, te das cuenta de que en realidad la gente debe conocerte a ti personalmente, no juzgarte por lo que hagan los demás. Es chocante porque piensas: “¿Por qué me tienen que meter a mí en el mismo saco?”. Y antes me moría de ganas de contestar en las redes sociales cuando veía comentarios de ese tipo. ¿Por qué tienen que generalizar? Habla sobre quien te haya hecho eso, los demás no tenemos culpa. Eso me hacía mucho daño al principio. Poco a poco te vas haciendo, y yo tuve la suerte de tener una familia aquí que me ayudó a superar todo eso.

Te llevas toda la semana trabajando sin parar de lunes a sábado y encima tienes que aguantar los comentarios. Vas por la calle y no te dan los buenos días... Ahora la gente del pueblo se ha acostumbrado, pero cuando llegué aún no lo asimilaban.

Pero en realidad los españoles y los rumanos no somos tan diferentes. Tenemos formas de vivir y costumbres parecidas. Son distintas religiones, pero no he visto tanta diferencia. De hecho, yo soy ortodoxo y me casé por la iglesia católica. Tuve que confirmarme y pedir el permiso de un cura ortodoxo para que me dejara casarme con una mujer católica, y viceversa. El único problema era la religión de los futuros hijos. La única condición del ortodoxo era que nuestra descendencia fuera ortodoxa y la condición del católico era que la descendencia fuera católica. Dijimos a los dos: “Claro que sí” —ríe—. Ya el niño creará en lo que quiera, yo qué sé. Las religiones, en realidad, no son tan distintas. Nosotros no creemos en imágenes, pero los santos son los mismos. Los rezos son idénticos.

Para mis padres aquello fue un poco impactante. No entendían que me quisiera casar en España, porque allí la tradición es que la boda se celebre en casa del novio. Es verdad que toda mi familia estaba allí, aquí vinieron sólo dos tíos que viven en Italia y mis padres. Mis abuelos no estuvieron presentes, por desgracia. Pero bueno, es lo que hay. Además, la boda fue como las de aquí, y ellos esperaban encontrarse con una boda típica rumana. En Rumanía las bodas duran 24 horas.

La ceremonia en la Iglesia es parecida, pero en el salón es diferente. Hacemos lo mismo: comer, beber, bailar... Pero lo intercalamos durante toda la noche. Por ejemplo, te ponen el primer plato, a la hora te vas a bailar, después vuelves y te ponen el segundo plato, te vuelves a bailar, y así hasta las nueve o diez de la mañana. También, la música tradicional... *Populare* se llama. Bueno, se pone de todo. También se escucha música moderna, reggaeton, dance... Pero en las bodas, por norma general,

lo que más se escucha es la música popular. Al final les gustó porque es una forma más tranquila de celebrar la boda. Es mucho más tranquila. En Rumanía acabas reventado. Te levantas un día a las ocho y ya no paras hasta las ocho del día siguiente.

A los cuatro meses de conocer a Inma me iba para Rumanía de vacaciones, y quiso venir conmigo, como te he contado. Y mi suegro... Él me conoció en la Romería de Villaverde. Llegamos allí y, bueno, imagínate, llevaba poco tiempo en España, hablaba regular. Primero conocí a un hermano de ella y después me presentaron a sus padres. En ese momento mi suegro no me dijo nada, pero ya con el tiempo, cuando cogimos confianza, me contó que cuando me conoció le dijo a mi suegra: “*Mari*, este niño no es de aquí, ¿no?”. Y ya cuando dijimos que nos íbamos para Rumanía de vacaciones... Tuve que ir a pedir permiso a sus padres. Tú imagínate, sin conocerme prácticamente, yo que no sabía expresarme en condiciones...

Se quedaron impactados. Lo primero que preguntaron fue cuánto tiempo llevábamos. Y cuando le dijimos que llevábamos cuatro meses se quedaron en shock. Claro, imagínate, por la cabeza de un padre puede pasar de todo en ese momento. Yo lo entendía. “Tú me dejas aquí el DNI o algo, para que yo te encuentre”, me dijeron. Pero era broma todo. No nos llamaron por teléfono en el avión porque no estaba permitido, si no...

Ella se llevó muy bien con mis padres desde el principio. Empezó a aprender rumano. Yo era el traductor, era agotador, porque mis padres hablaban en rumano, ella en español y yo tenía que traducirlo todo. Yo siempre estaba en medio. Cuando me despistaba un momento ya escuchaba: “*Mario*, ven un momento”.

RALUCA

Nicolae Ionela Raluca, 42 años. De Câmpina, centro sureste de Rumanía.

Y al girar la esquina, la bandera rumana. Sus franjas verticales se solapan con una inscripción que invita a pasar a “România”. Tras el mostrador, la profundidad de sus ojos negros inspira toda la confianza que Raluca se gana a minutos de hablar con ella. El oscuro de sus ropajes encaja con su piel tostada y su cabello purpúreo y ondulado. En ningún momento pierde Raluca la expresión amable de su mirada, igual de agradecida que extrañada, ante la improbable situación de que una no rumana se preocupe por cómo va su vida.

Joven y sufrida

La vida en Rumanía era muy complicada. Mi marido tenía un trabajo y ganaba bien, pero aun así no llegábamos a fin de mes. Por ejemplo, tengo un niño de siete años que nació en Rumanía y no teníamos dinero ni para pañales. Conseguíamos un paquete cuando nos lo daba el médico o mi madre nos lo compraba.

A España llegó primero la hermana de mi marido, Florina. Llegaron a Roquetas de Mar. Recuerdo que mi marido le pidió que nos mandara dinero para las compras de Navidad. Su hermana y su marido tampoco tenían tanto como para prestarnos, así que le recomendó que viniéramos nosotros a España para trabajar en la aceituna. Él llegó aquí en noviembre de 2006 y en diciembre me vine yo con el niño chico, de 11 meses. Mi marido empezó a trabajar en una finca durante dos o tres meses. El rumano que trabajaba con mi marido tenía un hermano y trajo a su familia también.

Yo me fui interna con el niño chico a casa de una señora en la Puebla de los Infantes, donde vivimos en un principio. Estuve allí seis o siete meses interna. Estaba todo el día llorando, sin saber nada del idioma. La mujer no tenía familia, nunca había tenido hijos y trataba muy mal al mío, le gritaba mucho. Cuando me acuerdo me pongo a temblar —*frota su brazo para asentar sus vellos*—.

Mi hijo solía ponerse en la escalera con algún juguete y la mujer le gritaba. Yo, de los nervios que tenía por no poder reprocharle nada, lo pagaba con mi hijo. Lo pasé un poco mal cuando llegué. No entendía el español ni tenía dinero. Muchas veces iba a la plaza con mi niño para que jugara y no tenía ni un euro para que comprara chucherías. Me he dado cuenta de que los niños aquí no son ni para decir: “¿Quieres?”. Son un poco egoístas. Comen a tu lado y no te ofrecen. Nosotros no somos así. Vamos, hay algunos, no digo que no, pero por lo general... En mi familia eso no se hace. Por ejemplo, si nos ponemos ahora a comer, yo no podría hacerlo si veo que la gente no está comiendo. O comemos todos o no come nadie. Es que no puedo.

Poquito a poco fuimos mejorando. Conocí a una mujer extranjera, de Ecuador, que trabajó en una farmacia durante muchos años. La tía del farmacéutico era soltera,

nunca tuvo marido ni hijos. Era muy rica. Fue la que fundó la farmacia. Ella se puso mala y la farmacia se la quedó su sobrino. La ecuatoriana entró a trabajar cuidando a la mujer. Un día, la vi llevando a su hijo al colegio y le pregunté si en la farmacia haría falta alguien, porque yo necesitaba trabajo. Me dijo que me avisaría, y al tiempo me habló de que necesitaban una mujer para el fin de semana, para planchar, dar de comer a la abuela y poco más. No había que lavarla ni nada. Era en casa, lo vi cómodo. Además, eran tres o cuatro horas, dos días a la semana, no era interna, y estaba muy contenta con el sueldo. 100 euros.

Empecé trabajando los fines de semana, hasta que la ecuatoriana se puso mala y la tuve que reemplazar. Cuando murió la tía del farmacéutico me dejaron allí trabajando. Cuando se bautizó mi hijo pequeño, que nació en España, ella y el farmacéutico fueron los padrinos. Fueron muy buenos conmigo, me daban pañales para el niño y de todo. No tengo palabras para describirlo. Él era como mi padre. Y su tía igual.

Toda su familia vivía en Sevilla, menos ellos dos. Cuando llegaba el fin de semana se iban al campo y yo iba a limpiarles. Yo estaba muy contenta allí. Pero cuando tuve a mi chico empecé con problemas de ciática y eso. Me tuve que ir porque él no quería hacerme los papeles. Por eso salí de ahí. Nunca me hicieron contrato, yo pedía que me hicieran uno de, al menos, dos horas al día. Pero nada. Entonces, pensé que con mi edad —42 años— y sabiendo que hay gente joven que se pone mala, no podía seguir así. Me ves bien pero por dentro tengo muchas cosas, tengo ciática, artrosis, soy asmática... —*Tiene razón, nadie intuiría que su atractiva juventud se ve truncada por dolores de madurez*—.

Mi marido tenía un trabajo muy bueno, dando de comer a animales en una finca. El mío también estaba bien. Pero claro, por ejemplo, los fines de semana, mientras la gente estaba disfrutando, yo tenía que quedarme con los dos niños en la farmacia. El farmacéutico muchas veces salía con la novia para comer y yo me quedaba ahí. Cuando llegaba alguien de urgencia lo llamaba yo por teléfono. Estábamos a gusto en nuestros trabajos, pero no teníamos vida y tampoco nos llegaba para juntar dinero e irnos a comer y beber por ahí.

Entonces pensamos en montar un negocio, así dejaríamos de tener jefes y podríamos conseguir los papeles. En Cantillana vivía una familia de rumanos que mi marido conocía de su pueblo en Rumanía. Vinimos un par de veces, vimos que había muchos rumanos y decidimos abrir la tienda. Este julio hará cinco años desde que la abrimos. Gracias a Dios, no nos quejamos. Hay días buenos y días malos. Por ejemplo, ahora estamos un poco más *flojitos*. Como la gente no ha trabajado, por culpa de los camiones¹¹... Pero vamos, cuando la gente cobra, se nota. Los españoles también vienen mucho aquí. ¿Sabes qué pasa? Los españoles se juntan mucho con los rumanos. Entonces vienen, prueban nuestra comida y les gusta. Vienen muchos por

¹¹ Huelga de transportistas que paralizó parte del comercio en marzo de 2022.

cosas que tenemos nosotros de barbacoa. Carne, verdura... Siempre les pregunto si les ha gustado o no. Tiene mucha fama, eh.

Rumanos gitanos y el bueno de Ceaucescu

Hay personas que vienen aquí para dejar a fiar, muchas veces me dan lástima. Yo también he estado en su sitio. Por ejemplo, si viene una persona que no tiene, yo le ayudo, pero hay otras que dan pena y después se lo gastan en otras cosas. Pero, ¿qué vamos a hacer? Como digo siempre, si no le doy ahora que lo necesita, ¿cuándo le doy, cuando tenga?

Nosotros ahora, por ejemplo, con la subida de precios que hay, hemos mantenido los de antes. Si vendo más barato, tendré más gente. Vienen muchos gitanos rumanos también aquí. Me dicen que les regale las cosas, que está todo muy caro... Nosotros nos llevamos muy bien con ellos, pero sabemos cómo son. Yo he vivido muchos años en Rumanía, pero no supe lo que era un gitano hasta que llegué a España. Hemos visto más gitanos aquí, en Cantillana, que en Rumanía.

Tienen muchas tradiciones muy diferentes a las nuestras. Al principio, cuando llegué, me impresionaba mucho cómo celebraban las bodas, solo lo había visto en la tele. Por ejemplo, en Rumanía para las bodas se alquila una nave, se prepara nuestra comida tradicional... Ellos no, ellos se gastan muchísimo dinero en vestidos y en todo. Nosotros nos arreglamos, como es normal, pero ellos se llenan de oro. A mí el oro ni siquiera me gusta, no me lo pongo. Somos muy diferentes pero, gracias a Dios, no nos llevamos mal. Me respetan, no puedo decir nada. Pero hay algunos que se pasan. Mi marido se calla algunas veces, le da más vergüenza.

Hay muchos rumanos gitanos que tienen palacios en Rumanía. Todo oro. Muchas veces vienen aquí, me las enseñan y no son casas, son palacios. Yo no tengo, para qué engañarte. Nosotros no tenemos casa en Rumanía, teníamos una y se cayó. Cuando vamos, vamos a casas de familiares. Si te digo la verdad, de Rumanía no extraño nada. Mira, es muy bonita. El año pasado fuimos de vacaciones, pero a la montaña. Es preciosa. Te digo, a mí la playa no me gusta, cuando voy es por mis hijos. No apreciamos lo suficiente Rumanía, es muy diferente de España. Tú vas en verano allí, por ejemplo, a la montaña y se ve todo verde, unas carreteras tan bonitas... El grande —*su hijo mayor*— no quería saber nada de Rumanía, pero el año pasado fuimos y no se quejó para nada, no preguntó ni cuándo nos íbamos.

Nosotros somos de un pueblo cerca de Bucarest, entre la ciudad y la montaña. Es muy bonito, pero cuando vivíamos allí no teníamos ni vacaciones. No sabíamos cuándo eran las vacaciones, el verano, ni nada. Teníamos una vida monótona. Ahora no puedo quejarme, hay veranos que me voy y otros que no. Mira, nosotros vivimos de alquiler aquí. Si yo estuviera bien en mi país no me quedaría en España de alquiler. Y

muchas veces da coraje cómo está Rumanía. El presidente no es rumano tampoco, es alemán. El nació en Alemania y creció en Rumanía.

La sinceridad de Raluca se enreda con los ágiles agudos de la música rumana moderna que sale de la radio y la seriedad de los informativos. Difícil es identificar diferencia alguna entre los informativos españoles y los rumanos, gana en ambos el sensacional tratamiento de un conflicto que no necesita de mensajes sensibleros para mostrarse como un horror.

Estoy viendo en Facebook que están llegando a Rumanía muchos ucranianos. El gobierno rumano paga hoteles y de todo a los ucranianos, pero hay rumanos que se mueren de hambre. Hay personas mayores que lloran mucho, con las pensiones que cobran no les llega para las pastillas, para la luz, etc. Los niños sufren también, hay muchos sin zapatos, sin nada que comer... Y digo, ¿el presidente qué hace? Ha puesto en Facebook también el supermercado Lidl que va a meter a trabajar a ucranianos cubriendo bajas y vacaciones de sus empleados. ¿Y los rumanos no pueden trabajar? Están ofreciendo ayuda solo a los ucranianos mientras en Rumanía están muy mal. Trabajan para nada, la luz ha subido mucho, no tienen dinero. Tampoco es justo eso. Todos los países dicen que Rumanía es muy pobre y el presidente rumano manda dinero a otros países.

Ahora todo el mundo habla mal del comunismo, pero antes, en Rumanía con Ceausescu, nadie moría de hambre. Nadie salía a otro país. Rumanía tenía muchas cosas que ahora se han vendido a otros países. Hasta el fin de Ceausescu vivíamos bien, teníamos de todo. Por ejemplo, para comprar pan, debíamos tener una tarjeta del gobierno. Ya después se liberalizó todo, pero no mejoró la vida. Al contrario, empeoró. Se vendió todo. Rumanía tiene muchas cosas, podría ser la más rica de todos los países. Allí no hay vida, no se puede vivir decentemente. Se vive para trabajar únicamente. Los que se quedan viven de un día para otro, intentan sobrevivir. En las noticias solo veo gente llorando que no sabe cómo va a vivir.

Rumana y mujer

Mi familia está toda en Rumanía, pero yo por mis hijos me quedo aquí. Aquí está solo la familia de mi marido, los míos están allí —*reitera con una mezcla de tristeza y resignación*—. En Rumanía trabajan mucho para nada. Aquí, por ejemplo, si trabajas una semana, comes muy bien. Pero a mi familia la echo mucho de menos. A mi madre sobre todo. Mi padre no vive. Él bebía mucho y se ahorcó.

Para mí la familia lo es todo. Yo estoy nada más para mi marido y mis hijos. Es cierto que estoy un poco estresada. Entre la casa, la tienda, los niños... Hay veces que lloro para descargar, porque si no, me vuelvo loca. Cada familia tiene sus problemas. Yo digo siempre que es muy diferente la familia española a la rumana. Nosotras, las rumanas, aguantamos más. En España las mujeres no aguantan. Muchas veces él se pone muy nervioso y pienso que si fuera otra no lo aguantaría. Pero yo sí. Aguanto por

mis hijos. Encima, como te he dicho, yo no tengo a nadie más aquí. Cuando no tienes más remedio te olvidas de todo.

Pero no envidio a las mujeres españolas, eh. Si, por ejemplo, te veo a ti feliz mientras yo lloro, me alegro pensando que tú estás feliz y digo: “Qué familia más bonita”. Yo aprecio mucho a las personas. Lo mejor es que siempre tengo a alguien aquí en la tienda conmigo. Hay días que voy a tomar un café con alguna amiga o nos lo tomamos aquí. Pero salir por ahí a comer lo hacemos menos. Tampoco soy yo mucho de salir. No soy muy de beber. El tabaco sí, eh. Ese es mi vicio.

Yo digo siempre que por mucho dinero que tengas, si no eres feliz no sirve para nada. Incluso cuando no teníamos dinero yo era muy feliz. Nosotros con la tienda no tenemos días de descanso, pero aun así somos felices. Pero al menos un día necesitamos tenerlo libre. Mi hijo, por ejemplo, es muy bueno, él se entretiene con su gimnasia o dando paseos de vez en cuando. Mi chico está apuntado al fútbol, cuando tiene partido disfruta mucho.

Yo, por mis hijos, quiero pasar la vejez en España. Ni siquiera cuando mis hijos se independicen me iré de aquí, porque quiero estar siempre donde estén ellos. Mi grande tenía 11 meses cuando llegó y el chico nació aquí, ¿cómo te vas tú ahora para Rumanía? El grande ni siquiera habla rumano, el chico sí. Entiende, pero no habla. Habla español perfecto, sin acento. Además, es muy listo, mi grande. Cuando vivíamos en La Puebla también. Cuando entró en primero repitió, pero porque nosotros no hablábamos nada español. En La Puebla estaba constantemente reuniéndome con su maestra para ver cómo iba. Cuando vi que no iba a pasar a primero fui a ver al director y me dijo que iba a repetir porque se equivocaba mucho con el idioma. Pero desde ahí le ha ido muy bien. La orientadora del instituto me llamó para felicitar me, me dijo que es un niño muy bueno y respetuoso y que se le dan muy bien los ordenadores. Yo siempre le digo que lo principal es respetar, que pregunte si no entiende algo, pero siempre con respeto. Mi chico es muy listo con las matemáticas, pero no quiere estudiar. En La Puebla no tenían problemas con él, pero desde que se cambió de colegio... No sé, no me gusta a mí cómo estudia.

“Mira el rumano”

Yo aprecio más a los españoles que a los rumanos. Cuando llegué, al principio no sabía ni hablar y había una familia española que tenía una tienda y me ayudaba. Me daban dinero. Yo siempre he apreciado mucho a los españoles. En todos lados hay gente buena y gente mala pero, por lo general, me tratan bien. Es verdad que al principio, cuando escuchaba “mira el rumano” o algo de eso, me sentía mal.

Por ejemplo, aquí, si se van todos los rumanos, Cantillana está muerta. Hay un español joven, no se ve malo, todo el mundo sabe que se droga y viene pidiendo a la tienda, pero cuando es para esas cosas yo no doy nada. Si es para comer sí. Yo lo he vivido, sé qué se siente cuando tienes que pedir.

STEFAN

Stefan Baltaret, 38 años. De un pueblo de Ploiești, a unos 100 kilómetros de Bucarest.

Bajo el cegador sol del ángelus, la ermita de Nuestra Señora de la Soledad repica jubilosos sonos frente a un bar cualquiera. Sentado entre plástico duro, Stefan sostiene entre sus manos el último moreno de la mañana, con la mente puesta en la primera rubia del mediodía. Su tostada tez pareciera de procedencia sureña. También su simpática expresión, derrochante de alegría pese a su nueva y pesada compañera.

Problemas personales, problemas mundiales

No puedo salir de casa sin la muleta, ya me he caído unas cuantas de veces. Pero no me puedo quejar, los médicos me dijeron que no iba a volver a andar... Verás, yo estaba trabajando de mecánico en Mercedes Benz, en Sevilla, y me entró un dolor de espalda muy fuerte. Con el tema del Covid no me echaban cuenta en el centro público. Mis consultas eran por teléfono, y no paraban de mandarme pastillas. Al final tuve que irme al privado.

Me hicieron una prueba y resultaba que había una masa que estaba estrangulando mi médula espinal, y me quedé parálítico. Estuve dos meses en el Macarena, en la planta ocho. Estuve seis meses de rehabilitación hasta que poco a poco fui recuperándome. Me dijeron que tenía que andar con un carrito, pero no lo hice, soy muy cabezón. Eso me pasó en 2020, me he llevado como un año casi sin poder andar. Ya, dentro de lo que cabe, estoy mejor. Tengo afectada la médula espinal y los nervios. Ya soy pensionista, con un 55% de minusvalía. Tengo otra revisión dentro de poco, a ver si tengo suerte.

Puedo trabajar, pero sentado, solo en trabajos de oficina, pero eso a mí no se me da bien —ríe—. Soy activo, por eso me he recuperado pronto. Lo bueno es que he hecho mucho deporte, sigo yendo a la piscina. Los de Mercedes todavía me esperan.

Tenéis que tener cuidado porque tal y como está la sanidad pública en España, no va a tardar mucho en aparecer la corrupción que hay en Rumanía. El que tenga contactos será atendido, el que no...

Yo vengo de un pueblo que es el doble de grande que Cantillana, pero con la mitad de habitantes. Estamos cerca de una ciudad, Ploiești, como si fuera Sevilla, en la región de Prahova. Hay diferentes dialectos en las regiones. Por ejemplo, yo, al estar cerca de la capital, Bucarest, hablo como si fuera de Madrid, y los moldavos hablan como si fueran andaluces. Independentismo no hay, pero sí tenemos problemas con los países de alrededor, sobre todo con los de la parte de Transilvania. Siempre ha habido pique entre los transilvanos y los húngaros. Por lo de siempre: los terrenos. ¿Qué es lo que pasa ahora mismo en Ucrania? Lo mismo. Hay territorios que eran rumanos y nos los

quitaron los ucranianos. Hay una isla que se llama “Isla de las Serpientes¹²”, que era rumana, pero nos la quitó Ucrania. En 2008, el gobierno rumano intentó que nos la devolvieran, pero nada. Y ahora, por el tema de la comunidad europea, estamos obligados a ayudarlos. Lo hacemos con gusto, porque los ucranianos no tienen la culpa, sino el sistema político y los intereses externos. Como siempre, la carrera por los recursos. Gente de mucho dinero ha puesto hoteles a disposición de los afectados, y los rumanos allí protestan porque dicen que les dan más ayudas a los ucranianos que a los propios rumanos.

¿Por qué no se ha mediatizado tanto el conflicto de Palestina o de otros países? Y han dejado muchos muertos también. Pues porque la OTAN es la que manda. Yo te hago una pregunta desde la perspectiva rumana, que hemos estado en ambos lados: ¿Quién prefieres que te domine: los americanos o los rusos? Nosotros estamos controlados por los americanos, tenemos bases militares y de todo. Yo tengo una anécdota en la base de Rota¹³. Tenía que reparar maquinaria dentro y no me dejaron entrar porque era rumano. La empresa tuvo que mandar un montón de papeles. En la empresa éramos 40 técnicos, pero yo era el más indicado para arreglar esa máquina en concreto. Pero no pude entrar. Si tuviera la nacionalidad española seguramente me habrían dejado. Desde luego, puedo sacarla cuando quiera, porque llevo muchos años aquí. Creo que 19. No es que no quiera, es que no la necesito porque soy comunitario.

Nuevas perspectivas

Cuando llegué aquí dije: “Vaya pueblo más raro”. Me parecía que todas las casas eran iguales, pequeñas, no había ninguna particularidad en el aspecto. Yo estaba acostumbrado a las casas grandes, tipo chalet, con sus puertas grandes... Y me tuve que meter en un pisito. Aprender el idioma también fue difícil. Sin hablar nada de español, me dieron mi primer trabajo de mecánico. Me entendía a base de mímica y de voces. Hablar latín me facilitó aprender el idioma.

Mira: domingo en español, dimanche en francés, domenica en italiano y duminica en rumano. También hablo mejor porque he estado siempre trabajando con gente de aquí. Y en un taller tienes que explicar cosas al cliente, al jefe... Los amigos también ayudaron. Tengo una reunión aquí de por lo menos 30 amigos. No me costó hacer amigos. La botellona lo hizo fácil —*ríe*—.

Llegué a España con unos 19 años, cuando acabé mis estudios de Mecánica Superior. Aunque antes de eso estuve un año en el Ejército. Antiguamente, acababas los estudios y te mandaban un año. Entré de conductor. En los primeros tres meses me ascendieron y tuve funciones de Sargento. Yo era el chófer, llevaba a los militares a unos sitios y a

¹² Isla en el Mar Negro tomada por las Fuerzas Armadas de Rusia en febrero de 2022 en el contexto de la guerra en Ucrania.

¹³ Base militar estadounidense en Rota, Cádiz.

otros. He pegado tiros dos veces contadas, pero en el coche que conducía llevaba armas de todo tipo. Ya no existe el servicio militar en Rumanía, igual que aquí.

Cuando terminé, empecé a trabajar de lo mío hasta que mis padres me dijeron que me viniera para España. Ellos estaban ya aquí, fueron de los primeros rumanos en llegar, sobre 2001, después de caer las Torres Gemelas. Me acuerdo porque a mi padre le pilló trabajando en Israel y se cerró el país entero. Se convirtió en país militarizado. Muchos europeos se asustaron y volvieron.

Mi padre trabajaba en una empresa que diariamente iba quitando, metro por metro, terreno a los palestinos. Era una empresa judía apoyada por la ONU. Los helicópteros de la OTAN estaban todo el día vigilando, porque la única defensa de los palestinos era echarle fuego a las maquinarias, intentando sabotearlo. Mi padre vivió todo aquello. Él tenía que hacer guardias de noche para vigilar los dúmperes¹⁴, porque los palestinos hacían cócteles molotov y los prendían. Lo que hacían era ir avanzando con la maquinaria, derrumbando casas y todo lo que encontraban. ¡Claro que derrumban casas! Por eso este mundo es tan injusto...

Él, al fin y al cabo, estaba trabajando. Tenía compañeros franceses, españoles... Un montón de europeos, pero no había judíos. Sin embargo, la empresa era americana y judía. Hubo muchos rumanos y europeos que se fueron a Israel en esa época, hacía falta mano de obra. Pues por algo sería... Busca en Google el mapa de Israel y Palestina de hace unos años y el de ahora. Lo que pasa es que hasta eso lo censuran. Tienes que buscarlo en papel. El papel no pueden censurarlo, a no ser que le echen fuego.

Pasa lo mismo con la matanza de Vladivostok. Ha estado censurada durante muchos años, yo lo he buscado por todos lados. Yo lo conozco por mi profesora de latín en Rumanía. Allí había dos idiomas obligatorios y uno opcional. Los obligatorios eran inglés y francés, y después podías elegir entre el ruso, el latín... Pues esa profesora nos decía: "El principal pilar de un país es la industria, si lo quitas se cae todo". Explicándonos lo que hizo Hitler a los judíos nos contó que en Vladivostok, Ucrania, sobre los años 20, murieron de hambre más de ocho millones a manos de los rusos, y el general era judío. Por eso ha sido censurado. Ya hay algo de información en Internet, pero está sesgada.

Chernóbil

Mi padre trabajaba en una empresa de estudios geológicos para el gas natural. Él llevaba un laboratorio móvil con una fuente radioactiva de rayos gamma, para hacer radiografías a las soldaduras. Se desmontaban las tuberías grandes, bajo tierra, de gas natural, y llamaban a mi padre para hacer fotografías y comprobar que la estructura molecular de los materiales estaba bien.

¹⁴ Vehículo usado en las obras de construcción para transportar material a granel.

Cuando reventaron Chernóbil yo estaba de vacaciones. En aquella fecha, el comunismo pagaba las vacaciones de los niños. Eran gratis. Íbamos a la playa en el Mar Negro. En ese momento estaban construyendo gaseoductos que iban de los pozos petrolíferos en medio del Mar Negro a Rumanía. Rumanía tiene todos los recursos naturales que quieras, menos políticos decentes. Total, era una obra grandísima, de muchísimos trabajadores. Llamaron al hotel para pedir que no saliera ningún niño fuera porque había nubes radioactivas en el aire. Eso no se ve, el día de playa era espectacular. Yo estaba llorando en la ventana viendo cómo los niños fuera hacían vida normal.

Los trabajadores del gasoducto llevaban unos trajes especiales con células de radiactividad y medidores de radiactividad que pitaban cuando detectaban radiación. Y recuerdo que empezaron a pitar y a sonar las alarmas. Ellos creían que lo que detectaban los medidores eran las fuentes radiactivas que llevaban ellos, pero se alejaron a más de 50 metros de la fuente y seguían pitando los medidores. Se alejaron 100 metros, e igual. Hasta que los ingenieros se dieron cuenta de que no eran las fuentes, que estaba pasando algo en el aire. Llamaron al ejército y no quisieron decir lo que estaba pasando. Menos mal que la mayoría de los niños que estaban en el hotel eran hijos de los trabajadores, y éstos se dedicaron a obligarnos a quedarnos en el hotel, porque entre ellos se olían algo.

A los pocos de días, se informó de que había reventado Chernóbil, pero tardaron. Llegó hasta cerca de España, creo. O sea, imagínate en Rumanía... Desde luego, muchas de las mujeres que estaban embarazadas en ese tiempo sacaron niños malformados, en Rumanía hubo una oleada de niños malformados después. Me acuerdo de que mi padre llamó a mi madre y le comentó lo que estaba pasando. Le dijo que tirara toda la comida fresca, la leche de la vaca... Todo. Le pidió que comprara solo conservas y muchas pastillas de yodo. El yodo ayuda a reducir la radioactividad. Un aumento de casos de cáncer no hubo por mi zona, pero sí muchas mutaciones genéticas en los fetos.

Pros y contras

Mi vida en el pueblo era muy tranquila. En aquella fecha, el sistema era un círculo por el cual todo el mundo comía. Lo malo es que, por ejemplo, una fábrica que no producía nada, se comía los recursos de la que sí producía. Y la represión... A mi padre le gustaba mucho la música occidental de los ochenta, y, para escuchar esa música, tenía que trucar los radios, montar antenas a lo bestia... Se juntaba con los amigos en casas particulares para grabar y escuchar la música prohibida. Eso lo hacía mucha gente. Había una emisora que se llamaba “Europa Libre”, que tenía los repetidores de frecuencia cerca de Rumanía, así que si tenías una buena antena podías pillarla.

Fíjate tú cómo era el sistema, los televisores hechos por la U.R.S.S y los occidentales tenían distintas frecuencias, para que quien viviera en un lado no pudiera

ver ni escuchar contenido del otro. Para ver otras cadenas de televisión o escuchar otras emisoras de radio, tenías que mandar tus aparatos a un técnico electrónico que te hiciera otra instalación en el aparato y te modificara la antena.

En los setenta fue el boom de Rumanía. Teníamos de todo, el sistema funcionaba bien. Por ejemplo, Rumanía tenía autobuses eléctricos, esos que están tan de moda ahora. Pues en mi ciudad han existido de siempre. Iban por vías, como el tranvía, pero eran autobuses. Mi madre era veterinaria y tenía el laboratorio a las afueras del pueblo, pues aquella parte estaba llena de placas solares. El problema es que nuestro país ha ido empeorando, al revés de todo el mundo.

Yo creo que todo viene de los bancos. ¿Tú sabías que Rumanía en el 89 pagó toda la deuda externa que tenía? Ha sido el único país del mundo que ha pagado toda su deuda. Después vino el golpe de estado contra Ceaucescu y todo vino a menos. Hasta los noventa, Europa del Este tenía una gran industria del hierro, muchas fábricas... Las fábricas ya han desaparecido. Se han ido todas a China. En Rumanía, con los recursos naturales pasa igual que aquí, vienen empresas extranjeras a explotarlos. ¿Es española la empresa que trabaja con el cobre en Aznalcóllar¹⁵? Eran suecos, ahora no sé. Yo creo que el Estado debería regular todos los recursos importantes. Crear sus empresas para que los recursos sean aprovechados por los ciudadanos. Esos recursos pertenecen al pueblo, no a ninguna empresa extranjera. El problema es que eso puede llevar a mucha corrupción.

La curiosidad diabólica del niño

Rumanía antes se llamaba Dacia. Cuando Trajano, el de Itálica, era emperador, los romanos lucharon contra los dacios. Pues Trajano levantó monumentos en Italia en honor a los dacios. Alrededor de la columna de Trajano hay muchos dacios. En los laterales del Arco de Triunfo también. Los dacios eran los que iban con gorras dobladas para un lado. Herodoto decía que los dacios eran los más leales de los tracios. Porque los dacios eran como una comunidad que había nacido de los tracios. La bandera era un lobo con cuerpo de serpiente, y se veneraba al dios sol. Nosotros todavía conservamos palabras dacias, todas las que acaban en z vienen de ahí —*pronuncia una serie de palabras cuyo fin parece ser una “z” no audible para españoles*—. Igual que vosotros tenéis palabras del árabe, como Aljibe.

A mí me gusta mucho la Historia. Siempre me ha gustado informarme. Para ser un buen mecánico hay que ser un buen detective primero. Hay que preguntarse el porqué de todo. He sido muy curioso de chico. Y muy inquieto.

Mi infancia ha sido tranquila en general, pero yo era una como bomba con ruedas. He hecho cosas muy malas... Como echar fuego a 20 metros de altura. Cada vez que

¹⁵ Mina de cobre de Aznalcóllar (Sevilla), inutilizada desde la rotura de la balsa minera en 1998.

me encontraba con un buen amigo, éramos dos bombas. Cada uno por su lado era muy bueno, pero si nos juntaban... Eso con seis o siete años. Su abuela y la mía eran íntimas, para terneros controlados nos llevaban a misa los domingos. Nosotros veíamos al cura con el chisme ese echando humo, el incensario, y decíamos que servía para espantar a los espíritus. Total, un día estábamos en mi casa los dos queriendo jugar, pero estaba lloviendo mucho, y le digo a mi amigo: “*Quillo*, aquí hay muchos espíritus malignos, por eso está lloviendo”. Cogimos unos palos, les pusimos unos trapos, los mojamos en aceite y le prendimos fuego. Nos pusimos a correr con los palos en la mano para echar humo por todo el patio de la casa. Eso echaba una humareda... Con la mala suerte de que en el patio había montones grandes de hierba seca acumulada, saltó la chispa a los montones y salió ardiendo todo. Mi amigo, del susto, se fue para su casa, pero, ¿a dónde iba a ir yo? Era mi casa. Empezaron a llegar los vecinos, vinieron los bomberos... Se montó un buen espectáculo. Mis padres no me dijeron nada, directamente me llevaron al psicólogo. Seis meses estuve yendo. El psicólogo encendía un mechero delante mía y yo empezaba a llorar. Cogí un trauma.

Otra anécdota. Tengo cicatrices en todos los dedos, de haberme operado, porque metí un alambre en un enchufe de 220 voltios. El alambre se quemó en mi mano. En tres horas me llevaron de urgencia al hospital, me operaron vivo y me salvaron los dedos. Los seis meses siguientes tuvo que darme de comer mi madre otra vez con la cucharita —ríe—. Tendría siete años u ocho. A mi madre, la pobre, le desmontaba el microscopio que tenía en el laboratorio. De chico, yo sabía lo que era una célula, los espermatozoides... Porque ella tenía las muestras metidas en contenedores de líquido especial a menos 180° bajo cero, y yo las cogía. Cogía los bichos, los metía en el líquido y cuando los sacaba y los aplastaba se hacían arena, porque los congelaba al paso. Bueno, y las flores del jardín de mi madre las tenía reventadas. Cogía flores y las metía en el líquido también. Cuando se acababa el líquido, iba gente al laboratorio con tanques y le decían a mi madre: “Yo no sé cómo tú gastas tanto líquido”. Es que cuanto más tiempo lo tienes abierto, más rápido se evapora. Menos mal que nunca metí el dedo.

Yo cogía vacaciones y a mi madre le entraba de todo. Me mandaba con los abuelos. En el colegio era tranquilo. No me gustaba estudiar, pero mis padres me obligaban. Ellos se vinieron a España porque a mi madre le diagnosticaron esclerosis múltiple. Es una enfermedad muy rara que no tiene cura. Los médicos de allí no daban con lo que era. Es la enfermedad que tuvo Stephen Hopkins. Ella se ha llevado toda la vida siendo dependiente, nos vinimos para España para juntar más dinero y pagar sus tratamientos. Y llevo aquí ya 20 años.

MARÍA

María Viorica, de un pueblo de Braila.

La seguridad que arroja María, con la naturalidad de su cara lavada, vaticina la franqueza con la que se desenvuelve. Una mujer de temperamento tan fornido como su esbelta complexión. María derrocha coraje, el mismo que la impulsó a silenciar a aquellos que la juzgaron por cometer el pecado de volar dejando en tierra a un hombre que “bebía demasiada agua”, como ella misma asegura con la ironía que la caracteriza.

Dacia

Yo tengo un Dacia. Es una marca rumana. Antes de que entraran los romanos, Rumanía se llamaba así, Dacia. Yo tengo sangre de dacios. Cuando vuelvo a Rumanía, la gente me critica por tener este coche, porque es demasiado barato. Me dicen: “Pero si vienes con dinero...”. Ay, pero yo con ese dinero salgo, invito a alguien a comer y tomar una cerveza o lo que sea. Con ese dinero vivo, no pago a los bancos durante años. ¡Y es que yo quiero Dacia! Son baratos y buenos. Para lo que lo quiero, me sobra. No quiero estar pagando el coche durante diez años, como una subnormal. Tenéis que tener cuidado, la cosa está regular. Yo creo que me voy a jubilar, pero vosotros... No creo. Vuestro futuro pinta oscuro. Pero tenéis que vivir la vida también.

Mira, mi hijo ha estudiado para ser entrenador personal y no encuentra trabajo. Es lo que hay. Le he dicho que se saque el permiso de camiones, porque mi pareja trabaja con camiones. Si no puedes con una, inténtalo con otra. Yo invierto en él para que tenga varias opciones. Si, cuando llegué a España, me llega a decir alguien que iba a trabajar en un programa de la Diputación de Sevilla, no lo habría creído. Ahora puedo chulear, ¿no? Porque tengo un buen trabajo. Pero no chuleo, a mí me da igual. Yo le he dicho a mi hijo que, si no encuentra nada aquí, en Rumanía tenemos tierras... Volvemos a lo antiguo. Vamos a hacer lo que han hecho nuestros antepasados.

Yo soy maestra de deporte. Allí tenía mi plaza, mi trabajo, pero ganaba poco, 300 euros al mes. Es poco porque, aunque allí la vida antes era más fácil, cuando decidió el gobierno entrar en la UE, los precios subieron. Todo cuesta casi como aquí, mientras los sueldos están por los suelos.

Me vine porque mis padres enfermaron de cáncer y tenía que pagarlo todo, da igual que sea sanidad pública. Tienes que hacer regalitos al médico, al enfermero... Si te vas a un hospital y no tienes dinero, o tienes suerte, o te mueres. Dicen que la cosa va mejorando, pero no creo. Tengo un primo que es médico en un hospital de enfermedades mentales y tuvo que operarse la cadera. Se fue a la capital a por un médico bueno y tuvo que pagar un montón de dinero para la operación. Mi

primo, bueno... También cogerá. Están acostumbrados así. Yo creo que nosotros los hemos acostumbrado. Cuando te ves impotente queriendo que te atiendan, al final le das algo para que vaya todo más rápido.

Yo vivía en un pueblo con mis padres y cuando me casé me fui con mi marido al suyo, donde vivían sus padres. Eso es una putada. Cuando te casas coges el apellido del marido y después te separas y, ¡otra putada! Te tienes que cambiar de nombre, de apellido, sacar de nuevo toda la documentación... ¡Y es una mierda pinchada en un palo! Claro, antigua Unión Soviética... El marido y solo el marido. ¿Y nosotras qué? Nosotras nada. Y claro, hay que pagar. Allí todo se paga. Si no das un *sobornito*, no te sacan rápido la documentación.

Mi familia siempre ha sido muy igualitaria. Si mi madre trabajaba, mi padre nos limpiaba el *culete*. Mi padre hacía de todo. Yo he querido a los míos a partes iguales. Han sido unos padres de puta madre. Estos sí que trabajaban... Casi todo lo que comíamos era Bio, de sus tierras. Una vez tienes la tierra no te pones a comprar. Para comprar hay que ser muy perezoso...

Es una concepción de la vida totalmente diferente, trabajan como burros. Mi madre era directora de un colegio, ella acababa su jornada laboral, cogía la bicicleta y se iba a trabajar en su campo con mi padre. Él era el jefe de una cooperativa agrícola. Por eso hemos tenido suerte, eran muy inteligentes. Ellos trabajaban y su ocio era cuidar de sus tierras y sus hijos.

Mejor puta que tonta

Y, nada, me vine a España con mi ex para ganar dinero. Vamos, vine de vacaciones. Los maestros en Rumanía, como aquí, tenemos dos meses de vacaciones y un año decidimos pasarlas trabajando. Pero se torcieron las cosas y después de un año lo mandé de vuelta a su casa. Le gustaba beber y ya no aguanté más. Después de 15 años estaba harta. Al principio estaba bien, pero después se cansa una.

En su momento, los primeros cuatro o cinco añitos estábamos bien, pero le gustaba mucho beber “agüita”. Cuando me divorcié, en el pueblo fue algo gravísimo. Mi padre ya había fallecido entonces, pero mi madre me dijo que hiciera lo que quisiera hacer. En el siglo XXI no tienes que aguantar. Allí normalmente aguantas porque la gente habla, te dice que no te separes... Pero yo dije: “¡A tomar por saco la gente! Que yo no vivo con la gente...Yo vivo para mí y ya está”. Así que me atreví a venirme dejando a mi hijo de 10 años allí.

“Te vas a otro país, de puta”, me decían. Mi ex suegra decía: “Ya se ha ido, la puta”. Y yo le decía: “Mejor puta que tonta. ¡Coño!”. Y ya ves tú, cuando llegué a España trabajaba en un bar, llegaba a mi casa reventada. Dormía un rato con la ropa

puesta, me duchaba y otra vez a trabajar. No tenía tiempo para ir de puta por ahí. Pero bueno, tengo a mi hijo. Tengo suerte de tener un buen hijo. Con quien lo haya hecho es otra cosa... — *ríe*—.

Al principio trabajé en muchos sitios. En un bar como ayudante de cocina, en una empresa sevillana de limpieza, limpiando bloques, oficinas, etcétera. Después conocí a mi actual pareja y me mudé con él a su pueblo. Entré en asociaciones de rumanos y a través de eso conocí a mi amiga Diana, gracias a la que trabajé sustituyendo a una paisana mía como mediadora social. Y, mira, me he quedado ahí. Hay muchos rumanos, siempre se necesita traductor. Sobre todo porque muchos vienen sin saber hablar nada. Como yo, que decía “hola” cuando entraba y “hola” cuando salía.

Antes de conocer a mi pareja, me apunté en una academia de español en Sevilla. La profesora me enseñó muy bien, había muchos extranjeros de varios países. Es fácil el español, eh. Es más fácil que cualquier idioma. El rumano es más complicado. Buf, no te digo *ná*... “No te digo *ná* y te lo digo *tó*”, como dice la canción. Total... que a los 15 años dije: “Se acabó. ¿Que soy puta? Pues puta”.

¡Ahora me quieren! Ahora voy a mi país y me tratan divinamente. Bueno, también tengo a mi hijo y no le he dicho nunca que pierda la relación con su padre o sus abuelos. Va a verlos cada año. Ahora, cuando voy a Rumanía y paro en el pueblo de mi ex, mi ex suegra me invita a comer y de todo. Será hija puta... Ahora me quiere a muerte. Ahora somos amigos a tope. Dicen que se han dado cuenta de que como yo no había ninguna. Claro, coño, ahora... Bastante tarde. Que si voy a volver, me preguntan, y llevo yo 15 años ya con el de aquí. ¿Qué quieren, que cada 15 años renueve el armario? No, pero yo no soy de las que guarda rencor. A lo mejor en su tiempo sí, ellos dijeron y yo dije. Pero por mi hijo... Somos amigos. Anda que...

El sueño español

Lo más duro de irme fue tener que dejar a mi hijo en Rumanía. No era muy de su padre, como le gustaba mucho beber agüita, el niño estaba más conmigo y con sus abuelos. Lo traje a España de vacaciones un mes cuando nos divorciamos. Se quedó aquí dos meses y cuando volvió le dijo al padre: “Yo el año que viene quiero ir con mama”. Pagué a un abogado para que hiciera toda la documentación y ya se vino al siguiente año. Le gustó España pero le costó acostumbrarse, porque cuando entró en el cole un compañero se rio de él porque no sabía leer español. Pero fue un hecho puntual, después se volcaron todos en ayudarlo y sabe más español que casi todos sus compañeros, eso que llegó ya con 14 años sin saber ni una palabra. Aprende súper rápido. En los dos meses que estuvo de vacaciones ya aprendió muchas palabras. Tiene la suerte de ser inteligente, que no listo. No es lo mismo.

Yo con él hacía todos los deberes, me leía todo lo que él se tenía que leer. Iba a la biblioteca más que los chiquillos, me decía la bibliotecaria: “Qué, ¿otro libro?”. Al principio, cuando alguien te ayuda es más fácil arrancar. Yo lo tuve más difícil, estaba sola. Pero mi hijo se ha sacado el bachiller, un grado superior, el carnet de conducir, ahora está con el de camión... Es que, ¿qué más puedo pedir? No bebe, no fuma, hace deporte... Yo algunas veces le digo: “Hijo, parece que no eres hijo mío”. Eso sí, le he dicho que respete a todos. Hay gente más inteligente, menos inteligente... Yo digo menos inteligente, no tonto. ¿Tú sabes qué pasa? Que soy su madre, su amiga, su enfermera, su confidente... Es importante saber hablarles. Siempre aconsejo a todos los padres que sean amigos de sus hijos, que les den espacio. Yo confié mucho en él, y no me miente.

También he tenido la suerte de tener buenos padres. Yo he tenido mucha suerte en la vida. Aunque la suerte también hay que buscarla. Uno de mis hermanos falleció a los 40 años. ¿Sabes? Se mueren tus padres y te duele mucho, los míos se fueron hace tiempo por enfermedad. Pero cuando se va uno más joven... Cuando te llaman a las 12 de la noche diciendo que tu hermano no está, se te corta el cuerpo. Pues mi hermano decía: “Hemos tenido suerte de nacer inteligentes y de poder abrir un libro”. Si naces inteligente, pero pobre, no puedes evolucionar.

Nuestros padres han invertido mucho en nuestra educación. Yo estudié en un internado, porque para acabar el instituto tenía que salir de mi ciudad. Fue difícil porque en invierno no podíamos ir a casa. Siempre se lo cuento a mi hijo, en el internado comíamos tostadas con manteca, nada más. No había comida. Y no manteca *colorá* o con chorizo, como aquí, manteca blanca. Pero he sobrevivido a la tostada con manteca.

Cuando llegué a España tenía que pagar el alquiler del piso, mandaba dinero para mi hijo y guardaba para la comida. Estamos acostumbrados a vivir con poco. Si cobraba 1000 euros, sobraba. Yo te juro que cuando cobré 1000 euros por primera vez, lloré. Yo no había visto 1000 euros juntos en mi vida. Era un sueño. El sueño español, coño —*ríe*—.

Estoy muy bien en España, pero me gustaría envejecer en Rumanía. Si llego a jubilarme, me iré. Tengo 15 años trabajados allí, así que me jubilaré en Rumanía. Si no, me jubilo aquí y cobro allí. No sé si mi pareja vendría conmigo. Él no es mi marido, vivimos en pecado —*ríe*—. Es que no te une un cura ni puñetero papel. Él es divorciado también.

Yo soy ortodoxa, aunque no demasiado. Como le dije una vez a un cura católico: “Yo soy creyente, pero no practico”. Y me preguntó el cura: “¿Tú piensas en Dios?, ¿piensas en los demás? Sí, ¿no? Pues eso es practicar”. No hace falta ir a la iglesia para ser practicante. Si eres bueno con la gente, piensas en Dios, te persignas... Eso es

practicar. Me quedé muy sorprendida con lo que me dijo, y le tomé la palabra. Desde ese momento ya no digo “soy creyente, pero no practico”, sino “soy creyente y practicante”. Y me lo dijo un cura católico, español de pura sangre, eh. Sin embargo, voy a la iglesia ortodoxa y el cura me riñe, me dice que me ve poco por allí. Me riñe también cuando no echo dinero en la bolsa. Yo le digo: “Bueno, ya le echaré cuando pueda. Mientras, hablo con Dios directamente”. Soy un poco hija puta, pero bueno. No hace tanta falta ir a la iglesia, tengo la biblia en casa y pinturas a las que rezar. Así que yo practico. No soy muy creyente, pero tengo fe.

¿Y a esta rata...?

La Guerra de Ucrania la están viviendo allí con mucho miedo. Es una guerra entre Rusia y EE.UU, y nosotros estamos en el medio. Si Putin quiere mandar una bombita, a tomar por culo Rumanía. Hay bases militares estadounidenses allí. Esta gente lleva en guerra ocho o nueve años, ¿por qué nadie ha movido un dedo hasta ahora? A ver, es que Putin ha sido director del KGB, ¿qué le vas a pedir? Como le dijo el presidente de Polonia a Macron: “Has tenido decenas de reuniones con Putin, pero, ¿qué has conseguido? ¿Para qué coño te reúnes tanto?, ¿no ves que Putin ni te mira?”. Es que Ucrania ha sido siempre territorio ruso. Lleva mucho tiempo jugando a ser un país independiente, pero no lo es. Como aquí Cataluña, que ahora quiere independizarse. Ucrania nunca ha dejado de depender de Rusia, pero igual que Alemania con el gas.

Al final, todos dependen de todos. Pero me da que Putin no depende de nadie. Tienen de todo: gas, petróleo, cultivos... Aunque vayan a aislar del mercado financiero a Rusia, Putin va a sobrevivir. Los rusos no, pero eso a él le da igual. Él quiere que lo recuerden en los libros de Historia como “Putin, el Vengador”. Como Stalin o Lenin. Tiene armas nucleares para destruir el planeta. Esa es otra, ¿qué sentido tiene seguir jugando a los soldaditos cuando tienes armas nucleares? Yo pienso que él quiere comprobar hasta dónde son capaces de llegar el resto de países. Hablé con mi primo hace poco y me dijo que estaba nuestra ciudad llena de ucranianos. Y mira que ellos entran por el norte y nosotros estamos en el sur. Esta gente no quiere ir más lejos, quieren estar en países cercanos a su país, para poder volver si algún día acaba.

Rumanía es muy pobre de por sí, imagínate tener que ayudar también a gente de fuera. Pero la Unión Europea ayuda. Yo temo por la guerra. Mi primo me dijo que a cada hombre le ha llegado a casa una carta con una orden de incorporarse al ejército si estalla la guerra. Y cada uno tenía que decir sí o no, dependiendo de la situación de cada uno. Mi primo me dijo: “Prima, cojo el coche, monto a mi mujer y a mi hijo y nos vamos para España”. Putin es capaz de cualquier cosa. Es un loco... Yo muchas veces digo: “¿No hay nadie que lo mate?”.

La suerte que se gana

Vaya tormenta de repente, ¿no? Y teniendo que conducir ahora hasta Sevilla... Pero se me da bien conducir, eh. Yo me saqué el permiso de conducir hace 12 años en España lloviendo a mala leche. De cinco personas fui la única que aprobó. Nuestro instructor nos enseñó a poner el limpiaparabrisas y todo, pero si no practicas... Me acuerdo perfectamente. El examinador sentado en el asiento de atrás y yo preguntando cuál era el botón para desempañar el cristal. Y le dije al examinador: "Mire usted, es que estamos acostumbrados a conducir con sol". Pero aprobé. Cinco personas, yo la única extranjera, las demás eran españolas de pura sangre, y yo la única que aprobó. Pero bueno, no quiero decir nada, eh —ríe—. *Nah...* Tuve suerte.

Pero bueno, al final todo es la práctica. Todo se aprende viviendo. Hace dos años tuve un cáncer, estuve a punto de irme con Dios y con el espíritu santo. Tuve un cáncer de ovarios y de útero, pero estoy viva. Ya estoy bien, voy cada cuatro meses a revisión y me han dicho que va todo bien. Por eso te digo que he tenido mucha suerte en la vida. Mi hijo maduró mucho también. Le intento educar para que aprecie lo pequeñito, y creo que lo he conseguido.

Yo disfruto mucho de las pequeñas cosas. Mira, cuando salgo de mi casa y paso por el patio, me pongo a hablarle a las plantas. Tengo un limonero que está un poco chungo, así que le hablo. Cuando venía hasta aquí con el coche, entraba un olor a naranjos que daba vida. Estaban los naranjos en flor y abrí las dos ventanas para olerlo bien. Eso es vida también. Poder oler una flor cuando florece.

CRISTIAN

Cristian, 48 años. De Proech, a 60 km de Bucarest. Sureste de Rumanía.

Como un torbellino, las palabras se aglutinan en su garganta con incesantes ganas de ser pronunciadas por el hablador rumano. Son tantas las historias que se esconden tras su profesional mono teñido de manchas arbitrarias que su discurso se vuelve irremediabilmente disperso. Como el camarero que atiende de perfecta memoria diez mesas a la vez, Cristian salta de un asunto a otro de la manera más elocuente posible.

Como en Sevilla, en ningún sitio

Llegamos a Cantillana un viernes a las 11:18 minutos. No se me va a olvidar... Salimos de Rumanía un martes, con parada en Alemania, Francia, Barcelona... Cuando llegamos a Barcelona era de noche y entramos en una gasolinera donde hablaban catalán. La empleada nos soltó: “Spain, Cataluña”. Como diferenciándolas. Y yo decía: “*Cagon die*, qué catetos somos los rumanos, no sabemos que Cataluña es otro país”. Llegamos el 22 de julio, y el 1 de agosto ya sabes lo que pasa aquí, con los cohetes y eso¹⁶. Cuando empezaron con los cohetes... Yo hasta ese momento lo único que conocía de España era la ETA y le decía a mi primo: “Hostia, primo, ¿a dónde hemos llegado?”.

Al principio fue complicado adaptarse, sobre todo por el idioma. Es que el andaluz... “Eh, oh”. Empecé trabajando con el Piqueras, no sé si te suena, en Mercasevilla, después con mi tío y las maquinarias, y después con los pintores Eduardo, Santos y Fernandín. Por la mañana, de 4:00 a 8:00, iba con Piqueras a por fruta a Mercasevilla, de 8:00 a 18:00 estaba con los pintores, y los fines de semana ponía copas en *Aljibe*¹⁷. Meses después, fue el atentado en Atocha, en la época de Aznar, y se pusieron más restrictivos con el tema de la inmigración. Había muchos inspectores por todos lados y yo en ese momento no tenía los papeles. Los pintores me pagaban una miseria, 24 euros al día estando echando nueve horas. Los sueldos en Rumanía eran de dos o tres euros al día, así que no me quejaba. Pero no tardé mucho en dejar ese trabajo.

Al año, entró Zapatero y sacó una ley para facilitar la obtención de papeles. Teniendo un contrato de trabajo podías sacarte el DNI. Saqué los papeles, me puse por mi cuenta y desde poco después de la crisis he estado por mi cuenta con una empresa de pintura. Soy autónomo, de hecho, tengo dos trabajadores. Mi mujer también es pintora. Lo que sí me gustaría es que esa gente me bajara el autónomo. ¡Estoy pagando 305 euros de autónomo! —*acercándose al micro*—. 27 euros del seguro de cada

¹⁶ Para las fiestas populares del pueblo, es tradición tirar cohetes y tracas durante días.

¹⁷ Bar de copas del pueblo.

trabajador. Mi mujer me cuesta diariamente 27 euros. Eso es un robo. Gracias a Dios, todos los rumanos de Cantillana que trabajamos, vivimos cómodos. Ahora, montarte en el taco es imposible trabajando. Tienes que meterte a político o a robar. Eso lo tengo yo más claro... También te digo, se vive bien, eh. Como en Sevilla, en ningún lado.

Tenemos amigos que en la época de crisis se fueron a Alemania, Francia e Inglaterra, algunos a Pamplona, y cuando les mando fotos en la piscina con las sardinitas me dicen: “Compadre, como en Sevilla, en ningún sitio”. Sí, son más catetos, más gorditos, más todo lo que tú digas, pero como aquí en ningún lado. Allí cobran mucho más, pero viven del trabajo a la casa. No es como aquí. No hay esa alegría de salir, de tomarte una cerveza después del trabajo. Te pongo un ejemplo, nosotros fuimos a Pamplona al bautizo de la hija de unos amigos y me acuerdo de que, estando mi mujer a mi lado, en una tienda, le dije a una dependienta “reina” y se echó para atrás, como si fuera una ofensa. Eso se me quedó grabado. Hostia, por poco llama a la guardia forestal. Claro, yo lo dije con todo mi cariño.

El camarero políglota

Mira, mis hermanos han venido alguna vez de vacaciones y no se creen lo integrado que estoy. Que conozco hasta a las piedras. Fliparon un día cuando vieron que la alcaldesa me daba dos besos. La Guardia Civil igual... Me ven sin carnet y no me dicen nada. Sin embargo, mi hermano menor, que estuvo trabajando en los GEO's en Rumanía, cuando vio aquí a los rumanos gitanos conduciendo sin carnet y con la música a todo volumen, alucinó. La ley aquí es... Aquí vienen algunos a hacer las cosas que no pueden hacer allí.

Rumanía entró en la UE en 2007, y antes de eso, si te paraba un policía y no entendías nada, tenías que llamar a un traductor. Era muy problemático para ellos. Los *municipales*¹⁸ aquí, cuando cogían a un rumano que no hablaba español conduciendo sin carnet, me llamaban a mí. “Hazme un favor, hombre”. *Po´* eso hacía. Yo les pedía el carnet y daba los datos a los municipales. Miraba el “name” y el “surname”. Es verdad, en el DNI rumano pone “name” y “surname”, en inglés.

Yo domino bien el inglés, de hecho, cuando llegué aquí, gracias a Dios, tuve la suerte de que la mujer de Mariano hablaba inglés. Mariano era el dueño de Aljibe. Allí hice grandes amigos, aprendí lo más grande. Me conocía Sevilla mejor de noche que de día. Abril, Antique, Babilonia... Todas esas me las conocía yo. Así me integré de verdad.

Encima, en aquel entonces yo ganaba 24 euros diarios en los trabajos que tenía por la mañana y por la tarde, mientras en Aljibe ganaba 70 u 80 euros de camarero. En

¹⁸ Agentes de la Guardia Civil

cuatro o cinco horas. Bueno, pues el dueño, Mariano, se ha casado con una que tiene dinero *pa'* reventar. Vamos, tiene dos carreras, la tía vale.

Total, que cuando llegué a Cantillana, ella me presentó a sus amigas castronas, las solteras. *Coño*, te voy a contar. Cuando entrabas en el *Aljibe*, al lado derecho había una chimenea grande que se ponía en invierno. Era un horno de hierro, se metía leña y calentaba todo el bar. Bueno, pues cuando llevaba yo tres o cuatro meses en España, estaba un día trabajando en el bar y había un grupo de mujeres allí. Muy *catetas*. Me acerqué a una de ellas y le dije que era un “suchardin”, y me dijo: “Cristian, hijo, sé que es algo bonito pero no sé qué significa”. Suchardin son los bombones suizos de Suchard. Los Ferrari de los bombones.

Yo no sabía cómo meterle mano y le dije eso —*ríe*—. Y me dijo Mariano, el dueño del bar: —Mete mano ahí, a ver qué pasál. Total, que me acerco a la mesa y les pregunto qué quieren. Se me va a olvidar... Marie Brizard me pide una. Yo en ese momento no sabía que Marie Brizard era una bebida, y desde la chimenea hasta la barra estuve dándole vueltas a qué sería. Marie Brizard, Marie Brizard... Brisa del mar... Claro, ésa lo que quiere es un vaso de agua. Cogí y le llevé un vaso de agua. *No ni ná*... Me dijo de *tó*... Y yo no entendía nada, llevaba cuatro o cinco meses en España, y ella hablaba tan ligero que no entendía nada. Llegó la mujer de Mariano, le expliqué qué había pasado y ella trató de calmar a la otra. Y Mariano, que no tiene pelos en la lengua, salta desde la barra: “*Po'* te vas a quedar castrona con tu puta madre”.

Cuando llegué a España, mi costumbre era de retirar la silla, abrir la puerta... En Rumanía esas cosas todavía se hacen. Se lo hago a mi madre, a mi mujer... Yo a mi mujer estoy todo el día diciéndole “cariño”, “cuerpo”, “corazón”... De ahí no salgo. Cuando vamos los dos a pintar a una casa y las dueñas escuchan esas cosas, le dicen a los maridos: “Hijo puta, tú esas cosas no me las dices a mí”.

Bueno, y a las fiestas de aquí también voy siempre. Yo soy ortodoxo, pero me tiran un poco más las fiestas de la Pastora. La Pastora no, sino sus fiestas. Para mí, no hay comparación entre una y otra, es como comparar El Corte Inglés con el Parque Alcosa¹⁹. Pero no soy de nada, eh. Creo que soy el único rumano que no es de nada. Todos los rumanos son pastoreños²⁰. Te lo dice éste que los conoce a todos. Si alguno dice que es asuncionista es para hacerle la pelota al jefe. A los asuncionistas con los que se puede hablar les confieso que me gustan más las fiestas de la Pastora, pero yo soy ortodoxo. Yo nunca me he decantado por ninguna.

Quitando las tres semanas de fiesta que hay al año, ¿cuándo van a ver a la virgen? Una boda, un entierro y poco más. Lo que hay aquí no tiene nada que ver con la fe. Es

¹⁹ Barrio Sevillano con un famoso mercadillo semanal.

²⁰ Devoto de la Divina Pastora

como los partidos políticos. ¡Ah! He estado en todos los partidos políticos que hay. Estuve en el PP, que fue cuando el rumano iba buscando votos por todos lados, y ganó el PP con 72 votos, pero el PSOE pactó con Izquierda Unida y nos echaron. Luego me buscó la trianera, la alcaldesa. Sí, yo la llamo trianera porque es muy flamenca. Antes de las elecciones me ve y me da dos besos. Pero no fui con ella. Con el único que salí en la lista fue con Quique, en el PP. Los de Ciudadanos también me llamaron, *el* Carlos Ferrera. Pero le dije que no. En ese partido hay una rumana, Camelia.

Un trabajador nato

No puedo beber mucha cerveza, estoy tomando amoxicilina, por la boca. Me tengo que arreglar la boca. 17.800 euros, tía. ¡Un robo! 1200 implantes. Tendría que hacerlo en Rumanía, pero allí tardan un año. ¿Quién me mantiene a mí en Rumanía un año? Soy autónomo, trabajo en la calle... No puede ser. Yo he trabajado toda la vida en la calle, he aprendido lo que no está escrito. Con la mirada sé si alguien es bueno, si es malo, si me la va a intentar colar... Pf... Mira, me pongo a reflexionar y...—*emocionado*—. Yo vine aquí para tres meses. Cuando Rumanía aún no estaba en la UE, podíamos salir sólo tres meses. Yo decía: “Me voy tres meses, me monto en el taco y me vuelvo”. Una mierda *pa*´ mí. Y a los cinco meses me deja la novia que tenía en Rumanía...

Cuando ya me asenté aquí, me junté con otra rumana. También estuve con una española. ¿Sabes qué me pasó con la española? Como los rumanos al principio teníamos muy mala fama, notaba yo que con su familia no tenía ese *feeling*... Ese *Qu'est-ce que c'est*... Ella tampoco ponía mucho de su parte. Solo le gustaba que le abriera la puerta, que le retirara la silla, el paseíto de las noches... Yo no valgo para eso. Y nada, con la rumana estuve seis años, me dio un tirón de espalda y me dijo: “Se acabó el amor”. Un tirón de espalda literal. En la crisis, durante los tres meses de invierno de 2010 y 2011, para no decirle a mi madre que me mandara dinero, porque se iba a preocupar, me fui a la fábrica. Es que en invierno pinta poca gente, ahora no me pasa porque tengo mucha clientela y puedo elegir. Como no estaba acostumbrado a hacer trabajos fuertes, como coger naranjas, me dio un tirón de espalda, pero ella se pensó que no iba a trabajar más, así que me dejó.

Ya poco después de aquello, monté yo mi empresa de pintura. Mi jornada como oficial son 70 euros y 27 de seguro diario. Y aún no le he echado gasolina, gestoría, nada. Yo, al bajarme de la cama, tengo que sacar diariamente mínimo 190 o 200 euros. Y ahora ves a los de la *Bodeguita*²¹ tomando cervezas desde las 11:00. Y pasas a las 18:00 y ves al mismo. Copón, si no trabaja, ¿cómo lo hace? Que olé sus huevos ahí, porque no soy envidioso ni nada. Pero que yo no paro y no me salen las cuentas, no sé ellos... Llevo con la misma furgoneta desde 2008. No como los gitanos de ahí arriba²², con los cochazos. Y no los he visto nunca trabajando. Coño, una vez vi a uno con unos

²¹ Cervecería del pueblo.

²² Se refiere a un pequeño barrio donde vive gran parte de los gitanos del pueblo, algunos de okupas.

zapatos de por lo menos 500 euros. De Christian Louboutin, esos de la suela roja. Es como Ferrari en zapatos.

Yo intento mantener distancia con ellos, pero llevarme bien. El gitano que me ha saludado antes en rumano es manijero²³, tiene más de 50 personas trabajando para él. Su padre tiene unas cuantas casas. Mira, esto me gustaría que lo pusieras. Imagínate que sale lloviendo. Con el tiempo malo, en el campo no se puede trabajar, ¿no? Pues ellos no pierden dinero, porque llenan la furgoneta de trabajadores, los lleva a Brenes y cuando ya van de camino les dicen que al final no se trabaja, pero les cobran el transporte. Cinco euros a cada uno. Si tienen cuatro o cinco furgonetas, se ganan 200 o 300 euros. Ellos se dedican a traer rumanos de Rumanía, darles una vivienda, un trabajo y todo lo necesario. Pero, por ejemplo, por una bombona les cobran 10 o 15 euros.

Adiós, Olé olé

Me compré un piso en Rumanía... Escucha esto. 2.000 euros y 500 euros de sobornos. Te explico, para entrar en la Unión Europea, uno de los requisitos era tener cierto status, las ciudades en condiciones y eso. Así que pusieron a la venta bloques de pisos que estaban en malas condiciones para que la gente los comprara y los reformara. Un amigo mío del ayuntamiento me llamó y me dijo que aprovechara, que iban a venderlos por 2.000 euros, pero tenía que sobornar a uno para que me lo dieran. Total, que me lo dieron. Ese año entramos en la Unión Europea y al año siguiente reformé el piso. Se sobrevaloró hasta 20.000 el piso. Imagínate el dinero que le gané.

Yo aquí no me metí en una casa porque el banco no me daba dinero. Al principio declaraba poco. Pero ya me dijo mi mujer que le gustaría que tuviéramos algo nuestro, así que fui al banco y me pudieron dar el dinero. Encontramos una casa muy buena, estoy pagando 213 euros, que eso no es dinero. Si Dios quiere, en cuatro o cinco años nos lo quitamos de en medio. Y sin privarnos de nada, podemos comer igual, vestir igual, ir de *olé olé* igual...

Ahora vamos menos de *olé olé* desde la pandemia. Eso es un castigo para mí. Dios me ha dado una mujer que no le gusta salir. Mira, te voy a dar un consejo. A todo el mundo hay que darle una segunda oportunidad, pero la tercera a nadie. Ya sea un novio, un cliente... Cuando tú veas que te ha fallado dos veces...

Tu persona de confianza

¡Uy! Si supieras lo mal que lo pasé con la comida cuando llegué a España... Madre... No había nada natural, todo parecía goma. Me costó acostumbrarme. Allí es todo más ecológico. Yo he visto a mi abuelo y mi padre haciendo las matanzas de cerdos y eso. La vida en un pueblo de Rumanía es mucho más sana, más libre, los

²³ Capataz de una cuadrilla de trabajadores de campo.

niños juegan por la calle, en los jardines, en el bosque, en el lago... Y aparte hay que trabajar el campo. Yo me acuerdo de que en las vacaciones de verano íbamos a sembrar maíz, a recoger trigo, remolacha, uvas... No remunerado, claro. ¿Cómo le iba a cobrar a mi abuelo? Yo iba con todo mi corazón.

La familia es fundamental. Otra cosa que te iba a decir. En la vida hay que tener en la cabeza tres cosas. Quédate con esto y que no se te olvide. Hostia... Esto que te voy a decir ahora te va a gustar. Primero es la familia, segundo el trabajo y tercero los amigos. Primero la familia, pase lo que pase, la sangre es la sangre. Luego el trabajo, porque es el que te mantiene, el que te despeja, te da autosatisfacción... A mí cuando me da las gracias un cliente y me da propina, aunque sean 20 o 10 eurillos, por el detalle, eso me rellena a mí. Me voy a mi casa, me tomo dos *Barcelós*²⁴ y me acuesto. Y los amigos. Pero, ¿tú sabes cuándo se ven los amigos de verdad? Cuando te hace falta, cuando no te salen los números.

Hay un hombre aquí amigo mío y ha sido encargado de 18 comedores. Llegó a Cantillana forrado. Pues se puso malo un día, ¿tú sabes a quién llamó una madrugada para llevarlo al Macarena²⁵? Al rumano. Él tenía un Mercedes SLR, un descapotable que vale 150.000 euros, pero me dijo que lo llevara en mi furgoneta. Eran las dos de la mañana. Y le dije que contara conmigo. Tú vas al Macarena de urgencias, cinco o seis

horas no hay quien te las quite. Allí estuve yo todo el rato. Me quiso hacer un cheque de 500 euros, te lo juro. Yo no sé si era para probarme. Le dije: —Paco, si tú me pagas ese dinero, pierdes un amigo. Yo te voy a cobrar diez euros de la gasolinall. La mujer me compró un chaquetón para los Reyes Magos y todo. Claro, fue en invierno. *Cagon die*, se me va a olvidar...

Los ortodoxos no tenemos reyes. Tenemos a San Nicolás, el día seis de enero, y Papá Noel el 25 de diciembre. Las navidades en Rumanía sí las echo de menos. Yo soy muy de familia. Vamos, hablo todos los días con mi madre por el pinganillo. Antes mi madre me llamaba mientras le daba de comer a las gallinas. La primera multa que me pusieron en España fue por el pinganillo. Antes en Burguillos²⁶ había una discoteca de 24.000 personas. Era la más grande de Andalucía. ¿No sabías eso? La Carpa le decían. Pues estuve trabajando allí, y un día que iba de vuelta para Cantillana iba hablando con mi madre con el pinganillo puesto y me adelantan dos motoristas. Uno de ellos se me quedó mirando y lo vio. Que dije yo para mí: “Hijo puta, llevo el seguro, el cinturón, voy a 80. ¿Qué más quieres?”. “Buenos días, lleva usted puesto el pinganillo”, me dice. Le enseño el móvil y le digo que había hablado con mi madre antes de subirme al coche pero me lo había dejado puesto. Y me dice: “La ley es la ley. Son 200 euros y cuatro puntos”. Se quita el caso y digo: “¿José María?”. Era de

²⁴ Combinado de Ron Barceló con algún refresco.

²⁵ Hospital público sevillano.

²⁶ Pueblo cercano a Cantillana.

Alcolea²⁷. Le digo: “Soy el que te pintó las piscinas”, y me dice: “Ostras, Cristian. Tú eres... La multa no te la puedo quitar porque va por ordenador y ya está puesta, pero te la pago yo”. Al final no dejé que me la pagara, claro. El hombre hizo su trabajo. Me dijo que me fuera el sábado a comer a su casa y todo.

Y a bailar sevillanas

Las cervezas no paran de posarse frente a Cristian, que desgrana las tramas familiares de cada persona que pasa a su alrededor, sin diferenciar entre nacionalidades. Gran conocedor de los entresijos sociales de la localidad ha debido tener grandes maestros.

A toda velocidad, cruza un motorista dejando un estridente sonido a su paso.

¡Tu puta madre! Está bien dicho, ¿no?

¡Ah, bueno! Bailo sevillanas y todo. Tú me ves bailando sevillanas y te crees que me he criado en Triana, en la calle Betis. *Cuchame*, po te voy a decir. ¿Tú te acuerdas de la discoteca Vinilo? Bueno, allí había una zona vip. Pues un domingo... Se me va a olvidar... Un domingo, tenía yo dos *Barcelós* en lo alto y me puse a bailar con una amiga. A la tercera sevillana ya estaba mareado. Mis amigos y yo hacíamos todas las semanas en Los Pajares un *olé olé*. Un *olé olé* es una fiesta. Poníamos dos o tres euros cada uno, dos o tres filetes, un *Barceló* y vámonos. Aprendí con ellos a bailar. Tengo una amiga, ahora vive en Madrid, que iba a una academia de baile y me enseñaba. Con esa gente he aprendido yo lo que no está escrito.

En Cantillana había otra discoteca que se llamaba “Martes y Jueves”, ¿tú sabes por qué? Porque eran los días en que los estudiantes salían de fiesta por Sevilla. Jueves porque los viernes se iban al pueblo y martes porque los lunes llegaban a la ciudad. Yo iba con ellos de fiesta esos días. Los jueves, el grupo mío salía por ahí. Los mejores *olé olé* que he pasado yo en España han sido esos días. Hostia... —*se frota con agilidad el brazo, dando a entender que tiene los vellos de punta*—. Me trae muchos recuerdos. Con esa gente he aprendido mucho. Y en *Aljibe* igual.

¡Ah! Hay algo que sí quiero que salga. Es fundamental. Que sepas que me voy a casar nada más para trincar dinero a la gente. *Cucha*, en el tiempo que llevo aquí, he ido a más de 20 bodas, por lo menos 30 comuniones y bautizos no sé, pero vamos. Entonces, me tengo que casar para trincar el dinero a los cabrones esos. Con todos los regalos que he hecho... Pero de invitado, claro, no trabajando. Vamos a ver, si me llevo trabajando todo el año, ¿voy a trabajar un día de *olé olé*?

²⁷ Pueblo cercano a Cantillana.

Lo del *olé olé* viene de que, cuando empecé a salir de fiesta con los del Aljibe, aún no controlaba bien el idioma, así que ellos me decían sinónimos para aprender más fácil. En vez de decir “vamos de fiesta”, me decían “vamos de olé olé”.

Yo, si le debo algo a alguien en España, es a ese círculo de amigos. Me han ayudado, me han respetado, me han dado trabajo... Iba con ellos a comer a sitios que eran la *Crema de la Crema*. Sitios donde costaba una botella de vino 80 euros. Y yo decía para mí: “¡La virgen!, ¿cómo voy yo allí?”. Bueno, una vez fuimos a comer al San Marcos²⁸, y todos pedían patés y cosas así, pero tuve la suerte de que el camarero que nos atendía era rumano. Noté que era rumano en cuanto dijo “hola”. La “h” en rumano se lee. Vosotros tenéis 27 letras y nosotros, 33. Las seis letras de más son de influencia eslava. Tú escuchas a dos rumanos hablando y parece que se están peleando, pero es que ellos hablan más por el esternocleidomastoideo. ¿Vale? Total, que empezamos a hablar en rumano y ya me suelta: “Compadre, pide un solomillo porque te vas a quedar con hambre”. Pues ya sabes quién fue el único que triunfó de toda la mesa...

²⁸ Restaurante italiano en Sevilla.

EMILIA Y MIHAIL

Emilia, Mihail y María Isabel Cobzariu, de Botosani, al noreste de Rumanía.

En tierra de extractivismo agrícola, el mayor acercamiento de quienes hacen el trabajo sucio a los vendedores se produce en los establecimientos de las grandes cadenas de supermercados. El margen a la especulación con productos perecederos en la cadena alimentaria sigue siendo una preocupación para quienes sobreviven en los primeros eslabones. Junto a un enorme establecimiento de la cadena española, llamémosla, “Maradona”, vive una humilde familia cuyos ingresos provienen, en gran parte, del campo desde que llegaron al pueblo español. Como muchos otros rumanos, Mihail —Miguel para los autóctonos—, en contraste con su vecino invisible, va persiguiendo temporadas de recogida a lo largo de Andalucía.

Los hijos de la guerra

Emilia: Nosotros somos de Botosani, Moldavia. Que no es el país, sino la región de Rumanía, como si fuera Andalucía. Moldavia, el país, está a nuestro lado. Creo que Moldavia y Rumanía eran un solo país pero se dividieron después de una guerra. No sé, nosotros no sabemos nada de historia, sólo lo que nos contaban nuestros padres y abuelos.

Mihail: Mi padre estuvo en la guerra, en el 44. Él luchó en la Segunda Guerra Mundial. Me cuenta que hizo una especie de mili primero y lo mandaron para la guerra. No tenían comida, mi padre comía lo que encontraba en el campo: papas crudas y poco más.

Emilia: Yo tenía 14 años cuando cayó el comunismo, era grandecita. Antes, me acuerdo estupendamente, mi padre tenía una cartilla de cartón y me la daba para comprar el aceite, el pan, el azúcar... En la cartilla venía que éramos seis personas en la familia. Cuatro niños y mis padres. Me acuerdo estupendamente de esto —*afirma propinando anhelo a su afligido tono*—. Mis padres trabajaban en una finca, mi padre estaba de jefe y mi madre de cocinera, así que ellos me daban la cartilla para ir a comprar. ¡Pero una vez al mes! Teníamos que administrar bien la comida porque hasta el mes siguiente no nos daban más. Tú no podías comprar más de lo que te decían ellos.

Mihail: Entrabas en la cola a las cinco de la mañana y salías por la noche. Pero teníamos trabajo. Todo el mundo. Antes, Rumanía era muy rica, eh. Nosotros exportábamos mucho, como los cereales. Toda la comida que se producía en Rumanía se exportaba, a nosotros nos daban lo que el régimen creía que nos pertenecía. Pero vivíamos mejor

Emilia: No como ahora. Ahora hay de todo, pero no trabajo. Entonces, ¿con qué compras? En mi pueblo no hay nada para trabajar. Ni una fábrica. Si tienes tu campo con tus tierras, sí vives. Si no, no se puede vivir allí.

Mihail: Rumanía ha perdido a mucha gente buena, trabajadora. Podrían hacer toda clase de fábricas, de agricultura, ganadería... Y tendrían trabajadores buenísimos. No sé lo que tienen en la cabeza los gobernantes. Han vendido las tierras a los extranjeros. Se ha ido mucha gente a comprar tierras allí. ¡Rumanía es muy grande! Podrían tener a muchos rumanos trabajando en cultivos, en fábricas, que antes tenía muchas.

Emilia: En mi pueblo casi todo el mundo está fuera. En Italia, Alemania, España...

Mihail: No gobiernan bien el país. En 30 años no han hecho nada. Cada cinco o seis años van cambiando de unos a otros, pero al final siempre es lo mismo. No hacen nada. El presidente de ahora es alemán.

Emilia: Que no es alemán, Mihail. ¿El presidente nuestro es alemán?

Mihail: ¡Sí, su padre!

Emilia: Anda ya...

El virus impredecible

Mihail: Allí está mi madre. El año pasado cumplió 90 años. Esto me gustaría que se supiera. He tenido que dejar a mi madre allí sola con una muchacha. Todo para tener un trozo de pan que echarme a la boca.

Emilia: Tenemos una casa en Rumanía que no estamos disfrutando. Pagamos impuestos por una casa que no usamos. ¿Qué hago yo con esa casa? Yo no disfruto de nada, todo el dinero que he recaudado trabajando aquí durante 20 años lo hemos puesto allí. No disfrutamos de nada. Dejamos a nuestros padres allí, que son mayores. Por ejemplo, mi madre se ha muerto ahora con 68 años. En octubre se murió. Estaba sola. Si al menos hubiera estado una de sus hijas... Porque somos tres hermanas y un hermano. Si alguien la hubiese cuidado... Porque mi madre se ha muerto con el virus. Ella tenía diabetes, nosotras la cuidábamos muy bien. Le tomábamos el azúcar, la obligábamos a comer bien, la revisábamos... Pero como estaba sola... Y tú sabes cómo es este virus, una persona está más endeble y se la lleva. Ella era joven.

Mihail: Era muy joven. Fíjate, mi madre tiene 90 años y pasó el virus también. Ahora está muy bien. No comió nada durante un mes entero. Nosotros estábamos allí de vacaciones cuando lo cogió, y te digo que no comió nada durante 30 días. A la

semana empezó a beber algo de agua, pero nada más. Nosotros no sabíamos que tenía el virus, simplemente pensábamos: “Está mayor, se va a morir”. Y ya después nos enteramos de lo que pasaba. Y mira, niña, ahora está estupendamente. Se ha repuesto bien.

Hace nada hemos hablado con ella. Escucha, ve bien... Pagamos a una muchacha para que esté allí con ella. Por eso te digo. Hemos dejado todo lo que teníamos por un cachito de pan. Yo tengo a todos mis hermanos aquí. Por eso pagamos a una muchacha para estar con mi madre.

Emilia: La madre de él cobra una pensión porque su marido estuvo en la guerra, pero le han ido dando cada vez menos dinero. Y tener a una mujer cuidándola día y noche es muy caro. Mi madre, antes de morir, estaba con mi padre. Pero mi madre, con 68 años, estaba genial. Ella venía a mi casa en verano, cuando vivíamos en Rumanía, y me hacía a mí de comer. Lo que pasa es que le entró el COVID y se le complicó todo. Yo no sé nada más. No sé de qué se ha muerto exactamente. Sólo sé que le entró el COVID, estuvo una semana en casa y se la llevaron al hospital. Entró un sábado y el martes ya estaba muerta. Una mujer que estaba bien, que hacía comidas, estaba de pie todo el rato...

No pudimos ir a despedirla. ¡Nada, nada! Cuando llegué a Rumanía ya había muerto. El hermano de mi marido tuvo el COVID, con 75 años, estando muy mal de los pulmones, y salió ileso. Entonces, yo creía que no iba a ser nada, que iba a salir todo bien. Si lo llego a saber, me habría ido antes para Rumanía. Pero yo estaba segura de que se iba a recuperar, así que decidí no dejar al niño sólo. Es que ese niño sin mí no tiene vida. No la pudimos ni ver muerta, no podían abrir la caja porque murió de COVID. Lloramos la caja, sin saber si ella estaba ahí metida. Imagínate... ¡Tu madre, tu madre! Que se muera y no sepas ni qué le ha pasado.

Contra la adversidad, nuevos comienzos

Mihail: Estamos en España desde 2005. Vinimos para buscar una vida mejor que en Rumanía. Allí no teníamos trabajo, estaba la cosa mala. Aquí logramos encontrar un trabajito, conocimos poco a poco a la gente... Es gente respetuosa, muy buena.

Emilia: En nuestro pueblo no había trabajo. Cuando estábamos en Rumanía, mi marido tenía un caballo con el que iba al campo y al bosque a por leña. De eso vivíamos, él no tenía un trabajo con un sueldo al mes. Y teníamos dos niños, uno de ellos con una enfermedad muy rara. Entonces, ¿de qué vivíamos nosotros? Yo no podía trabajar, tenía a mis hijos chiquititos y con el pequeño estaba siempre en el hospital. Entonces, nos llamó mi hermana para venirnos a Cantillana. Ella llevaba unos años aquí.

Primero me vine yo y después mi marido. Él trabajó una temporada de albañil y yo cuidando de una mujer. Empezamos a llevar una buena vida, a tener buenos trabajos, la gente nos trataba muy bien... La gente fue extraordinaria cuando llegamos. Me hablaban muy bien y todo el mundo me agradecía el trabajo que hacía. Me decían que trabajaba muy bien, que limpiaba bien, que cuidaba muy bien de las personas...

Mihail: Que hablaba bien... Yo trabajo ahora en una fábrica de naranjas, tengo muchos amigos allí. También el jefe es muy bueno.

Emilia: Mis hijos también llevan una vida muy buena. Tienen una vida decente. Ya llevamos 20 años aquí. Si por lo menos mi marido hubiera tenido un trabajo, yo jamás me habría ido de allí, de mi casa. Nuestra nacionalidad es rumana, por donde vayamos siempre vamos a ser extranjeros. Antes que nosotros, van ellos. Además, el trabajo más feo del pueblo lo he hecho yo. Lo que no querían ellos lo he hecho yo. ¿Por qué? Porque yo sabía que si me iba para Rumanía no tendría nada. Entonces, para poder vivir aquí con una renta, la luz, el agua y los niños, hay que hacer de todo. Todo lo que salga de trabajo.

Interrumpe el recuerdo la llegada de un escuálido y aninado hombre, cuya edad jamás se intuiría en la inocencia de sus ojos. Su estancia es breve, aunque suficiente para comprobar la protección con la que sus padres lo abrigan. Un “me voy con mis amigos” se disuelve acompañado de la exclamación de su padre y tocayo: “Ten cuidado. ¡Ponte la mascarilla!”.

Emilia: Mi hijo ha estado muchos años en el instituto, lo conoce mucha gente porque le habla a todo el mundo. Le encanta hablar. Él le dice hola a todo el mundo. Tiene una enfermedad muy rara que se llama Niemann-Pick²⁹. Es una sustancia que produce el cuerpo, pasa de la cabeza a los pies y le afecta a todo: a la cabeza, manos, piernas, columna...

Son muy pocas las personas que padecen esa enfermedad. En España somos como 12 personas. Entonces, están avanzando muy poco en el tratamiento, aún está en ensayo clínico. Lo están desarrollando los americanos y ellos mismos están pagando el tratamiento para cinco personas con la enfermedad en España. Les está yendo muy bien. A ver si tenemos suerte y se lo conceden a mi hijo.

Como mi hijo tiene 25 años y se le ha agravado un poco, los médicos de aquí están luchando para que se lo den. Él es el único adulto que se ha quedado fuera, no sé por qué. Yo fui a Madrid para ver cómo desarrollaban el tratamiento. Ellos me decían que me quedara tranquila, que contarían con mi hijo. Llegamos a ir toda la familia a Madrid porque se suponía que iban a ponérselo, y al final nos dejaron fuera. No porque

²⁹ Enfermedad hereditaria que afecta a diferentes órganos (Medline Plus).

sea rumana... Yo lo sospeché al principio, pero no es por eso. Porque cuando fuimos a un congreso en Madrid para reunirnos con todos los familiares de los que padecen la enfermedad, vimos a una muchacha ecuatoriana que sí ha entrado en el tratamiento. No sé, yo creo que ha sido mala suerte. Nuestro médico de Sevilla nos ha dicho que va a luchar. Ha mandado todos los informes necesarios.

La enfermedad se la diagnosticaron en Rumanía. Pasó muchísimo hasta que nos dijeron qué tenía. Primero, con 12 añitos, le diagnosticaron una hepatitis A, y después de esta enfermedad fuimos al hospital y vieron que algo no iba bien. Pasaron por lo menos dos o tres años hasta que dieron con la enfermedad. Le hicieron una biopsia en el hígado. Le quitaron un cachito e investigaron. Después de eso fue cuando nos dijeron que tenía la enfermedad de Niemann-Pick. Tenía siete años entonces. A España nos vinimos cuando él tenía nueve. Aquí siguieron investigando, le hicieron una prueba de sangre. Le cogieron sangre y lo mandaron para otro país, para Suecia. Los resultados dijeron que tenía la enfermedad de Niemann-Pick tipo B.

Ni los médicos de aquí ni los de allí nos han servido para nada, porque es una enfermedad muy rara. No es una enfermedad para ir al médico cada tres o seis meses. Vamos siempre a las revisiones, pero hasta ahora no nos han ayudado en nada. Es una enfermedad ante la que no pueden hacer nada.

Le está afectando, sobre todo, a la cabeza. Ha tenido crisis por las que no ha dormido durante un mes entero. Nuestra casa estaba destrozada. Nosotros no sabíamos ni de comer, ni de dormir... De nada. El médico me dijo: “Emilia, quédate tranquila porque eso es un síntoma de la enfermedad. Tu niño se va a poner bien”. El niño, nada más mirarme a la cara, empezaba a llorar. De no dormir, estaba estresado. Después ya empezamos a darle una pastilla para dormir que nos recetó el doctor. Le dábamos la pastilla con una infusión y ya empezó a dormirse poco a poco. Cuando vi que él estaba bien, se la quité. Ahora el niño está muy nervioso, le comen los nervios. Tiene una pierna que no puede doblar, no puede andar bien con ella. Todo de la enfermedad, porque antes la tenía perfecta.

Mihail: Puedes hablar con él perfectamente, solo que está un poco nervioso. Hace lo que le da la gana. Aunque algunas veces se para y me echa cuenta.

Emilia: Ahora mismo no tiene ningún amigo. No tiene a nadie. Él va a un centro para niños que están igual que él. No con la misma enfermedad, pero están malitos. Él va por la mañana y lo recojo a las 14:00. Pero después no se relaciona con los niños. Ellos salen por la tarde y los fines de semana. A él lo han dejado un poco de lado. Muchas veces está estupendamente de aquí —*señala a su cabeza*—, el problema son los nervios. Como tiene los nervios así, los otros niños no lo entienden. No son niños que puedan entenderlo como tú y yo. Ellos también tienen sus problemas, así que no lo soportan.

Mihail: La maestra, Macarena, es muy buena, lo cuida mucho, es muy buena muchacha. Lo quiere mucho y él a ella también.

Felicidad en la calma

Mihail: Allí tenemos días de santos, como aquí con los pastoreños y los asuncionistas. Vamos a la iglesia, hacemos fiestas... Hombre, está bien.

Emilia: Sobre todo, hacemos cumpleaños en familia. Aquí tenemos mucha familia. Las hermanas de él están aquí, las mías también, primos, primas... Cuando es el cumpleaños de un niño, hacemos una fiesta. Bodas también. Mi hija se casó en Los Rosales³⁰. Nos juntamos todos.

Mihail: Hombre, no disfrutamos tanto como cuando estamos en nuestra casa. Estamos más calladitos.

Emilia: Es que allí tenemos las casas muy separadas, cada uno tiene su finca y hay mucho terreno entre unas y otras. Entonces, yo puedo hacer lo que quiera en mi casa. Podemos gritar, hacer ruido, hacemos nuestras barbacoas... Estamos acostumbrados a otra vida. No somos como aquí, que habláis siempre bajito. Nosotros estamos acostumbrados a hablar fuerte. De pequeña yo jugaba en la calle y me acuerdo de que mi madre me gritaba a toda voz: —¡Emilia!! Eso aquí no se hace. La gente de aquí dice que hacemos muchas fiestas, que ponemos la música muy alta. Pero porque llevamos esa vida. Tenemos nuestras casas muy lejos de los vecinos, así que podemos hacer todo el ruido que queramos porque no molestamos a nadie.

Una segunda interrupción es protagonizada por una pequeña y avispada niña que corre a sentarse junto a su padre, pareciera que adorado. De sonrisa inalterable y mirada pilla, María Isabel tiene un nombre tan español como su acento. Es divertido asistir a la confrontación entre el desmañado acento del padre y el gracioso andaluz de la hija.

Emilia: A los 18 años de tener a Mihail, en 2013, tuvimos otra niña. Ella nació en Cantillana. Yo tenía 38 años cuando la tuve. María Isabel se llama. Nos gustaba mucho, es muy español —*sonríe tímidamente*—. Tengo otra niña de 27 años, vino aquí con 11. Es tres años mayor que el niño. Ella está casada, tiene una niña. Ahora está estudiando, quiere ser enfermera. Está trabajando para pagarse sus estudios. El marido también ha empezado a estudiar hace poco para mecánico. Ya está colocado en el taller de los Fornalino.

María Isabel ha tenido de todo. Lleva la vida de aquí. Ella habla como de aquí. Le va muy bien en el colegio, saca muy buenas notas. Y habla rumano también. Perfecto,

³⁰ Pueblo cercano a Cantillana.

eh. En mi casa se habla rumano. En cuanto se entra por la puerta se habla rumano. Ahora mismo acaba de llegar de una barbacoa con la hermana, la mayor. Está de lunes a sábado trabajando, así que los domingos siempre se va al campo con el marido y la familia.

Mihail: Nosotros también vamos a veces. Allí disfrutamos mucho, agradecemos mucho al ayuntamiento de aquí que pusiera esa zona. Vamos con los niños y nos gusta mucho estar allí en el campo, con la hierba... Echamos dos o tres *horillas* allí con mi *cuñá*, mis sobrinos, mis tíos...

Emilia: Yo no voy mucho porque trabajo toda la semana y necesito descansar. No tengo ganas. Mira ahora lo que me espera aquí —*señalando el montón de ropa preparada para la plancha*—. ¿Ves?, ¿cómo voy a ir al campo? Pues no voy. Tengo que limpiar los sábados y domingos porque estoy fuera toda la semana. Llego de trabajar, descanso un poco y me voy otra vez. Y así llevamos la vida. Un día al mes viene una mujer para hacer una limpieza a fondo en la casa. ¿Cómo le pago si no trabajo? Encima tenemos los gastos de aquí y los de Rumanía. Todo lo que pagan los españoles lo pagamos nosotros. Todo.

No tenemos la nacionalidad porque no nos hace falta. Como estamos en Europa... Y si me saco la nacionalidad española, pierdo la rumana. Y no puedo perderla.

Mihail: No, no. Nosotros no la perdemos. Somos rumanos y rumanos morimos. Cuando seamos mayores, queremos envejecer en Rumanía.

Emilia: Bueno, con el tiempo, queremos comprar una casita aquí. Llevamos 20 años pagando un alquiler. Si hace 20 años hubiéramos comprado una casa, al terminar de pagarla la casa sería para mí. Lo que pasa es que entonces no teníamos trabajo fijo, no sabíamos ni hablar... Y ahora, mira, el dinero del alquiler podemos invertirlo en una casa nuestra y con el tiempo se queda para mí. Como sea, chica o grande, abro la puerta y es mía. En este piso estamos muy bien, pero no es mío.

La familia

Coronando la mesa sobre la que sus codos reposan, un enorme retrato de arrugas y añoranza.

Emilia: Lo más importante que tengo en la vida son mis padres. Bueno, primero van mis hijos, pero mis padres son mi vida. Cuando pronuncio “mi madre”... —*se emociona*—.

Mihail: Niña, nosotros criamos a nuestros niños como nuestros padres nos criaron a nosotros. Mira, tengo tres. Y yo les doy todo mi corazón, mi vida. Igual hicieron nuestros padres con nosotros. Han trabajado mucho.

Emilia: ¿Ellos para qué querían seguir cumpliendo años? Para vernos a nosotros, a sus hijos. Mira, éstos son mis padres, los de la foto. Hablamos con ellos por *Whatsapp*, pero no queremos molestar mucho.

Mihail: Sufrimos, sufrimos mucho, niña. Somos tres hermanos y la tenemos allí sola... Nos han echado nuestros gobernantes.

Emilia: Desde que llegué a España he trabajado como una loca. Él y yo. ¿Para qué? Para criar a nuestros hijos. ¿Y si a mí me pasa igual? Quedarme sola en un país y mis hijos en otro... ¿Para qué vivo yo si no puedo ver a mis hijos? Mi hija, la mayor, se ha comprado un piso aquí, quiere hacer su vida aquí. No podemos dejar a los hijos y a los nietos aquí e irnos allí. Nos tenemos que quedar. Si no, cuando seamos mayores, ¿quién va a cuidar de nosotros?

Mihail: Esa va a cuidar de mí, la morenita esa —*señala a su hija*—.

María Isabel: Yo no soy morena —*con el gracioso tono de la inocencia descarada*—.

Emilia: Nunca nos hemos sentido discriminados. Los españoles son gente muy buena. Es verdad que ha habido rumanos que han hecho mucho mal por aquí. Y nosotros somos rumanos también... Así que, como somos rumanos, entramos todos en la misma olla. Pero la gente cogió confianza rápidamente con nosotros. Yo voy por la calle sin parar de saludar. Parece que me conoce más gente aquí que en Rumanía. Como llevo fuera 20 años, casi nadie me conoce. Pero aquí voy por la calle y le digo hola y adiós a todo el mundo. Porque ya saben el tipo de persona que somos.

Mihail: “Hola, Emilio”, “Hola, Manolo”, “Hola, Antonio”, “Hola, Miguel”; “¿Qué pasa?”, “¿Cómo estamos?”, “¿Tiene trabajo?”. Pregunto y pregunto —*ríe*—.

María Isabel: Los maestros se portan muy bien conmigo.

Emilia: Estamos muy bien... Mira, mis momentos más felices en España han sido cuando se casó mi hija y cuando nació mi María Isabel. Después de tener a Mihail, queríamos tener más niños, pero como el niño vino con una enfermedad rara nos daba miedo tener otro niño con otra enfermedad. Hicimos muchas investigaciones para tener a María Isabel. Y cuando nos dijeron que María Isabel venía sana, tú no sabes la fiesta que formaron mi marido y mi hija... Gritaban en la casa... Y la gente: “¿Qué les ha pasado?”. Gritaban los dos lo más grande. Porque, hasta entonces, yo llevaba seis meses de embarazo y aún no sabía si iba a venir bien o no.

María Isabel: Cuando nací, tenía manchas en la barriga porque me di golpes, pero se me quitaron.

Emilia: Es que la sacaron a la fuerza. Yo estaba ya mayor, tenía casi 40 años. Y cuando no tuve más fuerzas para empujar, vinieron a sacarla a la fuerza. Y claro, la pobre nació con manchas en el estómago y la cara muy hinchada. ¡Muy fea! Yo no se lo digo nunca, eh. Se lo dice la hermana.

Mihail: Mira, nosotros somos rumanos, tenemos otras costumbres para disfrutar de la vida. Nos hemos adaptado a la vida de aquí poco a poco. Respetamos a la gente. Nos dicen: “Miguel, bajad el volumen”, y lo hacemos. De 11:00 a 6:00 hablamos siempre muy bajito.

Emilia: Pero, ¿qué vamos a hablar? Llegamos por la noche muy cansados de trabajar.

Mihail: Hablamos con la pared —*en su usual tono burlón*—.

II. MEMORIA

1. Resumen

La vida de los rumanos que emigraron a España buscando una cotidianeidad decente sufre de un estigma social alimentado por los mensajes criminalizadores que a ellos dedican políticos y medios de comunicación españoles. En Cantillana, un pueblo de la Vega sevillana, conviven centenares de rumanos con una población autóctona cuya imagen deshumanizada de este colectivo no permite que sus historias tengan cabida. Pretende este trabajo periodístico mostrar una imagen doméstica y alejada del exotismo que suele rodear al inmigrante, que lo deshumaniza y aleja del vecino patrio. A través de la consecución de historias de vida de rumanos residentes en Cantillana, todos de diferentes perfiles, se conformará un retrato social e histórico de Rumanía desde sus propias experiencias cotidianas, además de profundizar en la llegada y adaptación de éstos a una sociedad nueva y tan particular la cantillanera.

2. Palabras clave

Inmigración; Rumanía; Cantillana; Periodismo Narrativo; Entrevistas; Historias de vida.

3. Introducción

Solo es necesario hacer un rápido análisis de las principales cabeceras, televisiones y radios de España para vislumbrar lo necesario de una información más humana acerca de las personas que dejan sus hogares en busca de un futuro digno. Como será fundamentado a continuación, el tratamiento mediático sobre los inmigrantes es estigmatizador y meramente centrado en los sucesos que perjudican a la sociedad autóctona. Esto, sumado a la curiosidad que produce conocer las aventuras —unas más trágicas, otras más placenteras— acaecidas en las travesías vitales de quienes, como en las mejores películas de acción, deciden tomar rumbo a tierras lejanas, se presentan como justificaciones suficientes para tratar de cubrir un nicho injustamente despejado: el de humanizar a los humanos.

La comunidad rumana en España es muy numerosa, por lo que, para establecer unos límites que acoten la cantidad de personas entrevistadas y, además, dotar de coherencia la elección de las fuentes, el trabajo ha quedado circunscrito al pueblo de Cantillana. Por no hablar de que se trata del pueblo natal de quien escribe estas líneas, que cuenta con un número elevado de rumanos en su censo y aún más en sus calles. Al observar una mezcla de temor, rechazo y simpatía de los españoles nacidos en el pueblo hacia los rumanos, este trabajo se pensó en un principio para mostrar una imagen más humanizada de los mismos.

Las crónicas que cuentan con rumanos como protagonistas, y con drogas, quejas vecinales o inadaptación como temas principales, posiblemente sean ciertas. La problemática se origina cuando las únicas certezas de las que se informa a una sociedad que goza del derecho de estar bien informada —bajo amparo jurídico— se limitan a aquellas en las que los inmigrantes son criminales. Se hace necesario un contrapeso, formado por historias, también ciertas, donde el inmigrante sea despojado de su condición de inmigrante para ser una mera persona con una buena anécdota que contar. Son indispensables las historias de vida si se pretende prolongar la existencia de los valores democráticos y éticos de la tolerancia, la libertad y la igualdad. Sin empatía no es posible que el ciudadano no solo trate, sino considere al “extranjero” como un igual. A su vez, sin historias del día a día, domésticas, que huyan del elemento exótico, difícilmente podrá el conjunto de la sociedad conectar con cualquiera que no se parezca a ella.

Es por esto que el enfoque adoptado para este trabajo será el de la empatía a través de las historias de vida, que no el buenismo. No se pretende con este enfoque infundir la idealización de los rumanos como conjunto, ni blanquear su imagen, ni tampoco difuminar sus costumbres para que parezcan más occidentales y así agilizar el camino hacia la empatía del lector.

El género elegido es el de “Historias de Vida”, un híbrido entre crónica y entrevista perfil, con un toque autobiográfico. No se trata de una crónica plena, al no tratarse de un relato cronológico del periodista en primera persona, de hecho, en sus breves descripciones, el periodista queda difuminado en la figura de narrador omnisciente, como en los eternos capítulos contextualizadores de Hugo; tampoco sigue ninguno de los tradicionales formatos de la entrevista perfil, ya que no se opta ni por el modelo directo de pregunta-respuesta ni por aquel en el que las voces del periodista y del entrevistado convergen. El género es una modalidad de la entrevista, resultado de la influencia de la forma de relatar historias de Svetlana Aleksíevich o John Hersey.

Se trata de un texto periodístico creativo, propio de la corriente del Periodismo Narrativo, en el que se funden rasgos meramente periodísticos, como el carácter veraz de las historias que se cuentan, o la contextualización divulgativa del prólogo; y elementos algo más literarios, como la narración de las historias personales en forma de autobiografías.

4. Metodología

4.1. En busca de historias

Al saber desde un principio que el método para alcanzar los objetivos propuestos no podría ser otro que la realización de entrevistas en profundidad a un número indefinido de personas de variados perfiles, el procedimiento comenzó con la búsqueda de las fuentes.

En primer lugar, fue necesario tomar perspectiva y conocer algo del contexto histórico-social de Rumanía. Para ello, llevé a cabo una investigación documental. Además, indagando en diferentes plataformas digitales, fue descubierta una serie de documentales centrados precisamente en el tema a tratar: la humanización de la comunidad rumana residente en España. Todos pertenecían a una misma persona: Vicente Pascual. Sus documentales, entre los que destaca *La cometa de Andrei*, cuentan relatos domésticos sobre los rumanos que dejaron su país y se establecieron en España. Al estar en *Youtube*, fue posible acceder a ellos fácilmente. Localizar a su director, sin embargo, no lo fue tanto. A través de la productora que había financiado otros de sus proyectos, el contacto fue conseguido y pudo ser concertada una entrevista con el mismo, para el día 17 de marzo. Más que una entrevista, fue una conversación informal de poco más de una hora que ayudó a ver con perspectiva la situación de esta comunidad en España y en su propio país. Vicente, además de amable y generoso, resultó ser una fuente inagotable de conocimientos sobre Rumanía y su gente. Tras la realización de *La cometa de Andrei* se lanzó a aprender rumano y, a día de hoy, además de tener un C1 en el idioma e incluso instruir en el mismo, tiene proyectos audiovisuales pendientes tanto en España como en Rumanía.

Uno de los más simples pero mejores consejos obtenidos de Vicente fue que debía buscar perfiles diferentes, preguntar primero el lugar del que vienen y no ofrecer únicamente la imagen de Rumanía de rumanos de un único punto geográfico, ya que el país es enorme y diverso. También era necesario saber si venían de pueblo o de ciudad. Gracias a ese consejo, las primeras cuestiones siempre giraban en torno al lugar concreto de procedencia, algo que fue fundamental para entender las similitudes y diferencias entre cada uno de los entrevistados.

Tras hablar con Vicente, el siguiente objetivo fue la encargada de Inmigración en los Asuntos Sociales de Cantillana, Margarita Valverde Sayago, también con el fin de tomar perspectiva y no ir de cero, sin conocimiento alguno, a hablar con los verdaderos protagonistas. El 22 de marzo fue realizada la entrevista, cuyas consecuencias fueron verdaderamente útiles. Si bien la entrevista en sí me ayudó a conocer a grandes rasgos el contexto en el que llegaron los rumanos a Cantillana, además de características comunes en formas de vida, lo que más aportó al trabajo fue la propuesta de Margarita. Como encargada de la inmigración en el pueblo, uno de sus quehaceres consiste en llevar el control de los niños absentistas de las familias inmigrantes. Para ello, cada dos semanas, junto con una mediadora rumana que la ayuda con el idioma, se acerca a las casas de las familias cuyos niños han dejado de ir al colegio o instituto sin justificación oficial. Me propuso acompañarla, así que, pese a las advertencias de que esas familias eran las menos adaptadas y las que se encontraban en situaciones más precarias de los rumanos, decidí acompañarla.

De esas visitas no fue extraída ninguna entrevista, debido en parte a los prejuicios negativos y de desconfianza de los que Margarita no consigue desprenderse, que la llevan a enfrentarse a los rumanos —fundamentalmente rumanos-gitanos— con ciertos

aires autoritarios, generando siempre incómodas situaciones en las que difícilmente se mostrarán sinceros y abiertos los inmigrantes. Sin embargo, la mediadora rumana, María, por su fortaleza y talante, y por tener conexiones con el pueblo, por ser uno de los lugares en los que trabaja, a pesar de no vivir en él, fue escogida como entrevistada.

Comprendido que de la mano de Margarita me sería más difícil penetrar en la sociedad rumana dentro del pueblo que si lo hiciera por mi cuenta, arriesgando, decidí aventurarme a ir en busca de las fuentes sin un vínculo que me introdujera. La primera entrevista en profundidad fue realizada a Raluca, el 26 de marzo. Dos semanas antes, sin tener la menor idea de quiénes regentaban el local, me atreví a entrar por primera vez en una de las tres tiendas de alimentación rumana que hay en Cantillana. Por suerte, la simpatía de Raluca rompió el hielo. Semanas después de visitar a Raluca, entré en las otras dos, una de ellas regentada por Alín, que me concedió la entrevista para el día siguiente, tratándose de finales de abril. El encargado de la tercera tienda en cuestión, un chico húngaro-rumano, denegó la propuesta de entrevista. Él fue el único, junto con otra señora, a la que conocía de antes por limpiar la casa de una tía mía, en rechazar explícitamente la entrevista. A pesar de que fueron contactadas más de 30 personas, solo 11 fueron entrevistadas, quitando los dos que lo rechazaron, el resto no pudo ser entrevistado por imposibilidad de cuadrar horarios.

Los meses de marzo, mayo y principios de junio consistieron en seguir buscando contactos a través de conocidos o yendo a sus comercios a presentarme y entrevistarlos. La mayoría de las entrevistas fueron realizadas en bares, lo cual las dotó de tanta informalidad que se convirtieron en conversaciones. Ese era el objetivo, ya que la palabra “entrevista” puede dar un poco de vértigo a quien nunca ha sido entrevistado. Con cervezas en la mano las conversaciones divagaron solas y dotaron de una riqueza simpática y peculiar a cada una de las entrevistas.

4.2. Plasmar vidas

Para dotar de coherencia y atracción a cada historia, tras ser transcritas, cada entrevista fue dividida en bloques temáticos para después jugar con la posición de cada uno y hacer el relato más ameno y sorprendente. Esta división hizo de cada entrevista un “frankenstein”, que fue cosido teniendo siempre presente el respeto a la intencionalidad de las declaraciones, evitando en todo momento cualquier alteración que pudiera manipular el sentido de las palabras de cada entrevistado.

4.3. Retos y dificultades

El mayor reto ha sido conseguir que, sin conocerme, aquellos con los que contacté sin ningún amigo o conocido en común, estuvieran dispuestos a hablar conmigo. Muchos se mostraron desconfiados en un principio, incluso escépticos, esperando una entrevista superficial. Sin embargo, considero que en todas y cada una de las entrevistas, de una forma u otra, el hielo fue roto rápidamente y se vieron con la confianza suficiente para contar sus vidas y sus inquietudes. En un primer momento, todas las entrevistas empezaron siendo a mujeres, lo cual me preocupó, al pensar que sería un problema que

arrastraría durante todo el proceso de conversaciones. Los maridos solían mostrarse más desconfiados, dejaban hablar a sus mujeres y, en su mayoría, excepto Miguel, no participaron en la conversación.

A principios de mayo vi que no había hecho entrevistas suficientes y el método de conseguirlas por mi cuenta no estaba siendo tan efectivo, pasé a “tirar de contactos”. Fue entonces cuando todo mejoró. De repente me hice con entrevistas a perfiles muy diferentes de las “esposas” a las que estaba acostumbrada, y conseguí los contactos de Pablo, Cristian, Mario, Stefan y Cosmin. Con ellos cambió mi perspectiva con respecto a los hombres rumanos. Había sido casualidad que en las entrevistas a Raluca y Cristina Ioana sus maridos fueran distantes. He de reconocer que fue un prejuicio contagiado por los comentarios de Margarita acerca de la sumisión de la mujer al hombre rumano. Por suerte, di con esos cinco rumanos cuyas entrevistas fueron cómodas, interesantes y muy divertidas.

Los únicos momentos que podrían considerarse “difíciles” fueron los vividos con dos hombres cuyas entrevistas estaban concertadas. Uno de ellos se llamaba Stelian, su contacto me fue facilitado por Margarita, y sólo sabía que había sido vagabundo, dato por el que me pareció más que interesante hablar con él. Tras varias semanas intentando cuadrar fechas por Whatsapp, en las que él había estado contestando siempre con monosílabos, el día antes de tener la entrevista comenzó a enviarme mensajes pidiéndome más fotografías mías, tras lo cual, le envié un último mensaje cancelando la entrevista e intentando infundir respeto asegurando que había contactado con él a través de Servicios Sociales. El contacto fue bloqueado y nunca más supe de él. El segundo en cuestión es Adrián, un chico con el que había compartido clase en el colegio. Un día coincidí con él en el gimnasio y decidí contarle lo que estaba haciendo y proponerle una entrevista. Todo fue bien hasta, de nuevo, el día antes de la entrevista. Al concertar la hora y el lugar me envió un mensaje que decía lo siguiente: “Ponte guapa”. Tras lo cual volví a enviar un mensaje cancelando la entrevista.

Más allá de esos dos percances, todos los entrevistados han sido extraordinariamente amables, generosos y educados conmigo.

Por último, supuso también un gran reto elegir el formato que usaría para plasmar todo el material que tenía. En total son más de 10 horas de entrevistas. Inspirándome en los periodistas narrativos de los que hablaré en el Marco Teórico, pude extraer elementos de unos, elementos de otros y algunas novedades de cosecha propia hasta que me decanté por el formato definitivo.

5. Marco Teórico

5.1. Comunidad rumana en España

5.1.1. Breve introducción al contexto histórico-social rumano en las últimas décadas

Con diez años de diferencia, España y Rumanía serían testigos de la transición de dictadura a democracia. Considerado el “rebelde” del bloque soviético, la dictadura de corte soviético se mantuvo en el poder rumano durante 45 años.

En 1948 es proclamada la República Popular de Rumanía, tras derrocar al rey Mihail I. Entre pugnas internas de los llamados “autóctonos”, quienes pasaron la IIGM en Rumanía, bajo el yugo nazi, y los “moscovitas”, que se exiliaron a Moscú y volvieron cuando todo pasó apoyando la adhesión de Rumanía a la URSS. Las purgas estalinistas, igual que el proceso de desestalinización, le valieron a los autóctonos para hacer hegemónico su discurso nacionalista de independencia de los soviéticos. En los sesenta, coincidiendo con la concesión por parte de la URSS de la independencia política a Rumanía, comenzaría en el país el proceso de industrialización por el que, hacia 1971, la población campesina se había reducido a un 49%. En 1965 llegaría Ceaucescu al poder, en la línea de su predecesor Gheorghiu-Dej. “Las profundas transformaciones sociales y económicas se tradujeron en una mejora sustancial de las condiciones de vida de los rumanos. El crecimiento económico permitió unos mayores salarios que, combinados con los beneficios que el Estado socialista ofrecía (asistencia médica gratuita, pensiones, educación universal gratuita a todos los niveles, etc.) supusieron un salto revolucionario en comparación con la situación de la población rumana anterior a la Segunda Guerra Mundial” (Veiga, 2002. p. 200).

Tras la visita de Ceaucescu a China y Corea del Norte a principios de los setenta, éste quedó alucinado por la “disciplina coreográfica y culto a la personalidad”, que lo llevaría a publicar su propia versión del *Libro Rojo* de Mao: el *Libro Rosa*. La propaganda comenzó a girar en torno al culto al líder y a su esposa, Elena Ceaucescu, mostrando a ambos como amigos del pueblo. Pocos años después, la crisis del petróleo llegaría también a Rumanía, deteniendo su desarrollo, principalmente debido a la deuda externa, que iba en aumento progresivo desde 1979. En un intento arrollador por acabar con toda la deuda y recuperar la independencia económica, pusieron en marcha medidas de austeridad para la población, como el “racionamiento y las normas de consumo para los productos de primera necesidad”. Con el mismo objetivo de la reducción del consumo, la televisión comenzó a emitir solo durante dos horas entre semana y tres horas los fines de semana, con un contenido enfocado a la glorificación de Ceaucescu. Todo esto mientras se mandaba a construir un gran edificio institucional: el Palacio del Pueblo, lo cual terminó de enfurecer a la población (Núñez Martínez, 2019).

Este polvorín en el que se estaba convirtiendo Rumanía explotó en 1989, con la llamada Revolución Rumana. Como sucedió con las Primaveras Árabes de 2011, la revolución explotó en Rumanía por un hecho aparentemente pequeño. Sin tratarse de un suicidio a fuego lento en vivo, las primeras protestas rumanas fueron consecuencia de la expulsión de una localidad de un pastor protestante, ante la que alzaron el grito de “Abajo Ceaucescu”, que costaría la vida a numerosos manifestantes a manos del ejército y bajo

el amparo de Ceaucescu. Todo sucedió en la ciudad de Timisoara, que se convertiría en símbolo revolucionario, al más puro estilo de Tiananmén. Pese a los intentos de Ceaucescu por mostrar a los manifestantes como *hooligans*, la revolución creció como la pólvora hasta acabar con el derrocamiento y asesinato de Ceaucescu y su mujer en vivo el 25 de diciembre de 1989 (Pozo, 2001. p. 7).

El orgullo con el que los rumanos hicieron su revolución se va desvaneciendo por culpa de las falsas promesas de una democracia que no ha mejorado su situación económica. Finalizados los 21 años de dictadura totalitaria y centralizada de Ceaucescu, la realidad socio-económica posterior difícilmente mejoró en la práctica. Durante los cinco primeros años, la transición a la liberalización de los medios productivos y a la apertura al libre mercado fue gradual. La inflación iba en aumento hasta la gran privatización en 2002, cuando se registró una tasa de desempleo histórica del 11´5%. Es por esto que en los años 90, los primeros rumanos comienzan a tejer las rutas migratorias que acabarían con una tasa de emigración de 18´48% en 2019 (Diario Expansión, 2020).

5.1.2. Comunidad rumana en España y Andalucía

El país con más inmigración rumana es, de lejos, Italia, en el que se encontraba en 2019 el 30´07%, seguido de España con el 17´42% y Alemania con el 15´28%. En 2022, de los 644.473 rumanos que habitan en España, 72.416 se encuentran en Andalucía. “En poco más de una década, España pasó de ser un país de emigrantes a recibir personas de diferentes partes del mundo. El ciclo iniciado en el 2000, cuando vivían y trabajaban 923.879 inmigrantes en España, el 2% de la población total del país, encontró un crecimiento continuado hasta 2010, cuando 5.747.734 extranjeros residían en el país, evidenciando que la inmigración se había multiplicado por seis veces en una década y había pasado a representar el 12% de la población española” (INE, 1996-2016). El incremento en los flujos de migración a partir de 2002 se debió a “la apertura del espacio Shengen de la Unión Europea a Rumanía” (Zorogastua, 2018), hasta que la incorporación de Rumanía a la alianza, que convirtió a los rumanos en ciudadanos comunitarios, terminó por facilitar y agilizar los procesos burocráticos y, con ello, la reunificación de familias en países extranjeros.

Los primeros rumanos en llegar a España fueron los cristianos adventistas, rama del cristianismo protestante, que en los años 90 encontraron en Madrid y Valencia conocidos a los que unirse en su aventura por buscar un futuro digno. A partir de 2008, las tendencias migratorias se habrían desviado hacia Alemania, debido a la crudeza con la que la crisis azotó España. En cambio, pese a que muchos de los que escogieron España como primer país al que emigrar se fueron con la llegada de la crisis, han sido también numerosos los que han regresado y los que quieren regresar (Suiu, 2019).

5.1.3. Imaginario español acerca de los inmigrantes rumanos

En una encuesta sobre actitudes hacia la inmigración en España realizada por el CIS en 2016, el colectivo rumano fue el segundo más votado -por detrás de los marroquíes- en dos ocasiones: como los inmigrantes que mejor caen a los españoles y como los

inmigrantes que más antipatías suscitan. Esta paradoja está relacionada, según el Ministerio, “con la creciente polarización política respecto a las posturas ante la inmigración y los inmigrantes” (Rinken, 2021).

Además de los discursos provenientes del ámbito político, los medios de comunicación cumplen una función decisoria en la construcción del imaginario colectivo alrededor de los extranjeros residentes en España en general, y de los rumanos en particular. En un estudio sobre la presencia de los inmigrantes en la prensa española, publicado en 2005, año en el que la inmigración rumana comenzaba a ser mayor, se expone cómo el fenómeno de la inmigración, por su condición social y novedosa, se convierte “para los medios de comunicación españoles en un tema constante” (Igartua, Muñiz y Cheng, 2005). El problema reside, según el texto y como puede observarse con sólo echar un vistazo a las principales cabeceras, en el enfoque criminalizador y estigmatizador de las comunidades inmigrantes.

Son pocas las informaciones que tienen a rumanos como protagonistas, así que el hecho de que la mayoría de ellas suelen pertenecer a las secciones de sucesos, alimenta la construcción de un temor hacia personas cuyas vidas van más allá de los “trapicheos” de unos cuantos. Tal y como se expone en la investigación mencionada: “los medios generalistas colocaron a la inmigración como un hecho noticioso en la agenda de la actualidad, aunque no en toda su dimensión, sino centrándose en determinados temas que transmitieron una imagen negativa de la inmigración, ya que la presentaban como un problema para España, y la relacionaban con la delincuencia, la pobreza o la irregularidad, sin tener un conocimiento profundo de la realidad migratoria”.

5.2. Periodismo Narrativo

5.2.1. Otras formas de ser riguroso

“Todo el periodismo es ficción”, afirmó una vez el periodista estadounidense Norman Mailer (Herrscher, 2022). Tratando de huir de los dogmas de la “Verdad Periodística” que encorsetaban el arte de contar la realidad, fue forjándose a lo largo del siglo veinte una corriente que apostaba por la visión constructivista del periodismo. Mailer, acompañado de su único periodista admirado, Truman Capote, y Tom Wolfe, creador de la biblia de esta nueva tendencia, se atrevieron a confesar que los textos periodísticos son escritos por personas. Huyendo del recurso retórico de la objetividad, éstos plantearon la hibridación entre las técnicas periodísticas de investigación y profundización en la realidad y las fórmulas narrativas de la literatura. El resultado fue la puesta en marcha de una corriente que trasladó los libros escritos por periodistas a las secciones de “Novela”, siendo algunos de ellos merecedores de los más prestigiosos premios de literatura, como Svetlana Alekviévich, que fue merecedora de un Nobel de Literatura con su retrato social de la población ucraniana tras el desastre nuclear del 86 en *Voces de Chernóbil* (1997).

En la frase con la que damos comienzo a este apartado, Mailer legitima de alguna forma la adición de píldoras quiméricas con el objetivo de llenar de belleza, emoción y

coherencia las historias. Por sí solas, algunas historias carecerían del elemento cautivador que convierte el periodismo en un producto rentable para sus profesionales: “Tenemos que tratar de entender a gente que no actúa como si fueran personajes producto de nuestra imaginación”, (Herrscher, 2022). En cambio, siempre debe prevalecer el no falseamiento tendencioso de lo que se cuenta y el respeto a las fuentes, a los hechos y al derecho de los ciudadanos a estar bien informados. Confiesa Robert Herrscher en su obra sobre periodismo narrativo que el objetivo es lograr escuchar la siguiente frase de un lector: “Al leerlo, sentía que yo también estuve ahí” (p.30).

El periodismo narrativo suele centrarse en pequeñas historias que exponen realidades más amplias y complejas. Se trata de mostrar casi visualmente, a través de la palabra, escenas concretas con tanta fuerza simbólica y contextualizadora que, sin entrar en datos y hechos técnicos pueda entenderse la trascendencia de lo que ocurre. Parte esta idea de que “los hechos no lo explican todo”, en cambio, como matiza Herrscher, no puede derivar ese planteamiento en el relativismo. Los hechos, aunque insuficientes por sí solos, dado que hay factores como la estructura del poder, los marcos teóricos o las teorías críticas que llenan de matices la realidad, sirven para establecer unos límites a la opinión infundada. Como explicita Herrscher: “Porque no todo tenemos el mismo poder para imponer nuestra visión del mundo, si cualquier visión es válida, la que triunfará será la del que tenga el poder suficiente para imponerla” (p.38).

Por tanto, el ejercicio del periodismo narrativo supone haber alcanzado la autorregulación periodística en su sentido más amplio. Implica que el profesional ha entendido cómo jugar con el equilibrio entre libertad creativa absoluta y respeto a la ética de la profesión. Decía Walter Lippman que el periodista debe comenzar a ejercer la ética en su vida personal, y después, que esa conducta moral en la profesional (Lippman, 1922). La conducta moral de la que hablaba Aristóteles como la “reiteración de actos hasta que se convierten en hábitos” (Aristóteles, S.IV a.C), y que acaba por conformar una personalidad moral, es esa que debe interiorizar el periodista para ser capaz de deshacerse de los estereotipos que introdujo la teoría de Lippman. Conseguido esto, las investigaciones periodísticas estarán basadas, si no en la objetividad, en el mayor acercamiento a la rigurosidad, la neutralidad, la imparcialidad y el apoliticismo. Concluida la tarea, solo queda que el periodista tome la pluma y, bajo la inspiración de sus libros y autores más admirados, haga de la realidad una bonita historia literaria.

Pasar de las fuentes a los personajes y de las declaraciones a las escenas casi teatrales donde la gente se cuenta cosas es entrar en el mundo del periodismo narrativo.

Herrscher, R. *Periodismo Narrativo: contar la realidad con las armas de la literatura.*

5.2.2. Influencias: Aleksievich, Kapuscinski y Hersey

Al tratarse de un género ampliamente creativo, sin límites formales claros, cada periodista acaba dotando de particularidades a sus obras. Los tres autores que más han influenciado en este trabajo han sido los emblemáticos Svetlana Aleksievich, John Hersey y Ryszard Kapuscinski.

El estilo de los dos primeros se caracteriza por la ausencia explícita de sus voces, sustituidas por las de sus fuentes, que cuentan sus historias en primera persona. Es evidente que es la pluma del periodista la que se encarga de dar forma a los relatos para dotarlos de coherencia y dinamismo, pero se encuentra camuflada en el “yo” de cada uno de los entrevistados y protagonistas. Por su parte, Kapuscinski narra sus historias consigo mismo como protagonista, a modo de crónicas en las que el periodista se enfrenta a la realidad que desea contar.

Ryszard Kapuscinski es probablemente el periodista romántico y aventurero por excelencia. Un hombre cuyo oficio moldeó su vida, que vivía sólo para contar. Su objeto de investigación eran los conflictos silenciados, en especial, las guerras, revoluciones y golpes de Estado en África. El hombre de las 27 revoluciones y 12 guerras, plasma a través de sus crónicas igual de periodísticas que literarias el día a día de quienes viven sobreviviendo en el Tercer Mundo. El periodista polaco, que publicó cientos de reportajes en diferentes revistas y periódicos a lo largo de su vida, ha sido comparado con genios del híbrido entre periodismo y literatura como Ernest Hemingway, Truman Capote o Gabriel García Márquez (Wiktorowska, 2014). Sus descripciones detalladas y embellecidas dotan de calidad literaria sus relatos. Además, su capacidad empática atrae las simpatías necesarias para ser capaz de integrarse en variopintas comunidades que pretende y consigue retratar de manera inmersiva debido a la cercanía con la que consigue ser tratado. En su obra “Un día más con vida”, sobre la Guerra Civil de Angola, logra introducir al lector en la atmósfera de inseguridad, prejuicios y desconfianza con la que es recibido en un principio por el grupo de guerrilleros angoleños al que se une, para ir progresivamente narrando el proceso de adaptación al mismo.

Por su parte, John Hersey, periodista estadounidense, ganador del premio Pulitzer, es otro de los considerados maestros del “Nuevo Periodismo”, como llamaba Tom Wolfe a la hibridación de las técnicas periodísticas y literarias. Su obra *Hiroshima* (1946), relato en primera persona de seis supervivientes a la bomba nuclear, fue publicada íntegramente y a modo de monográfico en la prestigiosa revista estadounidense *The New Yorker*, que le había encargado el reportaje. Cuentan que Albert Einstein compró todos los números que pudo para repartirlos en la universidad en la que daba clases (Herrscher, 2012). Además de lo extraordinario de las vivencias contadas, tratándose de la primera vez que la sociedad estadounidense se enfrentaba a las consecuencias explícitas y dramáticas de la bomba que les dio la victoria frente a los japoneses, la narración de Hersey es llamativa por su formato. Al igual que haría Aleksiévitich unos años después, Hersey deja que los protagonistas de la historia cuenten en primera persona sus duros traumas.

Svetlana Aleksiévitich, ganadora del Nobel de Literatura en 2015 por su libro de periodismo narrativo *Voces de Chernóbil* (1997), es una escritora y periodista bielorrusa cuya fama mundial se debe a sus relatos periodísticos narrados en primera persona por los protagonistas de las historias que pretende radiografiar. “Sus libros se centran en los

episodios que precipitaron la caída de la Unión Soviética: Chernóbil, la guerra de Afganistán, la Perestroika y conforman lo que Aleksiéovich dio en llamar la “Enciclopedia de la vida roja” (Alonso, 2019). Su esencia reside en dar voz a numerosas personas de diversas formas de vida que, teniendo como punto en común haber vivido en el mismo contexto, suelen converger generando un coro de voces que acaba por narrar la Historia a través de sus pequeñas historias. Su foco se posa sobre cómo la “gente” hace cotidianas y domésticas sus vidas en contextos dramáticos e inestables, como sucede en *Voces de Chernóbil*, sobre los que vivieron en primera persona el desastre nuclear de Chernóbil; *El Fin del Homo Sovieticus* (2019), sobre la vida diaria en la U.R.S.S; o *La Guerra No Tiene Rostro de Mujer* (1989), sobre las mujeres que combatieron con el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial.

Precisamente son el método y el estilo de Aleksiéovich los que más han inspirado este trabajo periodístico. La pregunta que parece inferirse de los relatos de Aleksiéovich es la misma que motiva esta investigación: ¿Cómo se vive ante un contexto como ese?

6. Conclusiones

La periodista, que pretendía desde un principio mostrar una imagen humanizada y ordinaria de los rumanos, debe reconocer que partía de prejuicios. Lo bello de los malos vicios es que hay quien los identifica y pone todo su empeño en eliminarlos. Los estereotipos que dominaban mi mochila cultural no impidieron que, con una sonrisa inalterable, me dispusiera a conversar con todo el que estuviera dispuesto a ello. La actitud de la encargada de Inmigración en los Servicios Sociales de Cantillana me ayudó a ver con más perspectiva, si cabe, lo avergonzante y terriblemente inhumano de comenzar una conversación con cualquier ser humano con prejuicios negativos haciendo imposible la conexión.

Margarita “sabía”, antes de hablar con ellos, que iban a mentirle, “sabía” que, dijeran lo que dijeren, después harían “lo que les diera la gana”. Y lo sabía tan bien que no se molestó en escuchar lo que tenían que decir, más allá de oírles vagamente. En ese momento, cómo hacer a las personas sentirse cómodas, escuchadas e iguales se convirtió en una reflexión y, más que eso, en un objetivo que me he marcado, no solo como profesional, sino como persona. Si un periodista no es capaz de conectar con los ojos de quien le habla; si no hace el intento perseverante de romper las barreras, fruto de la desconfianza, que otros construyen; si no comienza aplicando las buenas intenciones y la comprensión libre de prejuicios en su vida diaria, en su moral personal, ¿cómo va a lograr ser un buen profesional de la narración de la vida?

7. Referencias

- Aleksievich, S. (2018). *El fin del Homo Sovieticus* (1ª ed.). ACANTILADO.
- Alonso, D. (2019). *La novela polifónica de Svetlana Aleksievich*. Eventos Académicos. <http://eventosacademicos.filo.uba.ar/index.php/JCCL/V-JCCL/paper/view/4785>
- *Cae el número de emigrantes rumanos*. (2020, 6 febrero). datosmacro.com. <https://datosmacro.expansion.com/demografia/migracion/emigracion/rumania>
- Chavero Pozo, J. J. (2001). La revolución rumana de 1989. *Papeles del Este*, 2(Universidad Complutense de Madrid). <http://webs.ucm.es/BUCM/cee/papeles/02/16.pdf>
- Guerriero, L. (2017). *Plano americano* (Edición estándar ed.). Anagrama.
- Haffner, S. (2010). *La vida de los paseantes*. Ediciones Destino.
- Herrscher, R. (2022). *Periodismo Narrativo: cómo contar la realidad con las armas de la literatura* (1.ª ed.). Marea Editorial.
- Hersey, J. (2020). *Hiroshima* (1.ª ed.). Penguin Random House Grupo Editorial.
- Igartua, J. J., Muñiz, C., & Cheng, L. (2005). Vista de La inmigración en la prensa española. Aportaciones empíricas y metodológicas desde la teoría del encuadre noticioso. *Revista Comillas*, 17. <https://revistas.comillas.edu/index.php/revistamigraciones/article/view/4220/4043>
- Kapuscinski, R. (2020). *Ébano* (1.ª ed.). Anagrama.
- Martínez, T. N. (2019, 25 diciembre). *Nicolae Ceaușescu: auge, crisis y caída del modelo independiente rumano*. Archivos de la Historia | Tu página de

divulgación. <https://archivoshistoria.com/nicolae-ceausescu-auge-crisis-caida-modelo-independiente-rumano/>

- Rincken, S. (2021, septiembre). *Las actitudes ante la inmigración y los inmigrantes en España: Datos recientes y necesidades de conocimiento*. CSIC.
- Veiga, F. (2002). *La trampa balcánica. Una crisis europea de fines del siglo XX* (Reedición ed.). Grisjalbo.
- Zorogastua, J. (2018). Vista de Los inmigrantes y la prensa étnica en España: evolución, trascendencia y situación actual de una prensa especializada en inmigración. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 24.
<https://revistas.ucm.es/index.php/ESMP/article/view/59956/4564456547004>
- Pascual, V. (2010). *La cometa de Andrei*. UAFG. Taller de Imagen
- Zygmunt, B., & Rosenberg. (2020). *Modernidad Líquida* (1.^a ed.). Fondo de Cultura Económica.